

Como escribió Armando Hart Dávalos en carta a sus padres desde la prisión de Boniato en Santiago de Cuba, su hermano Enrique "fue un vértigo de acción y de trabajo, que lograba combinar la profundidad y el rigor del pensamiento social avanzado y progresista en defensa de los trabajadores con la más arriesgada acción directa y el compromiso reiterado de su vida por la causa de la Revolución y de la Patria".

Y en el prólogo para este libro resumió: "Desde el mismo 10 de marzo de 1952 no cesó en ese empeño; a partir de entonces previó sabiamente que se abría como nunca antes el camino de la Revolución en Cuba y, por supuesto, comprendió que era necesario incorporarse al combate desde los primeros momentos; porque siempre estuvo convencido de que la insurrección armada sería la única vía posible para derrocar la dictadura batistiana y dar inicio a las transformaciones [...] que nos conducirían a una nueva Cuba".

Ideas insospechadas, acciones intrépidas hasta lo increíble, ocurrencias genuinamente criollas y un carácter vivaz y alegre aun en los momentos más difíciles, el lector podrá encontrar en cualquiera de estas páginas, escritas con la naturalidad, frescura y sencillez con que el propio protagonista actuaba en las calles de La Habana y en Matanzas. Esa estela que dejaba a su paso logró contarla Héctor Rodríguez Llompart (La Habana, 1934) quien, como combatiente de la lucha clandestina, supo también de prisiones y torturas.



OFICINA DE PUBLICACIONES  
DEL CONSEJO DE ESTADO

ISBN 978-959-274-115-7



Héctor Rodríguez Llompart

Enrique Hart Dávalos vitalidad inquieta y desbordante

## Enrique Hart Dávalos

vitalidad inquieta y desbordante

Héctor Rodríguez Llompart

# **Enrique Hart Dávalos**

vitalidad inquieta y desbordante

.....

Héctor Rodríguez Llompart



Héctor Rodríguez Llompart (Regla, La Habana, 1934). Activo combatiente de la lucha clandestina. Miembro del MR-26-7 desde 1955. Ocupó distintas responsabilidades en la capital, y al triunfo de la Revolución formaba parte de la dirección provincial del Movimiento en Matanzas. Comisionado municipal de Regla, 1959. Jefe de Despacho del ministro de Relaciones Exteriores Raúl Roa García, agosto 1959. Posteriormente subsecretario de Estado y viceministro de Relaciones Exteriores. Viceministro de Comercio Exterior, 1961. Embajador en la República Democrática Alemana, 1965-1972. Vicepresidente del Comité de Colaboración Económica Científico-Técnica, 1972. Ministro presidente del Comité Estatal de Colaboración Económica, 1976. Ministro presidente del Banco Nacional de Cuba, 1985-1995. Presidente ejecutivo de FINCOMEX Ltd. y vicepresidente de CIMEX, posteriormente, director adjunto, 1995. En la actualidad, presidente ejecutivo de FINCOMEX Ltd. Fundador del Partido Comunista de Cuba y miembro de su Comité Central, 1975-1997. Fundador de las Milicias Nacionales Revolucionarias. Ha recibido numerosas condecoraciones nacionales y de otros países, entre ellas, la medalla de Trabajador Internacionalista. Graduado en Administración Pública, licenciado en Derecho Administrativo, licenciado en Economía y candidato a doctor en Ciencias Económicas. Fue profesor de Tratados y Convenciones de Cuba en la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad de La Habana. Autor de numerosos trabajos publicados, especialmente sobre temas históricos, y coordinador, junto a Enrique Oltusky Ozacki y Eduardo Torres-Cueva de dos tomos de *Memorias de la Revolución*, 2008. Recibió el grado de Profesor Titular Adjunto de la Universidad de La Habana. Presidió la Comisión de Historia del Movimiento 26 de Julio en La Habana. Integrante de la dirección provincial de La Habana de la Asociación de Combatientes de la Revolución Cubana y miembro de su ejecutivo. Presidente de la Comisión Económica de la Asociación Cubana de Naciones Unidas y presidente del Club Martiano Faustino Pérez.

# **Enrique Hart Dávalos**

vitalidad inquieta y desbordante

.....

Héctor Rodríguez Llompart

Cuidado de la edición: Belkys Duménigo García  
Edición: Olivia Diago Izquierdo  
Ilustraciones exclusivas para esta edición: Elio Duarte Cruz  
Diseño de cubierta e interior: Aida Soto-Navarro González  
Fotos: Cortesía del autor  
Trabajo de imágenes: Aida Soto-Navarro González  
Realización: Enrique Hernández Gómez

© Héctor Rodríguez Llompart, 2015

© Sobre la presente edición:

Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 2015

ISBN 978-959-274-115-7

Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado  
Calle 8, No. 210 e/ Línea y 11, Vedado, La Habana, Cuba.  
Teléfono: (537) 836 8846 / 836 5234  
Correo: [publice@enet.cu](mailto:publice@enet.cu)

*Nada hay más justo que dejar en punto  
de verdad las cosas de la historia.*

*JOSÉ MARTÍ*



---

Al concluir mi proyecto acuden a mi mente numerosas personas a quienes debo agradecer, y es natural que suceda, porque acercar a Enrique a los cubanos y, esencialmente a jóvenes de su edad, únicamente puede ser fruto de la cooperación de muchos compañeros y amigos:

Graciela Rodríguez Pérez, Chela, y Jorge Hart Dávalos quienes, con su insistencia, me convencieron de que escribir sobre Enrique era necesidad y justicia histórica. Jorge, además, puso en mis manos información y fotografías de la vida personal y familiar de su hermano.

Arnol Rodríguez Camps y José Díaz Rodríguez, Pepe, los cuales tornaron mi trabajo en deber, al dejar en mis manos sus vivencias junto al compañero y amigo entrañable; Eloísa Carreras Varona por sus valiosos aportes; Esperanza Sanjurjo González y Caridad Díaz Suárez, cuyos archivos estuvieron a mi disposición; Félix Ponce Valdés por los testimonios que agrupó en su libro *La clandestinidad en Matanzas*; de igual

manera, Felipe Quintana Ramos por sus *Apuntes preliminares para la historia del MR-26-7 en Matanzas*; Gladys Marel García-Pérez y Fidel Requeijo Gual por las fotografías e informaciones entregadas. A Margarita Díaz quien, atentamente, me envió las fotos de su padre, José Díaz, y a Bernardo Granado Sosa, por hacerme llegar las causas judiciales en las que estuvo implicado Enrique.

Antonio Resillez y Teresa Serpa Álvarez, ambos me ofrecieron su ayuda en la revisión del trabajo.

Ibis Pérez Navarro, paciente, dedicada al trabajo y eficiente al mecanografiar una y otra vez los borradores que antecedieron al original de este libro.

Elio Duarte Cruz, quien me regaló las ilustraciones. Gustavo Robreño Dolz por su estímulo constante y Manuel Graña Eiriz, por su apoyo y ayuda.

---

## Prólogo

No resulta un hecho casual que este libro que hoy se presenta al público cubano haya sido escrito por Héctor Rodríguez Llompart, el amigo, el entrañable compañero, el combatiente del Movimiento 26 de Julio, pues el propio Héctor ha sido protagonista de varios de los conmovedores hechos aquí descritos, hasta en sus detalles más sutiles.

Asimismo, debo subrayar que Héctor y otros compañeros de lucha, quienes alentaron e impulsaron la publicación de esta obra sobre la vida breve, pero muy intensa de mi hermano Enrique, me solicitaron estas líneas a manera de prólogo. En ese sentido, ya le he comentado al autor que, aunque mucho agradezco este gesto, me ha resultado difícil asumir la tarea, pues se trata, precisamente, de encabezar un trabajo dedicado al recuento y repaso de la vida de mi propio hermano, desde el golpe de Estado de Batista el 10 de marzo de 1952, momento a partir del cual se consagró a la lucha de liberación de nuestro pueblo de la sangrienta tiranía, hasta el instante de su heroica muerte.

Por ello, le reitero a Héctor mi agradecimiento. A lo largo de estas páginas logró contar hasta el detalle de ese vértigo de acción revolucionaria en el que se convirtió la

vida de Enrique a lo largo de esos años; desde luego, también le agradezco su modestia. Pues siendo él de igual forma, protagonista de los hechos que narra, parece que se aparta o se hace a un lado, para dejar que esta historia —cargada de impresionantes anécdotas— transcurra directa al lector, para rendir homenaje a la memoria no solo de mi inolvidable hermano, sino también de los miles de jóvenes cubanos que a lo largo del país dieron lo mejor de sí y hasta sus vidas, por devolver la dignidad a la Patria amada, la Patria de Martí y de Fidel.

Este libro resultará muy importante para el conocimiento histórico del intenso y peligroso accionar de los clandestinos y clandestinas en el llano, incluso, a mí me ha permitido ir más allá en el conocimiento de la intensa e intrépida vida de Enrique en esos años; porque con su lectura pude adentrarme en algunos episodios y anécdotas que aun hoy, desconocía de su vida; lo cual puede parecer increíble, dada nuestra estrecha intimidad. Como ya he dicho en otras ocasiones, fuimos dos hermanos inseparables y compartimos durante veintiséis años la misma habitación en la casa de nuestros padres, es decir, pude conocerlo profundamente como a ningún otro ser; de él recibí enseñanzas, advertencias y consejos que forjaron en mí, los conocimientos teóricos, el espíritu de sacrificio y la decisión de lucha con la que he enfrentado la vida.

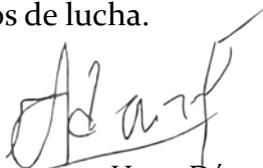
Como señalé en una carta a mis padres desde la cárcel de Boniato —a raíz de su muerte en abril de 1958—, Enrique fue un vértigo de acción y de trabajo, que lograba combinar la profundidad y el rigor del pensamiento social avanzado y progresista en defensa de los trabajadores con la más arriesgada acción directa y el compromiso reiterado de su vida por la causa de la Revolución y de la Patria.

Desde el mismo 10 de marzo no cesó en ese empeño; a partir de entonces previó sabiamente que se abriría como nunca antes el camino de la Revolución en Cuba y, por supuesto, comprendió que era necesario incorporarse al combate desde los primeros momentos; porque siempre estuvo convencido de que la insurrección armada sería la única vía posible para derrocar a la dictadura batistiana y dar inicio a las transformaciones sociales, económicas y políticas que nos conducirían a una nueva Cuba.

Por todo ello, estimados lectores, les recomiendo la lectura de esta obra y, muy especialmente, invito a las nuevas generaciones que hoy crecen y se adentran en el siglo XXI, a su profundo estudio, porque, desde luego, en el conocimiento y el ejemplo de Enrique Hart Dávalos y de sus (nuestros) compañeros de lucha, hallarán una fuente de inspiración que les permitirá seguramente redoblar las duras batallas que enfrentamos y hemos de librar por salvar la Patria y la Revolución.

Gracias, Héctor, por haberme traído de vuelta a mi hermano Enrique. Gracias por haber narrado con ferviente espíritu martiano, estas historias de amor, de fe, de futuro y de esperanza de los miembros de la Generación del Centenario, para las nuevas generaciones de cubanos. Gracias por recordar la audacia y la valentía de mi hermano, rasgos que presiden estas páginas como se apreciaron durante todo el proceso de transformación que se operó en él, a lo largo de esos febriles años de lucha.

Hasta la victoria siempre.



ARMANDO HART DÁVALOS

La Habana, 19 de septiembre de 2014



---

## Nota introductoria

En ocasiones, con motivo de fechas de conmemoración vinculadas a la vida de Enrique Hart Dávalos, escribí artículos periodísticos e incluso participé en la organización de un Taller en el Club Martiano Faustino Pérez dedicado a recordar su memoria.

Los compañeros Graciela Rodríguez Pérez, Chela, y Jorge Hart desde hace algún tiempo me insistían en que escribiera un libro contentivo de la biografía de Enrique.

Hace algunos meses comencé a trabajar sobre esta idea. Hoy les agradezco que me hayan convencido de la necesidad, por justicia histórica, de hacerlo, pues como señaló Ricardo Alarcón de Quesada en un libro\* dedicado a Gerardo Abreu Fontán: “La memoria de los mártires no puede ser un culto reservado a quienes los conocimos y tuvimos el privilegio de luchar junto a ellos. La patria amerita que la memoria perdure y se haga conciencia en la mente y los corazones de los que nacieron después que ellos cayeron. Que sean patrimonio vivo especialmente de los más jóvenes, de los jóvenes de hoy y de mañana”.

\* *El coraje tiene nombre* de Margarita Carvajal y Lisset Gómez, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2011, pp. 84-85.

La búsqueda de información ha sido fácil, pues Enrique, por su carisma y ejecutoria revolucionaria sin haber llegado a los veintinueve años provocó que muchos de quienes lo conocieron se sintieran obligados a dejar plasmados en diferentes momentos y circunstancias, anécdotas y relatos sobre su acción y pensamiento revolucionario. El es digno merecedor del respeto y admiración de todos los que lo conocimos.

Al relatar sus acciones y conductas, necesariamente me preocupé por explicar hechos trascendentes que marcaron hitos en nuestro proceso revolucionario y que condicionaron el quehacer de la lucha clandestina.

No quisiera acabar esta breve introducción sin agradecer a su hermano Armando Hart Dávalos, el emocionado prólogo que nos introduce en el mundo de quien con su inteligencia, sencillez y audacia, sin nunca haberlo pretendido, se convirtió en uno de los paradigmas de la lucha clandestina contra la segunda dictadura de Fulgencio Batista.

EL AUTOR

20 de septiembre de 2014

*Se unió como todos nosotros a Fidel y al Movimiento Revolucionario 26 de Julio, pues fue allí donde encontró el lugar preciso para encauzar su rebeldía y sed de justicia social. Con las posibilidades que abría la jefatura política de Fidel y con el ansia de acción que existía en las masas juveniles y trabajadoras, Enrique se convirtió en uno de los más intrépidos y audaces del movimiento clandestino.<sup>1</sup>*

<sup>1</sup> Armando Hart Dávalos: *Perfiles*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 2002, p. 294.



# 01

---

## La verdad era su pasión

Lo conocí a finales de 1955 en la casa de Enrique Oltuski Ozacki, quien fuera coordinador provincial del MR-26-7 en la provincia de Las Villas en 1958, y de su compañera Martha Rodríguez del Pozo. Entonces habitaban un apartamento de la calle Infanta, en La Habana, al lado de Ambar Motors (hoy Ministerio de Comercio Exterior). Tenía veintiséis años. Me lo presentó Mario Hidalgo Barrios, designado meses después, al partir Antonio López Fernández, Ñico, hacia México en junio del año 1956, responsable nacional de las Brigadas Juveniles del M-26-7. Posteriormente, Ñico y Mario integrarían el grupo de ochentaidós expedicionarios del yate *Granma*.

De estatura mediana, pelo corto y andar rápido, alegre y jovial, de frases cortas e inteligentes, humilde e irreverente, lograba la simpatía de quienes lo conocían. A partir de ese día siempre lo llamé Enriqueito, igual que sus más íntimos allegados. Según fui conociéndolo, mi simpatía hacia él creció hasta convertirse en aprecio y admiración.

Apasionado por la revolución, nunca sintió cansancio ante fracasos ni cejó ante situaciones difíciles. Era temerario y de ideas atrevidas; de esos hombres que siempre

llevan sus acciones hasta donde les llega el pensamiento. Así podrán apreciarlo quienes se asomen a estas páginas.

Enrique Hart Dávalos nació el 4 de julio de 1929, en La Habana. Sus padres, Enrique Hart Ramírez y Marina Dávalos Torices, tuvieron siete hijos: Marina, Enrique, Armando, Martha, Gustavo y Alberto, que eran jimaguas, y Jorge.

Su padre, hijo de una familia que llegó a la Isla desde el estado de Georgia en Estados Unidos, nació en Cuba a principios del siglo xx con el nombre de Henry. Como detalle digno para conocer la raigambre de amor de la familia a la patria, al cumplir la edad que le permitía la ley, acudió al registro civil y modificó el nombre con el cual aparecía inscripto; se lo cambió por el de Enrique, el mismo con el que también inscribió a su primer hijo varón.

Fue designado presidente del Tribunal Supremo en febrero de 1959 y el 27 de junio de 1980, a propuesta del presidente del Consejo de Estado y de Ministros, Fidel Castro Ruz, fue el primer cubano en recibir por su probidad, conducta, méritos y aportes al país, la más alta condecoración que otorga la República de Cuba, la Orden José Martí.

A la madre, Marina Dávalos, la caracterizó muy bien Mary Ruiz de Zárate en la entrevista que les hiciera a los padres de Enrique y que apareció publicada en el periódico *Juventud Rebelde*, el 21 de abril de 1988, al cumplirse treinta años de la caída del inolvidable compañero:

Marina franca, abierta, mujer de ancestro patriótico, independentista, hija del sabio cubano —alumno de Pasteur<sup>2</sup> en París— que introdujo la vacunación antirrábica en Cuba. Mujer de chispa y simpatía na-

<sup>2</sup> Louis Pasteur, famoso científico francés.

tural, que no le sofocan los años ni las penas, porque la alegría de vivir, condición humana, en ellos manda por su calidad.

Marina era doctora en Farmacia y propietaria de una botica en la que se colaboraba con el movimiento clandestino.

Los primeros años de Enrique transcurrieron en Trinidad, municipio en el que su padre ganó mediante oposiciones el cargo de juez municipal. Esta función la ejerció durante cuatro años. Después la familia se mudó a Sancti Spíritus debido al traslado del juez Hart Ramírez, lo que volvió a ocurrir un año más tarde, al ser designado en Colón. Posteriormente prestó servicios, por nueve años, en la Audiencia de Matanzas.

Por las sucesivas ubicaciones del padre, el niño recorrió varios centros docentes durante la enseñanza primaria. En Colón estudió en la escuela de Josefa González; cursó otros grados en la capital de la provincia de Matanzas, primero en el colegio de Irene Toland y después en el colegio La Luz.

Como ejemplo de su vocación de justicia y de la verdad, su hermano Armando relata una anécdota de esa época:

Estando él en sexto grado y yo en quinto, el primer día de clase, vi que desde el aula de al lado se lanzaba un papel arrugado hacia la nuestra, inmediatamente pensé que era él quien había hecho la travesura. El maestro salió de mi clase y se dirigió a la suya y les dijo a los niños allí reunidos: “Antes de que termine esta hora de clase, el responsable tiene que venir a decirme quién fue él que cometió esta falta”. A los

tres minutos, se apareció Enrique ante nosotros y le dijo al profesor:

—Fui yo, maestro.

—Muy bien, retírese —le respondió.<sup>3</sup>

La familia siguió viviendo en la misma ciudad de Matanzas donde Enrique ingresó en el Instituto de Segunda Enseñanza al aprobar los exámenes correspondientes, el 27 de junio de 1942.<sup>4</sup> Allí cursó los cuatro primeros años del bachillerato.

Su hermana mayor, Marina, recordaba que él fue el primero de los hermanos que mostró inclinación por la lectura. Le gustaba la historia y después incluyó materiales de carácter político. Enrique leía a Martí, lo que siempre hizo. Fue un fervoroso martiano.

Cuando su padre fue nombrado magistrado en la Audiencia de la entonces provincia de Oriente, comenzó el quinto año del bachillerato y la carrera de Agrimensor Público en 1948, en el Instituto de Santiago de Cuba. Allí obtuvo los títulos de Bachiller en Ciencias y de Agrimensor Público. En la capital del Oriente comenzó su vida laboral: trabajó aproximadamente un año en el Departamento de Obras Públicas como agrimensor.

En 1950 el padre volvió a trabajar a Matanzas y en 1952, a la Audiencia de La Habana, acá se radicó con la familia.

Numerosos fueron los maestros, escuelas, pueblos y ciudades a los que, por razones del desempeño de su padre, Enrique y los hermanos tuvieron que adaptarse.

<sup>3</sup> Armando Hart Dávalos: *Perfiles*, ed. cit., pp. 294-295 .

<sup>4</sup> Expediente de Enrique Hart Dávalos, Instituto de Segunda Enseñanza de Matanzas.

El efecto negativo que hubiera podido ocasionar en la familia y en especial a los hijos, no tuvo relevancia debido a la disciplina, sensibilidad, ética y ejemplo de justicia y solidaridad humana que siempre les inculcaron e hicieron prevalecer con sus enseñanzas y en la vida cotidiana, tanto el padre como su mamá.

Enrique matriculó en la Universidad de La Habana, primero en la Escuela de Farmacia siguiendo el ejemplo de su madre y, posteriormente en la Facultad de Ciencias Comerciales, más afín al trabajo que había comenzado a realizar en el Banco Trust Company of Cuba de la calle Línea, en el Vedado.

Vivir en la capital del país, ascender la imponente colina universitaria como estudiante, así como comenzar a laborar en una importante institución bancaria, no significaron razones para que el joven modificara su conducta; ni el cambio que necesariamente sufrieron sus relaciones y hábitos dejaron huellas que influyeran en su fácil empatía.

En los años que transcurrieron de 1950 al golpe de Estado el 10 de marzo de 1952, acudió a las aulas universitarias y desarrolló vínculos estrechos con trabajadores del sector bancario. Estas relaciones le facilitarían desarrollar sus primeras acciones de carácter sindical, político y revolucionario, a partir del golpe perpetrado por Fulgencio Batista Zaldívar.

Sobre la conducta de Enrique en aquel momento, su hermano Armando escribió:

[...] fue uno de los jóvenes que acudieron a la colina [universitaria] en aquellos días después del golpe [para vincularse al movimiento insurreccional contra la tiranía] aunque debo subrayar que sus

vínculos más fuertes no eran con estudiantes universitarios, porque desarrolló relaciones más estrechas con los trabajadores bancarios y después con los del Movimiento.<sup>5</sup>

Del trabajo con las masas y el movimiento obrero en el proceso revolucionario, Mario Hidalgo Barrios, compañero vinculado estrechamente a Enrique desde su incorporación formal a la lucha revolucionaria, diría:

Él siempre quería ir organizando a la masa e incorporando gente al Movimiento, y no solo con los grupos de acción, sino también con los trabajadores del banco, con los compañeros obreros, pues concebía la lucha insurreccional contra Batista unida a una huelga general, puesto que Enrique, a pesar de su procedencia de clase, era uno de los compañeros nuestros que más sentido obrero tenía.<sup>6</sup>

De cuando compartían períodos de encarcelamiento, a partir de su primera detención por tres meses, en octubre de 1954, Mario Hidalgo recuerda aspectos de sus avanzadas ideas políticas:

Estando en presidio, un compañero propuso estudiar “El liberalismo económico”, y Enrique dijo:

<sup>5</sup> Armando Hart Dávalos: *Aldabonazo. En la clandestinidad revolucionaria cubana 1952-1958*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2006, p. 188.

<sup>6</sup> Raúl Sarmiento Carreras y Caridad Díaz Suárez: “Enrique Hart Dávalos. Uno de los más hermosos ejemplos...”, (folleto inédito). Archivo personal del autor.

—¡Ja, en la época del comunismo, nos vamos a poner a estudiar liberalismo!

Y es que Enrique, dentro de la broma, era muy serio, muy profundo en sus pensamientos.<sup>7</sup>

Para él, como para muchos jóvenes de su época, el golpe de Estado produjo el cambio que dio significado al resto de su vida. Por supuesto, esa comprensión fue posible porque ya su carácter se había formado en el valor de la virtud, la práctica de la ética y la pasión por lo justo, todo lo aprendido en el seno familiar.

Su hermano Armando lo describió en aquel momento con la precisión y el conocimiento de quien lo conoce “mejor que nadie [veinte y seis años durmiendo en el mismo cuarto”.

El cuartelazo lo situó de súbito y sin que vacilara un segundo dentro de la vanguardia combatiente. Aquel día estaba de vacaciones en casa de unos tíos, en Trinidad, y tan pronto escuchó por radio la noticia hizo las maletas, regresó a La Habana y empezó a interesarse activamente por la lucha contra la tiranía.

Él mismo me brindó la explicación de este hecho. Me dijo que antes del golpe no veía solución a la situación de Cuba, pero que el cuartelazo le había abierto al país el camino de la Revolución. Recordé entonces que meses antes, él había criticado a los máximos dirigentes ortodoxos porque no habían

<sup>7</sup> *Ibídem.*

convertido el entierro de Chibás en un movimiento encaminado a la toma revolucionaria del poder.<sup>8</sup>

Sobre los primeros pasos revolucionarios de Enrique Hart, Faustino Pérez Hernández, quien fuera inseparable compañero y posteriormente su jefe, testimonió:

Lo conocí a los pocos días del 10 de marzo, alrededor del asalto a la *Universidad del Aire*, un programa radial en el que cada domingo participaban como conferencistas una serie de profesores, de invitados, gente con proyecciones políticas interesantes o de otra naturaleza social, algunos políticos progresistas, entre otras personalidades.

El hecho es que esa hora se fue convirtiendo en una tribuna de ataque a la tiranía, no había otra, y los asistentes empezaban a hacer preguntas o intervenciones que constituían un ataque directo a la tiranía.

Hasta que el 4 de mayo del propio año 1952, la *Universidad del Aire*, que se celebraba en los estudios de la CMQ, fue asaltada por los esbirros de la tiranía. Este hecho constituyó uno de los primeros combates contra la fuerza opositora.

Después, Enrique participó en el rescate de uno de los asaltantes del Moncada que estaba herido y preso en el hospital ortopédico de La Habana.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> Armando Hart Dávalos: *Aldabonazo...*, ed. cit., pp. 187-188.

<sup>9</sup> El hospital se encontraba en G y 27 y el rescatado fue Gustavo Arcos Bergnes. El hecho tuvo lugar el 20 de junio de 1954. Junto a

## Movimiento Nacional Revolucionario

Para Enrique, dos hechos debían producirse para derrocar la tiranía: la lucha armada y la huelga general revolucionaria.

Junto con su hermano Armando; los hermanos Mario y Alonso Hidalgo Barrios; Pepe Prieto y Faustino Pérez, se acercó al profesor Rafael García-Bárcena Gómez, quien comenzó a organizar con algunos grupos de estudiantes y obreros, el Movimiento Nacional Revolucionario, el cual quedó constituido el 20 de mayo de 1952 en la Universidad de La Habana.

García-Bárcena se convertiría en el organizador del primer intento insurreccional contra la dictadura batistiana. Había sido profesor de la Academia Superior de Guerra durante el gobierno de Carlos Prío Socarrás, planteaba como objetivo inmediato el derrocamiento de la dictadura, aunque siempre consideró que ello no era posible sin el apoyo del Ejército. Tenía a su favor el hecho de haber sido miembro del Directorio Estudiantil en 1930 y ser considerado un hombre honesto, patriota de ideas democráticas y antimperialista, además de poeta y filósofo. Practicaba la religión cristiana y escribiría en 1954-1956 un conocido libro, *El redescubrimiento de Dios*, en el que trató de unir las ideas religiosas con los avances de la ciencia.<sup>10</sup>

El 5 de abril de 1953, cientos de jóvenes, estudiantes y obreros, se reunieron en las cercanías de Columbia, en Marianao, donde hoy radica Ciudad Escolar Libertad.

---

Enrique participó Jorge Alonso Fernández. Raúl Sarmiento Carreras y Caridad Díaz Suárez: Ob. cit.

<sup>10</sup> Al triunfo de la Revolución, fue designado embajador de la República de Cuba en Brasil. Murió en el año 1961.

Decenas de ellos fueron detenidos y acusados de intentar asaltar la posta 13 del campamento militar. Este hecho fue conocido como Domingo de Resurrección.

García-Bárcena fue apresado en la casa de la reconocida militante revolucionaria Eva Jiménez Ruiz y posteriormente juzgado en el Castillo del Príncipe. Su defensor fue Armando Hart Dávalos. El juicio, que tuvo repercusión de carácter nacional, concluyó a fines del mes de mayo de 1953 y el organizador de la acción, condenado a dos años de prisión.

La noche anterior al 28 de enero de 1953—, fecha en que se conmemoraba el centenario del nacimiento de José Martí, se había producido la marcha de las antorchas, convocada por la Federación Estudiantil Universitaria. En ella se distinguió, por su grado de organización y disciplina, el numeroso grupo de jóvenes que dirigía Fidel Castro Ruz.

Este evento se convirtió en el primer motivo que dio nombre a aquellos patriotas: Generación del Centenario, cuya definitiva acreditación la alcanzó el 26 de julio de 1953 al protagonizar el asalto a los cuarteles Moncada, en Santiago de Cuba y Carlos Manuel de Céspedes, en Bayamo.

Durante la prisión de Bárcena, los jóvenes que se habían acercado a él, entre ellos Enrique, liderados por Armando Hart y Faustino Pérez, recorrieron el país en funciones de propaganda y captación revolucionaria, con el objetivo de darle dimensión nacional al Movimiento.

Por estos tiempos, Enrique participaba en la edición de un pequeño periódico revolucionario que se llamó *Vanguardia*, era el órgano del Movimiento Nacional Revolucionario.

Amnistiado el 5 de junio de 1954, salió de la prisión de Isla de Pinos el profesor García-Barcena. El grupo integrado por Faustino, Armando y Enrique, entre otros compañeros, le solicitaron una reunión para discutir la necesidad de organizar nacionalmente el Movimiento y preparar condiciones para el futuro desarrollo de la insurrección armada y la huelga general. Él aceptó dicho encuentro.

La reunión tuvo lugar en una pequeña casa que poseía Enrique en el pueblo de Calabazar de La Habana. Armando Hart, refiriéndose a este momento, ha contado:

[...] Durante varias horas los compañeros expusieron a García-Bárcena la necesidad de un trabajo en todo el país, orientado en favor de un gran movimiento armado y de huelga general contra el régimen. Tras una larga discusión confirmamos que, aunque el profesor era un revolucionario honesto, no podía dirigir una verdadera revolución.<sup>11</sup>

El 12 de octubre de 1954, reunidos en el Colegio Nacional de Maestros, en Malecón No. 411, para discutir cómo enfrentar la farsa electoral que Batista había organizado para el mes de noviembre con el objetivo de elegirse presidente, fueron detenidos y acusados en la causa 459-54 algunos dirigentes del Movimiento Nacional Revolucionario, incluidos Armando y Enrique Hart, Mario y Alonso Hidalgo, Faustino Pérez, José Prieto y Eloy Abay.

Al mismo tiempo fue allanado por la policía el laboratorio clínico situado en la calle Salud No. 222 esquina a

<sup>11</sup> Armando Hart Dávalos: *Aldabonazo...*, ed. cit., p. 75.

Lealtad, en el que trabajaba Faustino. La policía requisó una buena cantidad de granadas y propaganda revolucionaria.

La noticia de este hecho fue dada a conocer por el *Diario de La Marina* el 14 de octubre, de la siguiente manera:

En Salud 222 fueron ocupadas 22 granadas de mano, 14 niples con sus tapas, cargados. Y sus mechas, cinco uniformes militares color kaki, 184 tapas de hierro para niples, con sus tapas, 17 latas pequeñas de cartón para confeccionar petardos, un revólver calibre 38, una llave mecánica de las llamadas Pico de Loro. Para confeccionar niples 22 cartuchos de dinamita de una libra cada uno, 12 fulminantes, dos latas de azufre y una caja pequeña de cartón [que contenía] parafina. En Malecón No. 411 Águila entre San Miguel y San Rafael, ocuparon folletos del MNR. El informe de Malecón No. 411 estuvo a cargo del coronel Orlando Piedra Noguera, y el de Salud 222, del jefe de la policía Rafael Salas Cañizares.

Por esta causa, ocho compañeros detenidos fueron juzgados y condenados a sentencias menores, la mayor a Faustino Pérez, quien durante el juicio asumió la total responsabilidad.

## Faustino Pérez Hernández

Fue la primera vez que estuvimos juntos por tres meses y cuando tuvimos la posibilidad de conocerlo más a fondo, no solo desde el punto de vista de

proyección de lucha en sí, de las acciones en sí, sino del pensamiento político, de la manera de ser.

Estas fueron las primeras acciones, los primeros hechos, y los primeros contactos; pero Enrique se incorporó a la lucha revolucionaria desde el mismo instante en que se produjo el golpe de Estado de la tiranía batistiana.<sup>12</sup>

El 19 de noviembre de 1955 tuvo lugar un famoso acto en la Plaza de los Desamparados del Muelle de Luz, convocado por el coronel del Ejército Libertador de la Guerra de Independencia, don Cosme de la Torriente, presidente de la Sociedad de Amigos de la República; en ese momento desempeñaba el papel de representante de los partidos tradicionales de oposición.

Aquel acto finalizó en una gran trifulca. Esa noche quedó definitivamente rota la línea política seguida por los llamados partidos de oposición y las fuerzas revolucionarias, las cuales hicieron patente su posición, al grito de “¡Revolución! ¡Revolución!”

## Huelga general bancaria

Al recobrar su libertad, después de los hechos de Salud 222, Enrique se reintegró a las labores del banco. Ascendido a otro cargo, fue trasladado de la sucursal de Línea y A del Trust Company a la oficina central en la calle Obispo en La Habana.

Con el paso de jicotea inició la huelga bancaria el 31 de agosto de 1955, consistía en que los trabajadores prestaran

<sup>12</sup> Raúl Sarmiento Carreras y Caridad Díaz Suárez: Ob. cit.

sus servicios lentamente para motivar demoras en los diferentes trámites de la instalación. Al día siguiente se pasó a la huelga general bancaria, en todo el país, duró catorce días. Reclamaban el aumento salarial, además de otras demandas.

Pasados once días se publicaron las cifras de ciento cuarentaisiete expedientes de separación del puesto de trabajo y cincuentaiocho en prisión.

Uno de los detenidos fue Enrique, acusado en la causa 382-55 por la huelga ilícita, con la particularidad de que fue encerrado e incomunicado. A su caso le dieron un carácter político. Su hermano Armando se presentó como abogado defensor y obtuvo su liberación.

Una vez en libertad lo sometieron a expediente de despido. Antes de cualquier trámite presentó su renuncia al director del banco, quien le ofreció una compensación en metálico. Indignado le dijo: “Si usted me botara, yo le exigiría que me pagara; pero como yo soy el que me voy, nada me debe”. De esta forma rehusó cobrar lo que tenía derecho por ley.<sup>13</sup>

De esa época su compañera de trabajo, Olga Andreu, testimonia:

Yo recuerdo a Enrique como un compañero muy inteligente, muy mordaz en sus planteamientos y muy agudo en sus respuestas. Una persona sensible, especialmente frente a las injusticias sociales. Recuerdo cómo se emocionaba cuando hablaba de la obra de Martí, cuando mencionaba a Martí.

<sup>13</sup> Tomado Daniel Portilla Hart: “Enrique Hart”, folleto mimeografiado. Archivo del autor.

De su personalidad me impresionaron muchas cualidades, pero las más notables fueron la firmeza de sus principios, muy enérgico, muy activo, de conducta muy recta; se sobreponía siempre a las dificultades, y a la vez era una persona llena de vida, alegre, con un gran sentido del humor.

Por trabajar en un banco, Enrique tuvo la oportunidad de conocer el engranaje de la empresa capitalista. A los empleados se nos trataba de deformar tratando de que nuestros intereses giraran alrededor de los intereses de los clientes, y esa conducta era habitual entre nuestros trabajadores, había muchos casos de servilismo, que pretendían penetrar en el círculo de los clientes encumbrados.

Él despreciaba profundamente los hábitos de la burguesía, y propició que un grupo de trabajadores con inquietudes ideológicas y humanas se interesaran no por ocupar esas posiciones, sino por despertar en ellos una conciencia de clase, y con esos fines combatir el interés de la empresa, que resultaba básica, como parte del régimen social.

Junto a los compañeros del banco, editó un periódico que se llamaba *Verdad Bancaria*, a través del cual intentaba crear una conciencia de clase; pero también incluía materiales sobre arte, literatura, entre otros temas.<sup>14</sup>

La huelga general bancaria, cuyo carácter era más laboral que político, finalizó al obtener cada uno de los

<sup>14</sup> Raúl Sarmiento Carreras y Caridad Díaz Suárez: Ob. cit.

trabajadores un aumento salarial de cincuenta pesos mensuales. Aunque pasara ese momento la patronal expedientó a más de cien trabajadores y decidió que sesenta-tres de ellos fueran expulsados de sus plazas. El primero fue Enrique Hart.

El compañero Orlando Fundora, bancario que participó en la huelga, al recordar este hecho, en el periódico *Granma* del 21 de abril de 1978, expresó:

Enrique coadyuva a que gente timorata e indecisa tome parte en la huelga. Es uno de los hombres que hace que aquel movimiento huelguístico que surge como una reivindicación obrera se convierta en una lucha política.

Del grupo, Enrique era uno de los que tenía más madurez y experiencia revolucionaria; había estado preso antes y tomado parte en otras acciones. Era muy radical y ya estaba forjado en la lucha. Fue uno de los expedientados por este hecho y por sus ideas políticas. Cuando sale de prisión continúa las actividades revolucionarias y toma definitivamente el camino de la clandestinidad.

Su vocación internacionalista se puso de manifiesto en su enérgica reacción cuando, con motivo del ajusticiamiento del tirano nicaragüense Anastasio Somoza —padre— a manos del patriota Rigoberto López Pérez, la gerencia de la sucursal del Banco Trust Company of Cuba de Línea y Paseo, precisamente en la que comenzó su vida laboral bancaria, envió un mensaje de condolencia a la embajada de Nicaragua en nuestro país.

Isabel Vázquez, compañera de Enrique de ese sector y pronto militante del M-26-7, que luego del triunfo revolu-

cionario fuera secretaria general del sindicato de los trabajadores bancarios, narra detalles de aquel gesto solidario:

Cuando el patriota nicaragüense Rigoberto López Pérez ajustició al tirano Somoza, la compañera Olga Andreu me llamó y me dijo que la dirección del banco de Línea y Paseo en el Vedado, donde ella trabajaba, había enviado un mensaje de condolencia a la embajada de Nicaragua por el fallecimiento de Somoza.

Yo localicé a Enriquito y me dijo:

—Bueno, Isabel, tenemos que ir a esa agencia y dar allí un mitin de desagravio al pueblo de Nicaragua.

En ese momento, Enrique y yo estábamos expulsados del sector por nuestra participación en la huelga de 1955, y actuábamos en plena clandestinidad.

Enrique me precisó que a las dos de la tarde íbamos a dar un mitin relámpago. Yo le insistí en que sería muy arriesgado, pues radicaba en un lugar muy céntrico, pero con qué tranquilidad me preguntó:

—¿Tienes miedo?

—Sí —le contesté.

—Yo también, pero hay que hacerlo —concluyó.

Nos vimos en Línea y A a las dos de la tarde y me dijo:

—No entres tú, espérame por Paseo.

Ya el banco tenía público. Entró y de un salto se subió encima del mostrador, desde donde censuró la

postura de la patronal. Antes de concluir, añadió: “Algún día el pueblo de Nicaragua tendrá muchos Rigoberto López que vengarán los ultrajes de que ese pueblo es víctima”.<sup>15</sup>

## Incorporación al MR-26-7

Aún en Isla de Pinos se encontraban encarcelados Fidel y parte de los asaltantes a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, cuando Enrique y sus compañeros del Movimiento Nacional Revolucionario, se hallaban presos en el Castillo del Príncipe. Durante cincuenta días los mantuvieron allí.

A la instalación militar convertida en cárcel, acudieron a visitarlos las moncadistas Haydée Santamaría Cuadrado y Melba Hernández Rodríguez del Rey; de sus manos recibieron “La historia me absolverá”, la cual leyeron, discutieron y estudiaron. Las dos valientes mujeres, después de ser puestas en libertad en febrero de 1954, iniciaron una labor de proselitismo y propaganda, al tiempo que participaban activamente en la campaña a favor de la amnistía de los presos políticos, que devino en una gran movilización nacional al encontrarse incluidos Fidel y el resto de los combatientes del 26 de julio.

Enrique y sus compañeros fueron puestos en libertad poco después de las fraudulentas elecciones generales de noviembre de 1954, en las que resultó presidente de la República de Cuba, el general Fulgencio Batista Zaldívar. En la segunda quincena de diciembre, se sumó a la denuncia de la construcción del llamado Canal Vía Cuba,

<sup>15</sup> Raúl Sarmiento Carreras y Caridad Díaz Suárez: Ob. cit.

el que atravesaría la isla de sur a norte por la provincia de Matanzas, y cedería a una empresa cubana, detrás de la cual estaba el capital de Estados Unidos intentando apoderarse de una parte jurisdiccional del país, similar a la que habían logrado anteriormente los yanquis con la construcción del Canal de Panamá.

Pronto Armando Hart y sus compañeros, incluido Enrique, hicieron contacto con Melba y Haydée, quienes les hablaron de lo que había sido el Moncada, de la labor de Abel Santamaría y de los combatientes que junto a Fidel lucharon en esa gesta. Explicaron las ideas del líder revolucionario, su programa y oposición radical a los partidos tradicionales.

Hart precisa: “Llegué a la conclusión de que la unidad de las fuerzas que apoyaban a García-Bárcena, los estudiantes y los moncadistas, podrían constituir una importante base para el desarrollo de la revolución a la que aspirábamos”.

Finalmente, Batista se vio obligado a decretar la amnistía bajo la presión de las instituciones cívicas y el pueblo que reclamaban la libertad para Fidel y sus compañeros.

El grupo de combatientes arribó el 16 de mayo de 1955 a Surgidero de Batabanó, en el barco *El Pinero*. Una vez en la estación de trenes de la capital, el pueblo jubiloso los recibió; entre esa multitud se encontraba Enrique Hart.

Poco tiempo después, Fidel se reunió con Bárcena, en la casa de este, en el reparto La Sierra, entonces en Marianao. También participaron Faustino Pérez y Armando Hart. En la reunión se demostró que no podían conciliarse formas distintas de lucha para conseguir los objetivos revolucionarios que se planteaban. Desde ese momento, Armando Hart y Faustino Pérez se unieron a Fidel y sus compañeros.

En cuanto Enrique Hart conoció la decisión, aprobó sin reservas y con entusiasmo su incorporación a las fuerzas que dirigía Fidel Castro.

Sobre la constitución de la dirección de este Movimiento, Armando Hart escribió:

Una noche, semanas antes de su partida hacia México, se produjo una reunión en la calle Factoría.<sup>16</sup> En esta ocasión, por primera vez, a través de un planteamiento de Fidel conocí que la organización se denominaría Movimiento Revolucionario 26 de Julio. Allí quedó constituida la dirección en Cuba, integrada por: Pedro Miret [Prieto], Jesús Montané [Oropesa], Faustino Pérez [Hernández], Haydée Santamaría [Cuadrado], Melba Hernández [Rodríguez del Rey], José Suárez Blanco, Pedro Aguilera [González], Luis Bonito [Milián], Antonio Ñico López [Fernández] y yo. [...]<sup>17</sup>

Casi había iniciado 1956 cuando Enrique contrajo matrimonio el día 2 de febrero, con Mercedes Gómez Vilá, fruto de esta unión son sus hijos Enrique y Carlos Manuel.

Asediado y perseguido, viajó con su esposa el 31 de julio de ese año, a Estados Unidos. Para ganarse el sustento, trabajó muy duro, por más de dos meses, en una fábrica de pintura.

El 19 de octubre, por orientaciones de Fidel, Faustino Pérez viajó a Miami para contactar con Juan Horta

<sup>16</sup> La reunión se celebró el 12 de junio de 1955 en la calle Factoría No. 162. Entonces Raúl Castro Ruz se encontraba en México.

<sup>17</sup> Información tomada de Mario Mencía Cobas: *Tiempos precursores*, Editorial de Ciencias Sociales, 1986, p. 244.

y Enrique Hart, debía comunicarles instrucciones que trasladarían a la dirección del Movimiento en La Habana.

Enrique regresó a Cuba el día siguiente.<sup>18</sup> Ya en la Isla, se incorporó inmediatamente a la lucha clandestina e integró la dirección del Movimiento en la región que entonces se le llamaba Habana-Campo.

## Arribo de ochentaídos expedicionarios

En los días que precedieron al desembarco de los expedicionarios del *Granma*, la actividad revolucionaria desplegada por Enrique fue intensa. Combatía el desaliento que a veces asomaba en las filas del Movimiento 26 de Julio en la capital por las limitaciones en materia de armas y otros recursos; reiteradamente le oímos decir que “con lo que se tenga tenemos que hacer todo cuanto podamos”, en alusión al apoyo que debíamos brindar al desembarco de Fidel y sus compañeros.

El 27 de noviembre de 1956 se recibió un cablegrama en el hotel Royal Palm desde México, dirigido a Pérez Font, cuyo destinatario final era Aldo Santamaría Cuadrado. El telegrama decía: “Separa habitación hotel”. Se trataba de la contraseña que constituía la orden de apoyo al desembarco, para el MR-26-7 en las provincias de La Habana, Matanzas y Pinar del Río.

Aldo Santamaría se reunió ese día con Héctor Ravelo Fortes, coordinador del Movimiento en las municipalidades del interior de La Habana, y Enrique Hart, con el objetivo de determinar los lugares donde podrían ejecutar acciones de apoyo al desembarco de los expedicionarios.

<sup>18</sup> Pasaporte No. 16345, emitido el 7 de julio de 1949.

Se dirigía a Matanzas cuando, al llegar a la calle Prado, aún en la capital, fue detenido por una perseguidora;<sup>19</sup> no obstante, tuvo la ecuanimidad y sangre fría de masticar y tragarse el telegrama.

Al conocer esta noticia, Enrique decidió trasladarse a Matanzas para informar al movimiento de lo sucedido. Antes pasó por algunos municipios del interior de La Habana, entre ellos el Cotorro.

Ricardo González Tejo, el Maestro, quien fuera coordinador provincial del MR-26-7 en Matanzas, al recordar aquellos hechos, ofreció su testimonio:

Muy temprano en la mañana del 30 de noviembre de 1956, llegó Enrique a Jovellanos a comunicarnos el pronto arribo de Fidel y demás expedicionarios a las costas cubanas y la necesidad de realizar, la serie de misiones previamente planificadas en la provincia, en apoyo al desembarco.

Él participó en la organización de las acciones que desencadenaríamos en toda la provincia.<sup>20</sup>

Por aquellos días organizaba la fábrica de bombas en Quinta y A, en el Vedado. Con su acostumbrada agudeza y sentido del humor, le llamaba al apartamento “la tram-pita”, consciente de las limitaciones que el lugar tenía para el desarrollo de estas actividades.

José Díaz Rodríguez, Pepe, obrero de la cervecería Modelo del Cotorro, productora de la cerveza Hatuey, un

<sup>19</sup> Así se les decía a los carros patrulleros de la Policía Nacional.

<sup>20</sup> Raúl Sarmiento Carreras y Caridad Díaz Suárez: Ob. cit.

día comentó con Héctor Ravelo Fortes, su intención de realizar un sabotaje que provocara la paralización de la fábrica.

Días después, Ravelo y Enrique visitaron el Cotorro; Ravelo le presentó a Pepe Díaz. Al comentar sobre el posible sabotaje, Enrique se entusiasmó muchísimo con la idea y le concedió suma importancia al hecho de que la acción coincidiera con el desembarco de Fidel. Entonces añadió: “La cervecería es una caja de resonancia, lo que allí suceda tendrá como divulgación la gran propaganda de Hatuey”.

A partir del 2 de diciembre de 1956 sucedieron diversos actos de rebeldía, uno de ellos fue el ejecutado por Pepe Díaz en la fábrica de la cerveza Hatuey, logró paralizar la producción durante varias horas. Además, dejó un mensaje escrito y firmado por él en una pizarra, que decía: “Trabajadores, este sabotaje se hace a nombre del 26 de Julio y como respaldo al desembarco de Fidel por las costas de Oriente. ¡Viva Fidel Castro Ruz! ¡Muera Fulgencio Batista!”

Por supuesto, Pepe Díaz debió abandonar el Cotorro y huir hacia La Habana.

Coincidiendo con el desembarco de los ochentaidós cubanos, el 2 de diciembre de 1956, nació el primer hijo de Enrique, cuyo nombre continuó haciéndose firme en la familia.

A partir de ese mismo día comenzaron a publicarse noticias difundidas por la *United Press International* sobre la supuesta muerte de Fidel y el fracaso de la expedición. Enrique reaccionó ante aquella situación con su acostumbrada manera de sobrepasar cualquier adversidad;

para él, las dudas y el pesimismo que se apoderaban de algunos debían convertirse en acicate para la acción en tan difíciles circunstancias. “Si Fidel y sus compañeros cayeron, debemos continuar la lucha; si están con vida, nuestras acciones les servirán de apoyo”, proclamaba.

Con esa convicción convocó el 4 de diciembre, en el Centro Asturiano, a un grupo de integrantes del 26 de Julio, entre ellos a Héctor Ravelo, Federico Bell-Lloch, Bebo Hidalgo, Julio Alom, Julio Bauta, René Verdecia, Carlos Franqui Mesa, Aldo Vera, Ricardo Martínez y el gallego Otero, para emprender esa misma noche nuevas acciones contra la dictadura batistiana.

Múltiples fueron las manifestaciones del MR-26-7 en la ciudad de La Habana y en lo que denominábamos Habana-Campo, división territorial que había hecho la estructura del Movimiento en los municipios que circundaban la ciudad; no incluía Regla, Guanabacoa ni Marianao.

El 28 de diciembre de 1956 Faustino Pérez y Frank País García llegaron a la capital. La misión encomendada por el Comandante en Jefe era reorganizar el Movimiento en todo el país.

Habiéndose distinguido por su tenacidad y arrojo, Enrique Hart fue designado financiero provincial y coordinador del MR-26-7 en Habana-Campo. También se tuvo en cuenta su destacada participación en las actividades financieras y lo escrupuloso que era en el manejo de los ingresos que obtenía el Movimiento a través de bonos y otras donaciones.

Siempre fue un compañero austero. Era pulcro y sencillo en el vestir, nunca se vio usar ropa extravagante ni

ostentosa. Un relato sobre estos rasgos suyos los ofrece el doctor Carlos Martínez Reyes, miembro de la dirección provincial del Movimiento 26 de Julio en Las Villas, quien estuvo preso junto a Enrique en el Castillo del Príncipe.

De Enrique me impresionó, en primer lugar, su firmeza revolucionaria, lo bien coordinadas que eran sus acciones dada su definida ideología.

Lo austero de su vida, lo poco que necesitaba para vivir formaba parte de su forma de ser, era un verdadero revolucionario, no necesitaba nada notorio. Sabía acostumbrarse a todas las situaciones de estrechez de la vida clandestina y lo hacía con una naturalidad asombrosa.

Estando presos, él dormía en la litera debajo de la mía, y a su lado estaba la de Armando. Recuerdo que yo tenía en la cárcel dos o tres pares de zapatos, los suyos estaban viejos, y para que aceptara un par mío, hube de hacerlo sobre la base de la extrema amistad o identificación que se desarrolló en las duras peripecias de la vida en prisión.<sup>21</sup>

Leonor Arestuche Anieva, *Sobrino*, es una combatiente matancera, lo conoció cuando por allí desarrolló su labor revolucionaria. Conmovida, relató la siguiente anécdota:

Cuando lo conocí, aparentemente se veía bien, con ropas humildes, pero sanas y limpias, lo doloroso

<sup>21</sup> *Ibíd.*

fue ver, al cruzar un pie, que sus zapatos tenían varios huecos en las suelas. A mí me dio pena o dolor, no sé decirte realmente qué sentí.

Tenía un celo tremendo por el dinero que se recaudaba para la lucha. No era capaz de coger un centavo para su persona. Creo que con aquellos zapatos lo sorprendió la muerte.<sup>22</sup>

Su condición humana, de hombre sencillo, común a los demás, es resaltada también por Sobrina:

Me llamaba la atención su trato con los niños. Por esta época Enrique tenía menos de dos años y Carlos Manuel era un niño de brazos. Enrique le preparaba los pomos de leche y se los daba, le cambiaba los culeros. Yo tuve oportunidad de ver esos gestos.<sup>23</sup>

Pasados unos días de lo ocurrido en la cervecería del Cotorro, por decisión de Faustino Pérez, Pepe Díaz pasó a trabajar con Enrique Hart. A partir de aquella decisión, en los primeros días de enero de 1957, se convirtió en su sombra permanente.

Él quería marchar hacia la Sierra Maestra, si se consideraba imprudente su lucha en la ciudad de La Habana; pero como recientemente se había estructurado la dirección provincial y Enrique había quedado con la doble responsabilidad de atender Finanzas y el frente

<sup>22</sup> Memorias de Leonor Arestuche. Obra inédita. Archivo del autor.

<sup>23</sup> *Ibidem*.

Habana-Campo, necesitaba de un automóvil para el desarrollo de sus actividades y un chofer, pues no sabía manejar, entonces Faustino decidió que Pepe Díaz, a las órdenes de Enrique, cumpliera esa tarea cuando apareciera el carro. Mientras, fue su compañero adondequiera que iba.

Uno de sus lugares era la cafetería de 23 y 10, en el Vedado. Temprano en la mañana, confundido entre los transeúntes que acudían a desayunar, recibía a quienes querían verlo. Allí permanecía por espacio de una hora.



# 02

---

## Vitalidad inquieta y desbordante

Pocos días después, las recaudaciones económicas permitieron que Enrique comprara dos automóviles: un Pontiac de 1954 en muy buen estado técnico y un Dodge o Plymouth, viejo, de la década del cuarenta, que funcionaba mal. El Pontiac fue asignado para las actividades de acción y sabotaje en Quinta y A; él se quedó con el cacharro, al que llamaba despectivamente chitrín. “Pronto comprendí que no sería nada aburrido ser su chofer”, reflexionó Pepe Díaz.<sup>24</sup>

Como chofer de Enrique, trabajó desde finales de enero hasta el 27 de febrero de 1957, fecha en que fueron apresados. Tuvo la gran iniciativa de dejar plasmadas, por escrito, anécdotas que reflejan la intensidad del accionar revolucionario de su compañero en ese lapso, reflejo fiel de su personalidad y de su vigor y entrega a la causa que defendía.

<sup>24</sup> Información tomada de José Díaz Rodríguez, en “Testimonio sobre la Causa 217 de 1957”, (Inédito). Archivo personal del autor.

## Apartamento de Quinta y A, “la trampita”

Donde primero lo conduje, estrenando el chitrín, fue a la calle Quinta No. 411 entre A y B, en el Vedado. Estacioné lejos siguiendo sus instrucciones. Subí con él hasta el primer piso, al apartamento No. 6. Abrió la puerta Pedro Palmero Hernández. Entramos a una pequeña sala, mal amueblada, sin cortinas ni adornos en las paredes. Enseguida noté la ausencia del gusto femenino que hace tan agradable el hogar. Caminamos por un pasillo que comunicaba a una habitación en el fondo, dejábamos a la derecha otras instalaciones. Allí, sentados en el piso, Bernardino García y Frank Quintana limpiaban sendas pistolas. De pie sobre una mesa curva, semejante a un sector de círculo truncado, laboraba el ingeniero Federico Bell-Lloch, rodeado de muchos materiales y cosas, todos de carácter subversivo. Enrique se dirigió hacia el *closet* y extrajo un fusil M-1, tomó un pedazo de papel y mientras lo envolvía les dijo:

—Tengo instrucciones de situarlo en el cuarto piso de la CMQ. Enrique Correa se ha comprometido a ajusticiar a Ventura [Esteban Ventura Novo] si le entregamos un arma larga. Creo que ese gánster no cumplirá su compromiso y perderemos el fusil; pero hay que ser disciplinado.

Me presentó ante aquellos “chipriotas” así llamaba a los hombres de acción de Quinta y A, y se marchó apresurado. Tomamos de nuevo el carro, puso el paquete sobre el asiento trasero y me dijo que lo llevara a Radiocentro.

Cuando desde 21 doblé por M, vimos un gran número de policías uniformados frente al vestíbulo de la CMQ.

Enrique ya era un experimentado conspirador fichado por los cuerpos represivos y con varias detenciones en su haber.

Sabía que lo acompañaba un novato que apenas comenzaba en la azarosa vida clandestina de la capital del país. Al verme titubear, expresó con voz serena:

—Tienes que seguir, ya dentro de la cuadra no es posible dar marcha atrás.

Me estacioné frente al vestíbulo. Allí estaba impartiendo órdenes el coronel de la Policía y connotado asesino Lutgardo Martín-Pérez Molina.

Enrique se bajó, abrió la puerta de atrás, tomó el paquete, se inclinó para asomarse por la ventanilla delantera y me dijo bajito:

—Da una vuelta grande. Si cuando regreses, no estoy esperándote en 23 y M, es señal de que me han detenido.

Se incorporó. Dio media vuelta y avanzó abriéndose paso entre los policías con la comprometedor carga al hombro y la naturalidad de un empleado cualquiera de la emisora, hasta que se me perdió de vista. Cuando volví a buscarlo, estaba en la esquina convenida leyendo un periódico.

—¡Cómo te demoraste! —exclamó risueño.

No le di explicaciones, ni articulé palabra alguna. Estaba emocionado pensando que hombres así son invencibles y que valía la pena morir tan dignamente acompañado.

Era raro el día que Enrique no iba a Quinta y A. Cuando no podía, me enviaba con algo útil para lo que allí se hacía o con algún recado. No había teléfono en aquel apartamento, aunque ese medio de comunicación no existía para Enriquito; en las actividades insurreccionales jamás lo vi hacer llamadas telefónicas.

Amaba aquel lugar. Le llamaba la trampita porque previó que algún día caería en manos de la policía. El imprescindible estilo de trabajo, casi a la luz pública, le indicaba eso. Quinta y A no era solo fábrica de bombas; era también almacén de recursos y dormitorio de casi todos los chipriotas. Enrique hacía una justa valoración de los sabotajes contra la economía del régimen, planificados por el ingeniero Federico Bell-Lloch, el Genio, como le decía, y a quien tenía en muy alta estima.

## Fuentes de recursos

Las acciones de Quinta y A tenían profundas y ramificadas raíces populares. A más explosiones, más recaudaciones. Allí se materializaba todo el esfuerzo de los combatientes y colaboradores que mantenían viva la conspiración en la provincia de La Habana: la dinamita, mechas y fulminantes procedían de San José de las Lajas, Bauta, Alquizar y otros

pueblos a través de la organización lograda en el frente Habana-Campo; los productos químicos llegaban desde algunas farmacias, fundamentalmente de la de calle 2 entre 35 y 37, en el Vedado, donde laboraba la Dra. Marina Dávalos, madre de los hermanos Hart, y donde hizo algunos experimentos el ingeniero Bell-Lloch; los cables eléctricos, relojes, herramientas de todo tipo y demás accesorios que se necesitaban en aquel taller, se obtenían en distintos centros laborales o se compraban con el dinero recaudado; los niples se confeccionaban a veces en fábricas como la cervecería Modelo o en los ferrocarriles u otros talleres.

El alquiler del apartamento y demás gastos que la trampita ocasionaba se pagaban también gracias a las recaudaciones que administraba Enrique Hart, es decir, todo el ciudadano habanero que hizo aportes económicos, por humildes que fueran, contribuyó a que existieran apagones, vidrieras rotas, en fin, sabotajes que tanto agobiaban a la tiranía.

Enrique Hart, además de organizar las finanzas, se preocupaba porque ningún detalle faltara en Quinta y A. Más de una vez cargó en el chitrín cajas de dinamita y algunas armas facilitadas por Lomberto Díaz, exministro del gobierno constitucional derrocado. Lomberto conspiraba con la Triple A y era casado con una prima de José Pellón, dirigente obrero; gracias a esa relación se consiguieron algunos recursos para el MR-26-7.

Recuerdo un día que transportaba dinamita y algunas armas desde la calle 44 en Miramar, donde

vivía Lomberto, hasta Quinta y A. Al llegar al puente de hierro, una de las vías que permite el tráfico sobre el río Almendares, quise adelantarme a una hilera de autos que marchaban despacio delante de nosotros, pero me lo impidió la barrera que justamente caía.

El chitrín quedó en medio de la vía, contrario al sentido del tránsito, de forma que interrumpiría el tráfico tan pronto terminaran de cruzar las embarcaciones y el puente regresara a su posición normal. Enriquito se bajó y habló con el chofer del carro a la derecha. Nunca me pareció más lento y agobiante el movimiento de ese puente. Cuando por fin el tránsito se reanudó, el otro chofer, complaciendo a Enriquito, esperó hasta que se abrió la brecha que nos permitió incorporarnos rápido a la vía correcta. Logramos evitar el tranque y la consecuente acción de la policía.

—Eso te pasa por desesperado —me dijo—. En estas cosas es mejor actuar sereno y tranquilo —concluyó en tono de consejo.<sup>25</sup>

## Conocido por el Curita

Quien continúa este relato es Pepe Díaz Rodríguez. Esta vez su protagonista es Sergio González López, el cual devino jefe de Acción y Sabotaje del Movimiento en la ciudad más populosa del país.

<sup>25</sup> José Díaz Rodríguez: Ob. cit.

A Enrique le gustaba colaborar en las tareas de los demás. No le importaba quedarse a pie, para que yo me ocupara de otras gestiones que no eran las propias de su responsabilidad.

Una de esas veces que subió solo a la trampita, bajó acompañado de otra persona. Era un individuo todavía joven, aunque mayor que nosotros, tendría treintaicinco años, de estatura normal, ni delgado ni grueso, de esa gente envuelta en carne. Usaba espejuelos de armadura negra y cristales grandes. No demoré en percatarme de que tenía sus manos ocasionalmente ocupadas con un paquete. Llegaron adonde yo esperaba, y tras una indicación de Enriquito subió al auto, se sentó a mi lado y colocó el paquete entre el espacio del asiento compartido. Miré para Enrique esperando a que montara también; pero no, me dijo:

—Llévalo adonde él quiera.

Miré entonces para mi acompañante y me pidió que lo llevara a la calle Galiano.

Avancé por Malecón rumbo a esa calle, doblé por ella; pero cuando llegué, me señaló que subiera por otra, de forma que pudiera bajar por Galiano hasta situarme al lado de la tienda El Encanto —por esa época Galiano era doble vía—. Así lo hice hasta la llamada “esquina del pecado”, Galiano y San Rafael. Detuve la marcha mirando dónde podía parquear, pero él evitó mi búsqueda al decirme:

—Para aquí mismo y no apagues el motor.

Se bajó con el paquete al tiempo que rompía su envoltorio. Caminó hasta las vidrieras de la famosa tienda atravesando el flujo de transeúntes en los concurridos portales. Prendió la mecha del petardo, lo depositó en el piso y comenzó a gritar:

—¡Cuidado, va a explotar una bomba!

Trataba de evitar que la fuerza expansiva o los consecuentes cristales rotos, hicieran daño a las personas que por allí transitaban. Sin quitar la vista de la candela que consumía la mecha, seguía gritando:

—¡Deténganse, una bomba!

Algunos se detenían, otros corrían asustados.

La mecha ya era muy corta cuando decidió correr al automóvil. Tiró la puerta y exclamó:

—¡Vámonos!

Salimos apresurados. Detrás oímos la explosión y el ruido de la cristalería. Doblé por Malecón. Manejaba huyendo sin saber para dónde. Estaba tan sorprendido como cualquiera de los transeúntes.

—Déjame en Águila y Dragones —me dijo rompiendo el silencio.

Llegamos. Se bajó al tiempo que me decía que no lo esperara. Lo vi entrar en el edificio donde radicaba la compañía telefónica yanqui y me marché.

Águila, San Lázaro, Malecón, Paseo, Tercera, A y por fin Quinta. Allí estaba, en la esquina, Enrique Hart esperándome.

—¿Cómo te fue? —me preguntó.

—Tremendo tipo ese —le contesté.

—¿Sí...? ¿Por qué...? ¿Qué hizo?

Cuando terminé de contarle, con ojos pícaros, cual niño después de una feliz travesura me dijo:

—Se me olvidó presentártelo. Ese es Sergio González, el Curita.

## Colaboradores “ilógicos”

Ricardo Celerio y Lidia Chaple eran compañeros de estudio en el Instituto Cívico Militar de Ceiba del Agua —continúa Pepe Díaz—. Ellos constituyeron matrimonio después de egresados de aquel centro. Fui a visitarlos recabando dinero para la revolución. Me entregaron \$500.00 producto de sus ahorros. Enrique quedó muy impresionado con ese gesto; lo estaba también con la colaboración que ofrecían Eduardo y Arnol [se refiere a Arnol Rodríguez Camps quien fuera el último responsable nacional de Propaganda del MR-26-7]. Le resultaba curioso que nosotros, educados en una obra del primer gobierno de Batista, estuviéramos en contra de él. La lógica le indicaba que fuéramos batistianos como el plumífero, testafarro y afeminado Luis Manuel Martínez, abominable vocero del régimen y excondiscípulo nuestro.

Cuando se enteró de que el hoy ingeniero de la Empresa Eléctrica Antonio Guiteras, era un obrero

calificado, quiso conocerlo. Al calor de los argumentos de Enrique Hart, Celeiro se convirtió también en un colaborador directo de Quintay A. Lo puso en contacto con el ingeniero Federico Bell-Lloch, y este le solicitó un importante plano de la red eléctrica. De alguna forma Celeiro obtuvo el original en los archivos de la compañía yanqui para que Fico le sacara copia. Estos planos resultaban muy útiles para el sabotaje dirigido contra el fluido eléctrico.<sup>26</sup>

## Un burgués desconfiado

En su afán de recaudar dinero para la revolución, Enrique Hart apelaba a todas las posibilidades. Aprovechaba las viejas relaciones de su familia con alguna gente de buena posición económica, para solicitarle colaboración.

Un día visitó una mansión cerca del Hotel Nacional, previamente se había citado allí con un poderoso hacendado, del que esperaba una buena suma. La entrevista fue breve. Observé que Enrique venía risueño, como quien regresa de una gestión exitosa, se montó en el chitrín y me dijo:

—Vámonos —y a continuación exclamó—: ¡Qué tipo más inteligente! ¡Qué claro está!

—Parece que fue buena la gestión —comenté.

—¡Qué va!, me dijo que a quien él le daría dinero sería a Batista para que acabara con todos nosotros, porque el triunfo de la revolución sería su ruina.

<sup>26</sup> José Díaz Rodríguez: Ob. cit.

Con su rostro serio y la mente en el futuro, expresó:

—Claro que sí, la revolución acabará con estos indolentes explotadores.

## Campamento Militar de Columbia

Una vez, de camino hacia Marianao, pasamos por Columbia. Enrique fijó su mirada en los numerosos edificios y amplios polígonos y muros de la ciudad militar hasta que exclamó:

—¡Qué ironía! ¡Las instalaciones, los soldados, los recursos militares que debieran defender la patria, convertidos en el sostén de la tiranía! Mira cuántas armas emplazadas contra el pueblo —y en tono quejoso añadió—: No me traigas más por aquí, no resisto esta sensación de impotencia de saber cómo podrá hacerse —y profundo como siempre, concluyó—: La insurrección debe perdurar todo el tiempo que sea necesario, hasta organizar un ejército revolucionario capaz de sustituir esa imagen.

Había que haber visto cuánto le disgustaba a Enrique aquella manifestación de fuerza en plena capital.

## Las armas del reparto Mulgoba

Cierto día, finalizando la primera quincena de febrero, Enrique recibió una encomienda especial entregada por Faustino, quien ese mismo día se

ausentaría de La Habana para conducir a la Sierra Maestra al periodista estadounidense del *The New York Times* Herbert Mathews, iba a la histórica entrevista con Fidel.

Cuando me vio, me dijo que preparara el carro para una operación importante en horas de la noche. Para ello debía ver a Carlos Franqui a las cuatro de la tarde.

Llegamos puntuales a la cita en 24 y Zapata. Allí lo esperaba recostado al alto muro del cementerio Colón. Por indicaciones de Enrique, parqueé en la última cuadra de la calle 24. Se bajó y salió a su encuentro. Hablaron a pleno sol. Desde donde estaba observé que Enrique, en contra de su costumbre, escribía algo. Fue una entrevista breve como lo requerían las circunstancias. A su regreso, me dijo:

—Ya tengo la dirección, es en el reparto Mulgoba. Se trata de un tal Dr. Perera que nos va a entregar un cargamento de armas esta noche —y previendo una larga jornada me añadió—: vamos a bañarnos y a comer algo.

Llegamos a Mulgoba en pleno crepúsculo.

No fue difícil dar con la dirección. Era una mansión grande y lujosa con un área verde amplia. Frente a la puerta de la entrada a la casa vivienda, retirados, nos esperaban dos hombres. Uno era Carlos Franqui; el otro, el Dr. Perera. Avanzamos los cuatro hacia otra edificación, en la propia área, pero separada varios metros de la casa.

Era como un garaje. Cuando se abrió el portón, de esos que se elevan en una sola pieza, llamó mi atención la cantidad de armas, solo vi más cuando asistí a la exposición que se organizó con el arsenal ocupado a las bandas contrarrevolucionarias del Escambray.

Busqué el chitrín y entré de marcha atrás hasta acercar el maletero lo más posible al armamento. Mientras cargábamos Enrique y yo, llegó otro automóvil manejado por Miguel Falcón, lo acompañaba Pedro Palmero. Venían con igual misión.

Terminamos de cargar los dos carros y aún quedaban armas y parque que no cupieron. El asustado abogado se preocupó más todavía. Había puesto como condición que nos lleváramos todas las armas esa noche, no quería saber más de ellas ni de nosotros. Enrique lo tranquilizó prometiéndole que regresaríamos por el resto.

Sucedió entonces algo que acusa falta de coordinación, justificada por la premura con que se organizó la operación.

Miguel Falcón se caracterizaba por practicar la compartimentación, a veces en exceso. Además de los cariñosos apodos de Cáscara y el Gallego, se había ganado también el de Juan Misterio.

Enrique, como responsable de la operación, sabía que Falcón guardaría bajo su custodia todo el armamento, pero no sabía dónde, por eso, a la hora de partir, le dijo:

—Vayan ustedes delante, nosotros los seguiremos.

—No, yo no estoy de acuerdo con que más gente conozca dónde guardaré las armas —respondió de manera sorpresiva Falcón quien, evidentemente, no había hablado claro.

La flema de Enriquito salvó la situación, no impuso su autoridad, no discutió, no era momento para discutir. Se montó en el chitrín y me dijo:

—Vamos para La Habana.

—¿A qué lugar de La Habana? —le pregunté.

—No sé, lo importante ahora es rescatar las armas de manos de ese abogado nervioso.

Y cuando estábamos llegando a La Habana, me precisó:

—Vamos para la trampita, hay que vaciar el carro y volver.

Parquéé frente a la puerta principal del edificio. Eran las ocho y media de la noche.

Afortunadamente estaban en el apartamento el Chino Santacruz y Bernardino García, Motica, dos de los chipriotas que dormían allí.

Se quedaron perplejos con las ametralladoras calibre 50 y 30, los fusiles, las cajas de pistolas y parque idóneo y abundante; todos los bultos bien envasados y debidamente protegidos. Ayudé a Enrique a descargar todo aquello, tapado con sacos de yute, y las cajas cuadradas, como las de galletas, pero cubiertas con láminas de plomo. El

Chino y Motica las recibían arriba y las acomodaban dentro del apartamento. Cuando terminamos, Enrique les dijo:

—No se acuesten que hay más. Esperen despiertos el próximo viaje. Partimos de nuevo para Mulgo-ba. El abogado respiró tranquilo cuando nos vio, ya Franqui se había marchado. Llenamos el chitrín todavía más; y para colmo nos arriesgamos al dejar la goma de repuesto en la trampita.

Nos despedimos del abogado, a quien no vi nunca más.

Llegamos de nuevo a Quinta y A y se repitió la escena.

Otra vez cargamos al hombro aquellos pesados bultos que se hacían más incómodos al tener que subirlos a un primer piso a través de la escalera. Terminamos como a las dos de la madrugada. Pronto fueron trasladados sin problema para el escondite de Falcón, en una casa que él construía en San Miguel del Padrón.

## La profecía

El 22 de febrero, temprano como siempre, busqué a Enrique en su casa, en 25 y F, en el Vedado, y lo llevé para 23 y 10. En su mente estaba sabotear, de todas maneras, las carreras de automóviles organizadas por el Gobierno para dar la sensación al mundo de que en Cuba había paz absoluta y la insurrección armada carecía totalmente de fuerza. La idea era

el secuestro de Juan Manuel Fangio,<sup>27</sup> pero si no se podía, algo había que hacer para entorpecer los planes de la tiranía. A esos efectos había citado a Marcelo Salado Lastra, dirigente del Movimiento en La Habana.

También vio ese día a Aldo Vera, entonces jefe de Acción y Sabotaje. Enrique fue como un mediador entre la iniciativa de Marcelo y la jerarquía de Aldo, algo así como lograr que un pensamiento se convierta en acción.

Cuando terminó, me pidió que lo llevara para Quinta y A. El día 24 serían las carreras y no había tiempo que perder.

Coordinó con Pedrito Palmero sobre una acción que se realizaría esa tarde en Alquízar, donde se obtendría una buena cantidad de dinamita, en un supuesto asalto a un camión de una cantera, en combinación con el chofer que la transportaba.

Desde hacía dos o tres días habían desaparecido tres de los habituales de Quinta y A: el Chino Santacruz, Frank Quintana y Manuel Pérez, al que le decíamos Salchicha. No se sabía de ellos. Se suponía que estaban detenidos e incommunicados. Se hacía sumamente peligroso ir a la trampita pero, aunque Aldo Vera había alquilado otro apartamento en la calle E entre 23 y 25, en el Vedado, aún no estaban

<sup>27</sup> Cinco veces campeón mundial de carreras de autos, nacido en Argentina. Fue secuestrado al año siguiente por un comando del MR-26-7, para impedir o afectar la celebración del II Gran Premio Automovilístico de Cuba.

creadas las condiciones para la mudanza; además, los que estaban desaparecidos también conocían del nuevo apartamento. Si se quería funcionar, había que arriesgarse.

La prisión del Chino y Salchicha había dejado sin chofer a los chipriotas, por esa razón Enrique me había dicho que acompañara a Pedrito a la operación de Alquizar manejando el Pontiac.

A las doce del día fuimos a almorzar al restaurante Maracas. Arnol, cuando era empleado de una agencia de publicidad, almorzaba allí y había abierto una cuenta para que se alimentara cualquiera de los combatientes activos. En ocasiones almorzaron algunos chipriotas de Quinta y A; Enrique y yo lo hacíamos también a veces.

De allí creo que fuimos a Paseo y 25. Me parece que fue allá donde Enrique citó al Dr. Carlos Martínez Reyes, dirigente provincial de Las Villas, interesado en la técnica de sabotaje que se practicaba en La Habana. A Carlitos lo acompañaba José Cuyán, Cheíto, experimentado luchador en contra de la tiranía desde el mismo día del golpe de Estado de Batista. Después de que hablaron, Enriquito se dirigió a mí:

—Ve con ellos, recoge a Ravelo y llévalos a la tram-pita. Solo uno debe subir, porque aquello está al caer —y enfáticamente precisó—: Sube tú, dile a Fico que baje al encuentro con Ravelo y ellos; píde-le las llaves del Pontiac a Palmero y vayan al asunto

de Alquizar. Cuando regresen, te espero en casa de los viejos.

Recogí a Ravelo en la calle 17 y partimos para Quinta y A. A mi derecha iba Cheito; detrás, Ravelo y Carlitos.

En el camino, Carlitos preguntó por qué Enrique le llamaba la trampita a ese lugar. Ravelo le explicó y a pesar de eso mostró interés en subir a conocerla.

Llegamos. Parqué en A, pasando Quinta, frente a un viejo bodegón de esos que heredamos del coloniaje español. Era algo más temprano de las tres de la tarde. Me bajé a la vez que lo hicieron Ravelo y Carlitos dispuestos a subir también. A Ravelo lo puse en conocimiento de las orientaciones que me había dado Enriquito. Me respondió que iba a complacer a Carlitos. Lo vi firme en su decisión y opté por no subir. Le envié un recado a Pedrito Palmero para que bajara con las llaves del Pontiac.

Volví a sentarme ante el timón a conversar con Cheito mientras esperaba. El ambiente era normal. Pasó el tiempo y comencé a inquietarme; teníamos que estar en Alquizar a las cuatro de la tarde, y ya no había tiempo; pero no sospechaba lo que en realidad sucedía. Molesto empecé a decir reproches de los que tenían que bajar y no lo hacían. Habían transcurrido alrededor de veinte minutos.

Cheito me invitó a refrescar. Bajamos del auto hasta el mostrador de la bodega, él se situó de frente a la calle Quinta y yo de espaldas, recostado, por la parte

que el mostrador hacía un codo de 90° aproximadamente. Ya ingeríamos los refrescos y yo seguía con mi catilinaria. De pronto Cheíto me calló la boca con una frase terrible:

—¡La gente está presa! —y para que lo confirmara me dijo—: Mira para atrás con disimulo.

Me volteé. Vi un automóvil moderno, de color negro charolado, limpio, con los niquelados relucientes. Estaba parqueado del lado de la acera de enfrente, más o menos entre la bodega y la entrada del edificio. Dentro había personas vestidas de civil y afuera, inclinado sobre la puerta delantera contraria al chofer, un hombre con pantalón gris y guayabera blanca conversaba con ellos. Su posición provocó que por debajo de la guayabera se asomara el cañón de una pistola.

Evidentemente eran esbirros de uno de los cuerpos represivos. El hombre se incorporó. Era alto y delgado. Se dirigió a la bodega, pasó cerca de nosotros, rumbo al final del pasillo, donde había un teléfono público. Echó las monedas y marcó un número, posiblemente el de su jefatura; pero no pudimos oír lo que habló. Actuaba como si consultara con sus superiores. Estaba claro que era el de más jerarquía entre los presentes. Colgó. Regresó sobre sus pasos. Dobló por detrás de mí como si fuera para el apartamento donde estaban los compañeros detenidos.

Abandoné por un momento el mostrador sin haber terminado de beber el refresco que demoré cuanto pude. Caminé de un lado a otro por el pasillo de la

bodega con un llavero dando vueltas sobre el dedo índice de la mano derecha. Estaba triste y arrepentido de lo injusto que había sido con mis compañeros. Ahora sufría la impotencia de no poder hacer algo por ellos. Cheíto se lamentaba también.

Decidí quedarme allí para avisar a cualquiera que llegara ingenuamente. No fue fácil convencer a Cheíto de que se fuera.

Por fin se marchó a las cuatro, aproximadamente, y yo quedé solo, alerta y vigilante.

Desde la posición en que estaba podía avisar a los que vinieran por Tercera y doblaran por A o a los que desde Malecón doblaran por Quinta. A los que vinieran por B no me sería posible avisarles, porque no los vería. Eso posiblemente sucedió con Panchito Miralles, el único que cayó después de Ravelo y Carlitos.

El ambiente seguía normal a pesar de la máquina de los esbirros. No había barreras, “perseguidoras”, policías ni otra impedimenta para que la gente transitara por la cuadra e incluso entrara y saliera al edificio. Solo el que tocaba en el apartamento No. 6 era automáticamente detenido. A los esbirros les interesaba mantener camuflado lo que sucedía allí dentro, precisamente para que el que llegara cayera en la trampa. En eso se había convertido Quinta y A, tal como lo había pronosticado.

Así se mantuvo el ambiente hasta las cinco de la tarde. Nadie más había llegado por las calles que yo vigilaba. A esa hora, más o menos, regresó al telé-

fono público el esbirro alto y delgado de guayabera blanca. Esta vez me acerqué disimuladamente. Aproveché que alguien fregaba un auto en el portal de la bodega y traté de dar la impresión de que esperaba por él; mi llavero seguía dando vueltas en mi dedo, y yo como si revisara lo que el fregador hacía. Así pude oír lo que el esbirro decía:

—Hace más de una hora que no cae nadie... ¿qué hago?

Aparentemente obtuvo pronta respuesta, pues enseguida colgó y se encaminó hacia la máquina de sus colegas esbirros; pero no llegó hasta allá. Desde el portal, donde comenzaba la acera, agitó sus brazos como quien dice:

—¡Ya!

Comprendí que todo había terminado y el bodeguero que nos sirvió los refrescos lo comprendió también. Enseguida se manifestó como un furibundo batistiano. Era un español de más de cincuenta años, quizás. Con acento castizo se dirigió a otros clientes habituales con quienes tenía confianza, y les comentó:

—Han descubierto una fábrica de bombas en los altos del edificio de al lado —y continuó grosero—: son unos hijos de puta, tenían una bomba así, de este tamaño, que le llaman Pata de elefante. Esa sola nos hubiera matado a todos en la cuadra —antes de concluir, dejó claro su posición—: ¡Deben liquidar a esos granujas!

Miré a aquel gallego con odio mambí; otra cosa no pude hacer.

Al cabo de los años, recientemente, me enteré por Ravelo de que lo vio allá arriba cuando estaban detenidos.

Regresé al carro y me fui, con lógicas precauciones hasta cerciorarme de que no tenía “cola”. Debía avisar rápido a mi jefe inmediato. Tomé Paseo y me dirigí hacia donde estaba Enrique.

La familia Hart vivía en una casa en la planta alta de un edificio que está en 25 No. 954 entre Paseo y 2, en el Vedado.

Cuando llegué a 25, doblé a la derecha. Pasé por frente a la casa y seguí hasta la calle 6; doblé y parqué a mediado de la cuadra.

Volví caminando hasta el hogar de los padres de Enrique. Fue él quien respondió al sonido del timbre de la puerta. Cuando me vio bajó enseguida. No anduve con rodeos. Pronto lo enteré de la mala noticia:

—¡Cayó Quinta y A!

No se mostró sorprendido, era algo que esperaba de un momento a otro.

—¿Quiénes han sido detenidos? —me preguntó.

—Que yo sepa Ravelo y el médico de Las Villas.

—¿Pero yo no te dije que subieras tú solo?

—Sí, pero el médico quiso conocer la trampita y Ravelo lo complació.

—¿Y el chitrín?

—Está a dos cuadras de aquí.

—Bien, consigue urgente un carro que tenga radio y resuelve dónde dormir esta noche. Yo no me quedo aquí ni en mi casa.

Había varias posibilidades entre mis amigos; pero el que más cerca estaba era Ricardo Celeiro. Vivía en 29 entre C y D, en el Vedado, o sea, a cinco o seis cuadras de la casa de la familia Hart Dávalos; tenía un Chevrolet de 1953 en buen estado y con radio, por supuesto. Volé la distancia con tan buena suerte que Celeiro había regresado del trabajo.

—Han descubierto la trampita. Necesito tu auto urgente y dormir esta noche aquí con Enrique Hart —le dije sin más preámbulo.

Me dio las llaves del carro, orientó a su esposa que nos preparara una habitación y me dijo que nos esperaba para comer.

Salí a buscar a Enrique. Montó diciéndome:

—¡Vamos para casa de Nilda Ravelo! ¡Sintoniza *Radio Reloj!*

Eran las cinco y cuarentaicinco minutos.

Nilda vivía en Rancho Boyeros y Enrique quiso avisarle porque, según él, ella y Pedro Palmero preparaban un atentado a Batista en la clausura de la popular feria ganadera que todos los años se celebraba en su pueblo y donde esperaban que asistiera

el dictador. Enrique pensó que consecuentemente Nilda tendría que venir a Quinta y A a coordinar la acción con Pedrito, y podría hacerlo por la tarde o por la noche.

Marchábamos veloces por la Avenida Independencia.

Habíamos cruzado la Calzada del Cerro cuando, antes de llegar a la fuente luminosa, escuchamos: “¡Radio Reloj informando... ¡Radio Reloj informando! ... ¡Descubierta una fábrica de bombas en el Vedado!”

La noticia en detalles daba la relación de los detenidos: Héctor Ravelo Fortes, Federico Bell-Lloch Denis, Miguel Falcón, Nilda Ravelo Villafranca, Pedro Palmero Hernández, Francisco Miralles, Carlos Martínez Reyes y Bernardino García Santos. Informaron de lo ocupado en Quinta y A, del apartamento de Aldo Vera, en E entre 23 y 25, y el arsenal de armas en San Miguel del Padrón. Por la propia información nos enteramos de que había actuado el Servicio de Inteligencia Militar.

El rostro de Enrique reflejó sorpresa.

—Vira y llévame a ver a Faustino —me dijo.

Estaba serio, meditativo; la captura de las armas y del apartamento de Aldo Vera lo habían sorprendido. No hizo reproches, simplemente comentó en voz baja, como quien habla consigo mismo:

—Lo han cogido todo. Es lógico pensar que alguno de los desaparecidos habló.

Después de que le avisó a Faustino, siguió alertando a otros combatientes: Aldo, Sergio, Franqui, Pepe Prieto y Marcelo Salado.

Ya en casa de Marcelo, Enrique se había recuperado del mal momento, porque hasta bromeó:

—Tienes que esperar otra oportunidad para secuestrar a Fangio —le dijo.

Llegamos tarde esa noche a casa de Celeiro. Nos bañamos, cominos y conversamos junto al matrimonio anfitrión. Todos estábamos preocupados por la vida de los compañeros presos; pero Enrique analizó:

—No pueden matarlos después de publicar sus nombres por *Radio Reloj*.

Entregué las llaves al dueño del carro y dormimos en la habitación que habían preparado para nosotros.

Temprano salimos en busca del chitrín, con el debido recelo. Efectivamente, no estaba donde lo dejé parqueado el día anterior, se lo habían llevado.

—No se puede pensar en un robo —comentó Enrique y concluyó—: Nada, el que habló, sigue hablando.

Tampoco vimos más el Pontiac.<sup>28</sup>

<sup>28</sup> José Díaz Rodríguez: Ob. cit.



# 03

---

## En su órbita... nada estático ni muerto

El golpe había sido duro.

A partir de ese día, Enrique no fue más a 23 y 10. Cambió el lugar de citas para casa de Arnol, en Espada entre Jovellar y Príncipe. Para allá salió en ómnibus esa mañana, con Pepe Díaz. En el camino escuchaban los pregones de los vendedores de periódicos voceando la noticia y mostrando las fotos de los combatientes detenidos como si fueran delincuentes: “¡Oye, como los cogieron!”

La tiranía se daba un baño de rosas. De nuevo querían hacer creer que la insurrección había terminado.

Toda la prensa censurada estaba a merced de esos objetivos. Hicieron una amplia campaña publicitaria. Otra noticia, nacional o internacional, había pasado a segundo plano.

### Reacción ante el revés

Llegamos a casa de Arnol. Era ya un lugar concurrido por algunos combatientes. Coincidíamos allí con gente progresista: estudiantes, trabajadores, amas de casa y demás. Conocimos jóvenes que

después serían magníficos combatientes, como Jorge Fernández Arderí (mártir), su esposa Fidias Tudela, Aldo Rodríguez, Gerardo Figueras; también visitaba esa casa Manolo Lorenzo, un militante del Partido Comunista Dominicano, quien discutía afablemente su discrepancia con la lucha insurreccional armada, sin embargo, ya triunfada la Revolución Cubana, murió peleando contra las hordas trujillistas como combatiente de una expedición armada al mando del también dominicano Enrique Jiménez Moya.

Enrique continuó desarrollando una actividad febril: trataba de recuperar a los compañeros que habían quedado dispersos, establecía nuevos contactos, confeccionaba planes, tal parecía que los reveses lo estimulaban. Estaba hecho para situaciones así.

## Incidente esperanzador

Ese primer día sin Quinta y A, sábado 23 de febrero, llegamos tarde otra vez a la casa de Celeiro —sigue narrando Pepe Díaz—. Nos bañamos, cominos y sentados viendo la televisión pasamos las horas de la digestión. Había boxeo profesional. El Palacio de los Deportes estaba repleto de público. El *Star bout* era la pelea revancha entre Pupy García y Ciro Moracén. Las cámaras enfocaban periódicamente imágenes de altos funcionarios de la tiranía cómplices de Fulgencio Batista; entre ellos, Roberto Fernández Miranda, cuñadísimo del dictador y protector, a través de las apuestas, de Pupy García. Fangio, aún ajeno a la tragedia cubana, asistió también.

Enrique Hart se notaba tranquilo y sosegado.

La gran publicidad en todos los periódicos, matutinos y vespertino, la radio y la televisión, de los sucesos en Quinta y A; las fotos de los compañeros detenidos y la relación de sus nombres destacados en la noticia, hacían pensar que él tenía razón: “esta vez no habrá compañeros asesinados”; aunque sabía y lo comentó, que en ese mismo momento los golpes y torturas más salvajes tenían lugar sobre ellos en los calabozos del Servicio de Inteligencia Militar.

Al terminar la pelea, era evidente la victoria del púgil de piel oscura; pero, de manera sorpresiva, el árbitro levantó el brazo de su oponente.

La reacción del público fue inmediata. Un verdadero motín aconteció en el escenario deportivo. El pueblo se rebeló contra la injusticia y la fuerza pública no podía contener el desahogo popular. Los funcionarios de la tiranía, junto al árbitro y los jueces, tuvieron que refugiarse debajo del cuadrilátero.

A Enriquito se le iluminó el rostro, gozaba con el espectáculo; según él aquello era una manifestación de la invencibilidad del pueblo, de su fuerza, de la ira acumulada. Profundamente emocionado, profético y visionario, dijo:

—La principal tarea de los revolucionarios es saber encauzar ese tremendo espíritu de rebeldía, porque de un pueblo que así reacciona ante una injusticia deportiva, mucho hay que esperar cuando comprende la injusticia social a que está sometido.

## La joyería de Neptuno

El 27 de febrero me envió solo a casa de Arnol porque él estaba citado a una reunión con Faustino. Me dio instrucciones de atender a quienes ese día querían verlo. A las once de la mañana nos veríamos otra vez en la joyería de Neptuno, donde él tenía cita con José Pellón, responsable provincial Obrero en La Habana, y con Andrés Horta, jefe provincial de Acción y Sabotaje en Pinar del Río.

En casa de Arnol atendí a Carlos Franqui acompañado de René Rodríguez, este recién llegado de la Sierra Maestra con un parte de los primeros combates de las guerrillas serranas. Franqui estaba apurado porque tenía cita también con Faustino y me entregó el parte militar para que se lo hiciera llegar a Ernesto Vera con el objetivo de publicarlo en *Revolución*. Ernesto trabajaba entonces en Blanco y Trocadero.

Cuando llegué lo vi atareado, atendiendo al público, pero algo sospechoso sucedía pues me hizo señas para que no me acercara. Me quedé con el parte de la Sierra y me fui a la cita con Enriquito.

La joyería estaba situada en Neptuno entre Industria y Amistad.

El dueño era Agustín Ravelo. Hasta ese momento había sido útil en la colaboración económica y al facilitar el local como punto de contacto. Era un sitio poco conocido y por tanto el que habló no podía entregarlo.

Llegué puntual. Ya estaban allí Enrique y Pellón, solo faltaba Andrés Horta.

Corría el tiempo y Horta no llegaba. Enrique pensó que en la joyería nos haríamos sospechosos tanto tiempo sin actividad alguna y decidió que fuéramos para una cafetería que estaba a mitad de la propia cuadra, por la misma acera.

Dejó indicaciones para Horta con el joyero y yo le di a guardar a este el parte militar como medida de precaución, por si nos hacíamos sospechosos a la policía y nos registraban buscando petardos y bombas, según la experiencia de otras ocasiones.

En la cafetería nos sentamos alrededor de una de las mesas del centro. Enrique de frente a la calle, Pellón de lado y yo de espaldas. Pedimos refrescos. Ya llevábamos un rato allí, esperando por Horta, cuando algo llamó la atención de Enrique. Dirigiéndose a mí me dijo:

—El joyero te llama.

Me viré y vi a Agustín Ravelo pálido y aterrorizado señalando para mí. Lo acompañaba un individuo fuerte con camisa de mangas cortas por fuera del pantalón, la inefable gorra sobre su cabeza y la cara de criminal clásico de los esbirros batistianos. Me di cuenta enseguida de lo que pasaba, pero me hice el ingenuo:

—¿A mí?

—¡Sí, a usted mismo! ¡Venga acá! —exclamó el esbirro.

La cafetería era una “ratonera”. No había más salida que la propia entrada donde el esbirro y el joyero me esperaban parados en el centro del amplio acceso que tomaba todo el ancho local. Caminé diagonalmente para salir por la parte más próxima a la joyería como si tratara de acortar camino, pero con el verdadero objetivo de que el esbirro se moviera a mi encuentro, para facilitarle la salida a Pellón y a Enriquito, ya que no los habían llamado; pero no, al esbirro no le interesó lo que hice. Dirigiéndose a mis compañeros les dijo:

—¡Eh, ustedes dos vengan también!

Estábamos desarmados.

En la calle, frente a la joyería, había ahora dos máquinas aparentemente particulares, rodeadas de otros cuatro o cinco esbirros que portaban ametralladoras. El tráfico había sido interrumpido en la cuadra para vehículos y peatones. No había escapatoria.

Nos condujeron de nuevo al interior de la joyería en el momento en que hacían un profundo registro.

—¿De quién es esto? —preguntó el oficial actuante mostrando el parte de la Sierra Maestra.

—Mío —respondí enseguida.

—¿Cómo usted se llama?

—José Díaz.

—¿Y usted?

—José Pellón.

—¿Y usted?

—Jorge Dávalos —respondió Enrique Hart.

—Regístrenlos —ordenó el oficial.

Nada comprometedor encontraron en mí, ni en Pellón, pero Enrique tenía un rollo de billetes, de distintos valores, de la moneda nacional de entonces. Eran más de cuatrocientos pesos.

—¿Y esto? —preguntó el oficial

—Dinero —contestó Enriquito.

Nada hallaron tampoco en el registro a la joyería. Todo era muy raro. Yo nunca creí la versión, contada después por el joyero en cuanto a que habían encontrado el nombre —Agustín Ravelo—, en la ropa de un expedicionario muerto en la Sierra Maestra, provocando que los cuerpos represivos, registraran todos los hogares y establecimientos comerciales, propiedades de quienes, en la guía telefónica, aparecían con ese nombre.

El oficial dio órdenes de que nos llevaran detenidos.

Al joyero lo montaron en uno de los carros, al otro nos mandaron a subir a nosotros. Sucedió entonces algo un tanto cómico: Enrique se ubicó en el asiento delantero, entre el chofer y otro esbirro con ametralladora; detrás monté yo, pero Pellón no subió, siguió caminando por la acera ante la sorpresa de todos.

—¡Oye! ¡¿Adónde vas?! —le gritó otro esbirro apuntándole con su arma.

Pellón, con esa constante tranquilidad que lo caracterizaba, se viró y contestó:

—Espérese un momento que voy a la cafetería a pagar la cuenta de lo que consumimos.

—Deje eso, no se preocupe, no sea tan “pagón” y regrese ya —le dijo amenazante el esbirro.

Pellón regresó y cuando estuvo otra vez al alcance del esbirro, de un empujón lo metió en el carro, al lado mío. Subió él también con las esposas dispuestas a apresar con una de las manillas el brazo derecho de Pellón y con la otra, el izquierdo mío, de forma que si Pellón continuaba en su empeño de fugarse, tuviera que arrastrar conmigo y viceversa.

Actuaban otra vez agentes del Servicio de Inteligencia Militar y para allá nos llevaron.

En una oficina nos tomaron las generales: yo las dije correctas: Pellón también; pero Enrique siguió llamándose Jorge Dávalos y no recuerdo cuál dijo ser su segundo apellido. Alguien que pasaba por un pasillo contiguo miró hacia nosotros a través de la puerta de la oficina y siguió; pero enseguida regresó como quien se da cuenta de haber visto un rostro conocido.

—¿Cómo tú te llamas? —preguntó asomándose a la puerta y dirigiéndose a Enriquito.

—Jorge Dávalos.

El individuo frunció el seño y se marchó, supongo que al fichero, porque regresó pronto y dirigiéndose otra vez a Enriquito, le preguntó:

—¿Cómo dices que te llamas?

—Jorge Dávalos

—¡No! ¡Jorge Dávalos, no! ¡Enrique Armando Hart Dávalos! Ese es tu nombre completo. Ahora sí que te fastidiaste.

Todo cambió para nosotros a partir de entonces.

A empujones nos metieron a los tres en un calabozo, ya ocupado por Jorge Villafranca; Humberto Torres Herrera, Fonseca; y un jovencito no conocido, introducido allí como chivato, según habían detectado ya Fonseca y Villafranca.

Pronto se lo llevaron y no lo vimos más, como tampoco volvimos a saber de Agustín Ravelo, el joyero.

En otro calabozo contiguo estaban los compañeros detenidos en Quinta y A, destrozados por los golpes y las torturas, tal y como lo suponíamos.

Alrededor de las cuatro de la tarde, nos sacaron al pasillo. Ya se había corrido la voz de la detención de Enrique Hart Dávalos entre los demás cuerpos represivos. Un grupo de famosos esbirros se dieron cita otra vez en los predios del Servicio de Inteligencia Militar, presididos por Orlando Piedra Noguera, jefe del Buró de Investigaciones de la Policía Nacional. Piedra como siempre, impecablemente vestido, buscó entre nosotros la figura de Enriquito y se detuvo ante él.

—¡Uhh! Mírenlo que gordito y rosadito; pero si parece una manzanita —dijo con despreciable ironía,

y a continuación le preguntó—: ¿y tu hermano dónde está?

—En la Sierra Maestra, en territorio libre de Cuba —contestó Enriquito.

—¿Qué Sierra de qué? El reparto La Sierra ¿no? En la Sierra Maestra no hay nadie, los liquidamos a todos —enfaticó colérico el elegante y perfumado asesino mientras se marchaba violentamente.

Las demás fieras concentraban sus felinas miradas en el pequeño gran cuerpo de la codiciada presa.

Nos regresaron al calabozo.

Esa noche escuchamos los tenebrosos crujidos de las rejas.

Era el teniente Rams, frustrado abogado convertido en esbirro que venía a buscar a su excompañero de estudios para saciar en él sus múltiples complejos, su ira y envidia. Se llevó a Enriquito para El Laguito y lo regresó, tarde en la madrugada, golpeado y torturado bestialmente. En esas condiciones le sobró coraje para balbucear unas palabras con las que exhortaba a todos a ser firmes ante el enemigo.

Al otro día Enrique esperaba que me sacaran a mí y me preparó para el interrogatorio. Analizaba conmigo el desastre de los últimos días. Además de los recursos materiales y humanos, le preocupaba la organización en la calle.

Habían detenido a cuatro dirigentes provinciales, tres de ellos de La Habana y unos de Las Villas:

Ravelo, Pellón, Carlitos y él. Había que salvar a Pellón y según planteó, yo podía hacerlo; en consecuencia me aconsejó:

—Como habrás visto, estoy “frito”. No te fajes por mí; nada puedes hacer, no es inteligente. Tampoco puedes hacer por ti, porque aunque no estás fichado te saldrá lo del sabotaje en la cervecería. De quien no saben nada es de Pellón. Inventa algo a ver si lo sacamos de aquí. Si yo lo intento, lo hundo. A ti tal vez te crean una mentira, si partes de algunas verdades.<sup>29</sup>

## En el Castillo del Príncipe

El 1º de marzo, el Servicio de Inteligencia Militar convocó a la prensa para presentarles a diecisiete acusados de terroristas en la causa 217-57 del 23 de febrero por la fábrica de bombas de Quinta y A, también fue incoada posteriormente por el mismo hecho la causa 229-55 del 9 de marzo.

Con la prensa el régimen organizó una gran campaña publicitaria para divulgar su versión de los hechos y el resultado de las investigaciones; las fotos de todos los detenidos acompañarían sus noticias.

Pellón no estaba entre los acusados, la estrategia de Enrique había tenido éxito. Regresó a las actividades conspirativas tan pronto fue lograda su libertad.

Ese día se levantó la censura de prensa y la suspensión de garantías.

<sup>29</sup> José Díaz Rodríguez: Ob. cit.

Durante toda la etapa de Quinta y A, la prensa censurada estuvo publicando las fechorías de un enajenado mental que en Estados Unidos hacía estallar bombas en espectáculos públicos, ocasionando la muerte a inocentes ciudadanos. Ahora Batista concedía una entrevista a un periodista yanqui y aprovechando la coyuntura decía: “Ustedes en Nueva York tienen a un loco terrorista. Nosotros aquí teníamos a seis o siete”.

No había dudas, Quinta y A dejó de ser una esquina cualquiera del Vedado para convertirse en una de las pesadillas del tirano.

Llegamos al Castillo del Príncipe. Nuevas batallas se organizarían desde allí. El nombre de Quinta y A seguiría siendo noticia de primera plana.

En la calle quedaban cuadros desarrollados en el espíritu de Quinta y A. Entre ellos descollaba Sergio González, el Curita.<sup>30</sup>

Según relató Pepe Díaz, en Quinta y A también fue detenida una mujer: Nilda Ravelo Villafranca. Al conmemorarse en 1999, el cuarentaidós aniversario de estos hechos, ella escribió su testimonio sobre el comportamiento de Enrique en una de las sesiones de los interrogatorios a que fue sometido. “Una imagen en la memoria” fue su título.

Sucedió en el Servicio de Inteligencia Militar, allí nos encontrábamos detenidos, primero, los que fuimos apresados el 22 de febrero de 1957 en Quinta y A; des-

<sup>30</sup> *Ibidem*.

pués se produjo en fechas y lugares diferentes la detención de otros combatientes de la lucha clandestina vinculados al centro de conspiración y mando radical en el citado lugar, y todos por derecho propio formamos parte de la causa No. 217 de 1957, conocida en la historia como la Causa de Quinta y A.

Se dice que el decurso del tiempo lo borra todo o todo se olvida; pero cuatro décadas y dos años han servido para esculpir en la memoria la imagen de un momento que pertenece a la historia de la vida de un hombre joven y digno, rodeado de individuos con expresa vocación para vejar y matar.

Fue la mañana de uno de los días posteriores al 25 de febrero de 1957, yo era de los detenidos en Quinta y A el día 22. Esa mañana, dos agentes me trasladaron por un pasillo que resultó largo y desolado, hasta llegar a una puerta de dos hojas, que abrieron para introducirme en un pequeño cuarto absolutamente oscuro; de inmediato cerraron una hoja y detrás situaron un pequeño banco que ya estaba allí. Me dijeron:

—Súbase y por ese punto —casi invisible pero de cristal de aumento— manténgase mirando.

Cerraron la otra hoja y pasaron llave.

Quedé sola y experimenté lo que pudiera ser la transformación del cuerpo para dar lugar al espíritu.

Un rato después y como si procediera de la misma dirección por la que antes anduve para llegar allí, apareció Enriquito vigilado por varios individuos que de forma estratégica le cerraron el paso y quedó

en el centro de un círculo, visible desde detrás de la puerta donde me habían situado.

La hermeticidad del cuarto no me permitía oír lo que le preguntaban, pero sí ver que al compás de los movimientos de sus labios, incorporó el de su cabeza diciendo todo el tiempo: ¡NO! A la vez daba pasos muy cortos tratando de salir de aquel círculo, lo que no logró. Minutos después los agentes se lo llevaron.

Él no podía imaginar que su valor y lealtad a la causa, a la que más tarde le ofreció la vida, tendría una testigo oculta.

Más tarde se abrió la puerta y los agentes que me habían llevado comenzaron a interrogarme...

—Dime quién es el que estuvo parado en el centro del círculo delante de la puerta.

—No lo conozco.

Lo volví a ver el día 1º de marzo, de noche, en ocasión de la conferencia de prensa, antes de ser enviada para la cárcel. Pero no pude contarle la anécdota de aquella mañana y que hoy relato ante un nuevo aniversario de la muerte de un héroe, cuya vida fue historia y transparencia.<sup>31</sup>

## Coordinador Habana-Campo

Cuatro meses ya habían transcurrido, el 27 de junio de 1957, cuando Enrique volvió a la calle, una vez que se

<sup>31</sup> Nilda Ravelo Villafranca: Testimonio. Archivo de Esperanza Sanjurjo Ballester.

halló en libertad provisional. Como en ocasiones anteriores se incorporó de inmediato a la lucha, esta vez en su puesto de coordinador del Movimiento en Habana-Campo, lo que hizo en un principio en el Cotorro, por hallarse en plena clandestinidad.

Con fecha 17 de julio consta una carta de Frank País a Fidel Castro, en la que le informó distintos asuntos y entre ellos destacó en varias oportunidades su valoración y estima sobre Enrique Hart:

Estimado Alejandro:

La organización del Movimiento va como nunca. Primera vez que se trabaja tan concienzudamente. Yeyé y Enrique Hart estuvieron también con diversos asuntos [...]

[...] separando el trabajo de acción en 3 secciones especiales [...]

En una situando al segundo de René, en otra a Enrique Hart y en la tercera a Marcelo Salado, buen muchacho y capaz de razonar, y que no inspiraría recelos como Enrique [...]

[...] Enrique se irá apoderando lentamente de los cuadros hasta quedarse definitivamente encargado de esa responsabilidad (tiene dotes, inteligencia y capacidad para ello [...])<sup>32</sup>

Después de Enrique recorrer y reorganizar la dirección del Movimiento en los distintos municipios del territorio,

<sup>32</sup> Fondo Frank País. Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado. Copia en el archivo de Gladys Marel García-Pérez.

participó personalmente, el 23 de julio, en la incautación de gran cantidad de dinamita en la fábrica de cemento del Mariel.

Pasados unos días, dirigió a un grupo de compañeros a una finca de recreo en la zona de Calabazar, la cual conocía perfectamente. Era propiedad del dueño de la famosa ferretería de La Habana conocida como Feíto y Cabezón. Allí se practicaban los tiros deportivos y de recreo, y se mantenía un armamento considerable dedicado a estas prácticas.

La información de que disponía indicaba que ese día acudiría a un almuerzo el coronel Orlando Piedra No-gueruela, jefe del Buró de Investigaciones.

Al llegar el comando dirigido por Enrique, retuvieron a todos los presentes en la finca, entre ellos a la esposa de Piedra, al embajador de México en Cuba y a cinco policías. El jefe del Buró de Investigaciones salvó su vida, porque no concurrió al almuerzo previsto.

Los revolucionarios obtuvieron una considerable cantidad de armas de distintos tipos y calibres.

Las acciones contra la dictadura se recrudecieron en el territorio dirigido por Enrique, en especial en los municipios de Güines, San José, Tapaste y Nueva Paz. Todo ello se alcanzó a un alto costo, pues numerosos fueron los compañeros que ingresaron al martirologio de la patria en los municipios del territorio Habana-Campo. Sobre Enrique incrementó la persecución de las fuerzas del régimen en la región.

El 7 de agosto de 1957, mientras Armando eludía a la policía después de haberse fugado el 4 de julio de la Audiencia de La Habana y Enrique continuaba sus acciones conspirativas desde el cargo de coordinador de Habana-

-Campo, a las dos y treinta de la madrugada explotó un petardo en las afueras de la casa de sus padres, en calle 25 No. 954, entre 2 y Paseo. Como afectó el marco de la puerta y la ventana, se abrió la causa 921/57. Ya habían llamado por teléfono al mensajero de la farmacia de la Dra. Marina Dávalos para anunciar: “Hoy vamos a poner una bomba en la residencia de la Dra. Dávalos”, y el día 12 de agosto hicieron otra amenaza contra la farmacia ubicada en calle 2 No. 858, entre 35 y 37, también en el Vedado. Precisamente el mismo día que Enrique asaltó la finca del dueño de Feíto y Cabezón.

Avanzado el mes de agosto, el día 26, cuando transitaba por la Carretera Central, en el poblado de Jamaica, fue detenido por agentes del Servicio de Inteligencia Militar el auto en que viajaba Enrique. Al bajar oyó una voz que gritó:

—Mátenlo que ese es Hart.

La ecuánime reacción de Enrique no se hizo esperar, con voz firme respondió:

—Yo no soy Hart, me llamo Jacobo —le dijo su nombre de guerra en ese momento.

Ante la duda del esbirro que había recibido la orden de matarlo y la confusión que se creó, numeroso público se fue aglomerando en el lugar. Así logró salvar su vida esta vez, aunque no pudo evitar su cuarta detención, ni las horribles torturas a las que de nuevo fue sometido por los sicarios de la tiranía.

Volvió a las galeras del Castillo del Príncipe, acusado en la causa 816 de 1957. En esta ocasión guardó prisión por seis meses aproximadamente.

Un domingo, a mediados del mes de octubre de 1957, encontrándonos ambos en la misma prisión —me habían

sorprendido, junto a otros compañeros del Movimiento, en la casa cuartel del jefe de MR-26-7 en La Habana, Faustino Pérez—, me invitó a almorzar. Ese día su familia le había traído almuerzo. Hablamos de muchas cosas, pero la conversación siempre giró sobre la revolución.

Al día siguiente, a media mañana, escuché a los voceadores gritar mi nombre y al final, la palabra que todo recluso desea oír: ¡Recoge! Evidentemente el recurso de hábeas corpus presentado a mi favor ante el Tribunal de la Audiencia de La Habana por el abogado que me representaba, el Dr. Raola, había prosperado; pude salir en libertad condicional.

No me demoré. Al salir de la galera me lo encontré en el pasillo, seguramente también oyó el repetido grito de los voceadores, se acercó sonriente y me dijo: “Héctor, sale rápido y estate alerta”. Lo interpreté como una preocupación ante la posible detención una vez que estuviera fuera de aquel lugar, como les había sucedido a otros compañeros. Asentí con un gesto de la cabeza y nos dimos un abrazo. Nunca más volví a verlo.

Aún en prisión recibió la noticia del nacimiento de su segundo hijo, al que nombró Carlos Manuel. Sucedió el 9 de noviembre de ese mismo año.

A finales de febrero de 1958, supe que Enrique había sido puesto en libertad. Traté de localizarlo. Posteriormente me informaron que había pasado a trabajar al frente de Acción y Sabotaje en la provincia de Matanzas.

## Huelga de hambre

Desde mediados de enero de 1958, para dar la impresión de que había tranquilidad en La Habana y el país, la

tiranía levantó la suspensión de las garantías constitucionales y la censura de la prensa, ya que de no lograr esa imagen se vería afectado el II Gran Premio Automovilístico de Cuba, pues podían dejar de participar afamados corredores y asistentes de otros países.

El 24 de enero los abogados defensores comenzaron a presentar decenas y decenas de hábeas corpus ante el Tribunal Supremo de Justicia para lograr la libertad de los presos políticos del vivac del Castillo del Príncipe que llevaban más de cien días encerrados sin ser juzgados por el Tribunal de Urgencias de La Habana.

Ante la respuesta positiva del Supremo, decenas de presos políticos fueron puestos en libertad. Esto preocupó al régimen y dio instrucciones al Buró de Investigaciones de que fueran nuevamente detenidos y les formularan absurdas acusaciones. Con una nueva causa radicada por el Tribunal de Urgencia, fueron remitidos otra vez al Príncipe, contraviniendo la ley y las decisiones judiciales. Enrique Hart decidió convocar a los jefes de los presos de otras organizaciones y les propuso que todos se declararan en huelga de hambre contra aquella arbitrariedad.

Manuel Graña Eiriz narra en su libro *Clandestinos en prisión*, lo acontecido allí, día por día.

Miércoles 12 de febrero de 1958

El Tribunal de Urgencia de La Habana recibió acta de acusación del Buró de Investigaciones, en la que el jefe de esa institución armada, coronel Orlando Piedra Noguera, daba a conocer los supuestos motivos que originaron las nuevas detenciones de los acusados que guardaban prisión. Afirmó Piedra “que esos presos se habían puesto de acuerdo con

insurreccionales del exterior de la prisión, al conocer que iban a ser puestos en libertad”. Según él, “el plan era para, de conjunto, atacar el Castillo del Príncipe y lograr la libertad de los restantes presos políticos. Todo para fomentar el terror entre los políticos aspirantes al Gobierno y los partidos políticos opositores, con el propósito de realizar atentados personales a miembros de las fuerzas armadas”.

Según Piedra, él encomendó al teniente Rafael Sarmiento Rodríguez, la investigación y, de esa manera, supo que los complotados eran los mismos que quedaron en libertad esa tarde. Agregó que sus agentes vieron que en la esquina de F y 29 se reunió un grupo de personas en medio de un fuerte escándalo, por lo que se procedió al arresto de varios de ellos, mientras otros se dieron a la fuga. Fueron detenidos dieciocho combatientes: Rogelio Perea Suárez, Francisco González González, Erasmo Calzadilla Guerra, Ramón Mena Pazos, Oscar González Ramos, Héctor Morales Núñez, Agustín Díaz Casals, José Lauro Blanco Muñiz, Aesthor Bombino Rodríguez, Orlando Trujillo Pico, Luis Rodríguez Castro, Mario Vicente Bermúdez, Julio Collado Quintero, Lázaro Jorge Betancourt, Celestino Alles Betancourt, Jorge Rodríguez Sierra, Ricardo Olmedo Moreno y José Delgado Álvarez. Se hace constar en el acta que los detenidos se negaron a prestar declaraciones. El Tribunal de Urgencias les ratificó la prisión.

La Sala de lo Criminal del Tribunal Supremo, al darse cuenta de las diligencias formuladas en el

escrito que presentaron el día anterior denunciando la desobediencia del mandamiento de libertad librado en los recursos de hábeas corpus a favor de esos dieciocho reclusos, acordó librar un oficio al jefe del vivac de La Habana para que informara inmediatamente al Tribunal si dichos individuos fueron puestos debidamente en libertad o si estaban guardando prisión o detención por cualquier otra causa.

En esos instantes, al frente del 26 en el vivac estaba Enrique Armando Hart Dávalos quien, en la clandestinidad, antes de ser detenido, era el coordinador de Habana-Campo y financiero de la provincia de La Habana. Él fue quien aconsejó la huelga de hambre como el mejor método de lucha en aquella situación. Su idea prendió positivamente y los combatientes Aesthor Bombino Rodríguez y Lauro Blanco [Muñiz], máximos representantes del Directorio Revolucionario y la Organización Auténtica, respectivamente, colaboraron a que la totalidad de los presos políticos de sus organizaciones estuvieran dispuestos al sacrificio del ayuno masivo.

El colectivo de dirección —cooperativa electa en enero de 1958—, con la participación de los representantes de las distintas organizaciones revolucionarias, acordaron:

Comenzar una huelga de hambre a partir del amanecer del día 13 de febrero.

Los enfermos crónicos con padecimientos de úlceras, diabetes, epilepsia y otras enferme-

dades que les pudieran afectar, no participarían en el ayuno.

Los huelguistas debían permanecer dentro de sus respectivas galeras y acostados en sus literas para evitar un mayor debilitamiento.

Los huelguistas se podrían levantar de las literas solo para tomar agua o hacer sus necesidades fisiológicas para, igual que en el punto anterior, evitar un mayor debilitamiento debido a movimientos innecesarios.

Solamente se podía ingerir agua.

Amaury Friginals, impedido de participar en el ayuno por padecer úlcera estomacal, organizaría la Comisión de Orden con los demás enfermos crónicos.

Designar una comisión que se ocuparía de las relaciones con el exterior del vivac, tales como la prensa, instituciones cívicas y otras.

Esta comisión estaría integrada por los jefes de las tres organizaciones revolucionarias. Enrique Hart, que era el responsable del 26, designó al abogado Electo Pedrosa como su sustituto por el MR-26-7 en la prisión, ya que él exigió participar en la huelga de hambre. La integraron también el estudiante de Medicina Aesthor Bombino [Rodríguez] por el Directorio Revolucionario y el dirigente obrero Lauro Blanco [Muñiz] por la Organización Auténtica.

Los otros tres miembros del colectivo de dirección también participarían en la huelga: José Díaz Ro-

dríguez, Hiram Martínez Grave de Peralta y Antonio Santacruz.

Durante la huelga hubo que ir hasta la Galera 21, a la litera donde yacía Enrique Hart Dávalos, a solicitarle que no continuara sin beber agua, pues quería ser el primero en morir para crearle con ello dificultades a la tiranía.<sup>33</sup>

[...]

Por otro lado, un nutrido grupo de madres y familiares protestaban frente al Palacio de Justicia por el no cumplimiento de las órdenes de excarcelación.

Viernes 14 de febrero de 1958

Los presos políticos del vivac de La Habana emitieron la siguiente declaración:

Al pueblo de Cuba:

Desde ayer a las 12 meridiano se encuentran en huelga de hambre 48 compañeros como protesta por las arbitrariedades del gobierno y de sus cuerpos represivos que han desconocido las órdenes de libertad decretadas por el Tribunal Supremo, ya que los beneficiados por dichas libertades son conducidos directamente del vivac al Buró de Investigaciones y al día siguiente devueltos al vivac bajo la

<sup>33</sup> Enrique había enviado la siguiente nota a Pepe Díaz: “Pepe, soy noticia. Estúpidamente solo se habla de mí. Estoy obligado a ser el primero en caer. Esto me impone a partir de este momento no tomar más agua. ¿Te imaginas el escándalo que ocasionaría mi muerte?”

estúpida acusación de pretender asaltar el Castillo del Príncipe.

En la tarde de ayer se sumaron 15 compañeros al movimiento iniciado horas antes, con lo que ya son 63 los que se encuentran en huelga de hambre.

En la tarde de hoy se unirán 20 compañeros más y a ese ritmo continuaremos hasta que la totalidad de los presos políticos del vivac se encuentren participando en la huelga.

Mientras el gobierno pretende desmentir con sus partes oficiales la realidad de los hechos, nosotros declaramos responsablemente ante la opinión pública que llevaremos la huelga de hambre iniciada ayer hasta sus últimas consecuencias y que mantendremos con toda dignidad las justas demandas que inspiran la actitud asumida:

Primera: inmediata libertad de todos los compañeros cuya excarcelación fue ordenada por el Tribunal Supremo y a quienes los cuerpos represivos secuestraron devolviéndolos al vivac al día siguiente.

Segunda: que al ponérsenos en libertad no se nos entregue, como ha estado haciendo hasta ahora el supervisor de la prisión, a los cuerpos represivos, ya que esta medida es ilegal y atenta contra la integridad de nuestros compañeros.

Reiteramos nuestro llamamiento a nuestros estudiantes, obreros, Colegio Médico, Colegio de Abogados y a las Mujeres Martianas y en general a todas las instituciones cívicas y al pueblo de Cuba entero para que nos secunden en este movimiento de derecho y dignidad a que nos han forzado los cuerpos represivos y la odiosa dictadura batistiana.<sup>34</sup>

También se declararon en huelga de hambre, en solidaridad con sus compañeros del vivac, los presos políticos sancionados que se encontraban reclusos en otro lugar y otras condiciones en el Castillo del Príncipe; las presas del vivac de mujeres de Mantilla; los presos políticos de las prisiones provinciales de Boniato en Santiago de Cuba, entre ellos, su hermano Armando Hart Dávalos; los de Santa Clara en Las Villas, y los de Camagüey.

Por su parte, la Junta de Gobierno del Colegio de Abogados de La Habana emitió un documento en el que denunciaba la irregularidad cometida por las autoridades y la violación de las leyes establecidas.

Además, se solidarizaron con los presos en huelga de hambre la Federación Estudiantil de la Universidad de Villanueva y del Movimiento Cívico Lasallista —ambos centros católicos— e integrantes del Frente Estudiantil Nacional, Frente Obrero Nacional y de distintos colegios de profesionales e instituciones cívicas.

Dada la avalancha de protestas y para evitar el escándalo ante la posible muerte de algunos huelguistas, el

<sup>34</sup> Manuel Graña Eiriz: *Clandestinos en prisión*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008, pp. 292-297.

régimen no tuvo otra opción que aceptar la disposición del Tribunal Supremo y en virtud de ella, el Tribunal de Urgencia decretó el lunes 17 de febrero de 1958 la libertad provisional de quince detenidos; el primero en la lista fue Enrique Hart Dávalo; el día 19 salieron cinco más. No obstante se dio a conocer que en El Príncipe continuaban ciento cuarentaidós presos en huelga de hambre y los familiares de la presa política Mirtha Rodríguez Calderón, que habían trasladado a la cárcel de mujeres de Guanajay, declararon que estaba grave y temían por su vida.

También se había sumado a la huelga de hambre junto a Mirtha, Ángela Alonso González, quien fuera la compañera del mártir Orlando Nodarse Verde.

El Tribunal de Urgencia decretó el día 20 la libertad de otros dieciocho prisioneros, acusados de tener planeados actos insurreccionales. Dieciocho más, detenidos por la causa del ataque al Palacio Presidencial, que habían arrestado a la salida de El Príncipe —otro invento de los cuerpos represivos—, también fueron puestos en libertad ese día.

Viernes 21 de febrero de 1958

Ante el cambio de actitud del régimen [...] la comisión de presos políticos del Castillo del Príncipe se dirigió al supervisor de ese reclusorio para informarle que en vista de haberse logrado las libertades provisionales y el compromiso de ser llamados a juicio rápidamente los restantes, se daba por terminada la huelga de hambre.

De esta forma, finalizaba la huelga en todo el país.

Todo hace indicar que lo mismo que provocó las injustas detenciones y la causa inventada por el Buró

de Investigaciones —el miedo a que los combatientes clandestinos pudieran impedir el desarrollo del II Gran Premio Automovilístico de Cuba y la llegada al país de famosos corredores— obligó a que la dictadura cediera a la posición firme de los presos políticos.<sup>35</sup>

Y precisamente los clandestinos de la capital no iban a permitir que esa carrera pasara como si nada estuviera ocurriendo en Cuba. Esa decisión había quedado clara desde la conversación que mantuvieron Faustino Pérez Hernández, coordinador provincial del MR-26-7, y Enrique Hart.

### Faustino Pérez Hernández

Después de salir de la cárcel, cuando Enrique se vio en la calle junto al resto de los compañeros, nos decía: “¡Ahora sí que esta gente está perdida, la flor y nata del sabotaje en la calle de nuevo!” Y esto lo decía con un gran sentido del humor, porque él en definitiva repudiaba el terrorismo como tal, él era partidario de lo que podíamos llamar el sabotaje dirigido y con un gran sentido de la organización, muy bien organizadas las cosas, muy bien dirigidas, bien orientadas a que hicieran daño a la tiranía y no causarían víctimas inocentes.<sup>36</sup>

<sup>35</sup> *Ibidem*, pp. 309-310.

<sup>36</sup> En Raúl Sarmiento Carreras y Caridad Díaz Suárez: *Ob. cit.*



---

## Sabía de la utilidad del sacrificio

Ricardo González Tejo, el Maestro, era coordinador del MR-26-7 en Matanzas, en 1958. En aquellos momentos la provincia carecía de jefe de Acción y Sabotaje, porque el compañero Gilberto Espiñeira, quien desempeñaba esa responsabilidad, había sido asesinado por la tiranía.

Ante esta situación, Faustino Pérez, entonces coordinador de La Habana y miembro de la dirección nacional del Movimiento, le planteó a Tejo en su visita a la capital que Enrique estaba al salir de la cárcel y le hablaría para que ocupara esa jefatura en la provincia yumurina.<sup>37</sup>

Salido de prisión, Enrique se entrevistó con Faustino en la casa que ocupaba Luis María Buch Rodríguez, en el barrio de Miramar. Se trataba de un destacado combatiente revolucionario desde la lucha contra la dictadura de Gerardo Machado. Integrante del MR-26-7, quien fuera secretario de la presidencia del primer gobierno

<sup>37</sup> *Ibídem.*

revolucionario. Cuenta el dueño del inmueble, además testigo del encuentro, que Enrique de inmediato aceptó con satisfacción la nueva misión.

Esperanza Sanjurjo González acompañó a Enrique a la entrevista. Sobre este hecho rememora:

Después de aquel encuentro, Enrique me dijo:

“He sido designado jefe de Acción y Sabotaje en la provincia de Matanzas. Ahora el problema está en los recursos. Necesitamos, en el poco tiempo que queda, conseguir algo para llevar a Matanzas. Es necesario que vayas a la cárcel y veas allí a un compañero para conocer la posibilidad de conseguir algunas armas”.

Al día siguiente, ya estábamos sentados en una máquina, Rodolfo de las Casas, Casitas; Enrique y yo; íbamos para Alquizar. Allí se hizo contacto con un compañero. Al anochecer nos trasladamos a una finca donde se suponía que estuvieran enterradas unas armas.

Después de mucho cavar, aparecieron, pero no servían. Estaban en malas condiciones. Tanto esfuerzo en vano nos hizo sentir mal; sin embargo, Enrique se mantenía optimista; frente a las dificultades siempre lo vimos crecerse. Esa era una característica muy suya.<sup>38</sup>

<sup>38</sup> Archivo de Esperanza Sanjurjo Ballester.

## Jefe de Acción y Sabotaje en Matanzas

A finales de febrero de 1958, salió hacia Matanzas de la casa que habitaban los padres del combatiente Roberto Hernández Zayas, en la calle 19 No. 409; lo acompañaron Ricardo González Tejo y Esperanza Sanjurjo Ballester en el auto conducido por Rodolfo de las Casas.

Allí se había despedido de sus padres e impartido las instrucciones de que las armas que había conseguido después de su excarcelación fueran trasladadas por Casita y Roberto Hernández a Cárdenas y entregadas a Amador del Valle;<sup>39</sup> se trataba de una ametralladora Thompson, una escopeta recortada, tres pistolas y parque para dichas armas.

En todo el trayecto se mostró como siempre, alegre y optimista sin que lo arredrara el hecho de conocer que sus dos antecesores en el cargo que ocuparía de jefe de Acción y Sabotaje en la provincia, habían sido capturados, torturados y asesinados por la tiranía.

Días después de llegar a Matanzas se hospedó con su familia en Varadero, lo que hacía parecer un vacacionista más, encubriendo así sus verdaderas actividades.

Debido a que Enrique vivió parte de sus primeros años en Matanzas, al llegar a la provincia visitó por sorpresa algunas casas de conocidos de aquella época; en muchos encontró apoyo, pero en otros, el rechazo y el distanciamiento por conocer ya las actividades a las que se dedicaba. Cuenta Caridad Díaz Suárez, Chilica, miembro de la dirección provincial en aquellos momentos, que al regresar, Enrique contaba sonriente las reacciones de las

<sup>39</sup> En ese momento jefe de Acción de la región.

personas. Ella siempre le señaló lo arriesgado que podrían ser estas visitas, pues hasta el momento las autoridades no conocían de la presencia de Enrique en la provincia y la mayoría de los compañeros lo conocían por Carlos Manuel, su nombre de guerra.

Posteriormente Enrique se dedicó a visitar el resto de los municipios, para reorganizar el aparato de Acción y Sabotaje del Movimiento con la ayuda en ocasiones de Ibraim Hernández Cruz, Cusito, por su experiencia como militante y vendedor de cigarros en toda la provincia, siempre en el auto de Adalberto Padrón.

También dedicó especial atención a los grupos de alzados que ya existían en distintos lugares, cuyos integrantes conoció personalmente. Estos encuentros, contribuyeron a que de inmediato tratara de fortalecerlos con el armamento de que carecían e, incluso, concibió la creación de nuevos grupos guerrilleros, sobre todo, cerca de la ciudad de Matanzas.

### **Ricardo González Tejo**

Inmediatamente abrazó la idea de crear grupos guerrilleros en la provincia. Él trabajó en ese sentido y en la organización de las Milicias Urbanas. Su tiempo lo empleó fundamentalmente en conseguir armas para ese movimiento guerrillero.

Llegó a Matanzas en el momento en que no había jefe de Acción, ya que los dos jefes anteriores, Gilberto Espineira y Armando Huau habían sido asesinados. La provincia sentía la necesidad de un jefe que impulsara las acciones. Y efectivamente, le dio

un vuelco a la situación. Con su inteligencia, audacia y dinamismo hizo sentir su presencia en el movimiento insurreccional.<sup>40</sup>

### **Caridad Díaz Suárez**

No descansaba un momento, prácticamente no hubo un pueblo de la provincia en que no se hiciera sentir su presencia; distribuía armas, organizaba los “grupos cortapostes” para interrumpir el fluido eléctrico y las comunicaciones, paralizaba el transporte, instrumentaba planes en los que incluía los asentamientos guerrilleros.<sup>41</sup>

### **Oscar Gutiérrez Barceló, el Zorro**

Un día por órdenes de Gladys Marel García-Pérez, coordinadora del Movimiento en la región de Cárdenas, vine a Matanzas con unas armas que había recogido en Varadero. Me presenté en Santa Teresa No. 48 y ahí conocí a Carlos Manuel, lo que me resultó muy grato. Él me ordenó que fuera al Naranjal a casa de un compañero que nos llevaría a Ceiba Mocha, donde debíamos entregar las armas. Así lo hicimos, aquel compañero —después traicionó a la Revolución— nos llevó hasta la farmacia del pueblo donde había un militante que se hizo cargo de las armas, al parecer destinadas a un grupo que dirigía Arturo Lantigua, jefe de Acción de Ceiba Mocha.

<sup>40</sup> Félix Ponce Valdés: “Testimonio histórico. Presencia insurrecta de Enrique Hart en Matanzas”. Inédito. Archivo del autor.

<sup>41</sup> Raúl Sarmiento Carreras y Caridad Díaz Suárez: Ob. cit.

Enrique atendía directamente los grupos guerrilleros. Recuerdo la ocasión en que me dijo:

—Prepárate, vamos a salir.

Tomamos la Carretera Central hasta la vaquería que está próxima a Jovellanos. Vio una sábana blanca tendida y me dijo:

—No hay problemas, podemos entrar.

Seguimos en el auto por un camino hasta donde el vehículo no podía continuar; a pie llegamos adonde estaba un grupo de alzados, a unos cuantos kilómetros de distancia, hacia Coliseo. Allí se hallaban Edilio Peña, Gregorio Vega, Lázaro Iguanzo y alguien al que le llamaban Quintín Banderas. Carlos Manuel hizo un aparte con Edilio, que era el jefe. Parece que le dio orientaciones sobre la huelga.

Él tenía cifradas las esperanzas en las guerrillas, como apoyo a la huelga. Fue un gran impulsor de esta forma de lucha en Matanzas.

Adalberto Padrón, el Niño, frecuentemente salía con Enrique a los municipios en su Chevrolet. A veces viajaba también la esposa e hijo mayor, para despistar a los esbirros. Se movían a Varadero, Cárdenas, Jovellanos y otros lugares. En ocasiones llegaban hasta una vaquería que está antes de Jovellanos. Allí iniciaba el contacto con un grupo de alzados; si en la casa de la vaquería había una sábana blanca tendida, era señal de que Enrique o Ricardo, al que también el Niño trasladaba, se po-

dían bajar. Permanecían dos o tres días en el lugar, hacían contacto con el grupo que estaba internado en el monte y luego regresaban por otros medios.

## **Leonor Arestuche Anieva**

Se dedicó a formar nuevas brigadas de Acción y Sabotaje, aunque ya estaba desarrollando la idea de las guerrillas rurales, no exactamente para enfrentarse al Ejército, sino para apoyar las acciones de sabotaje a la economía, de castigo a los esbirros, de apoyo a la huelga. Inició este trabajo en los grupos guerrilleros de apoyo a la huelga en Coliseo, la Ciénaga de Zapata y otros territorios.

Esa fue la táctica que quiso impulsar después del fracaso de la huelga, cuando comenzó a organizar una guerrilla en los alrededores del valle de Yumurí y en otras zonas de la provincia.<sup>42</sup>

La estancia en Varadero no facilitaba el trabajo operacional ni la movilidad requerida para el desarrollo de sus acciones. Tuvo que utilizar viviendas de distintos combatientes en la ciudad de Matanzas.

Próximo a la fecha de la huelga que se gestaba, residió por unos días junto a su familia en la calle Santa Teresa No. 48, vivienda de Ulpiano de los D. Rodríguez Hernández. Allí se le proporcionó, para usar como identificación, un carné de la Logia Aurelio Almeida localizada en el municipio de Cidra, con el nombre del legítimo propietario de la vivienda que ocupaba.

<sup>42</sup> Memorias de Leonor Arestuche Anieva. Inéditas. Archivo del autor.

Desde su llegada, Enrique priorizó la reorganización y fortalecimiento de los grupos alzados, bajo el criterio que siempre sustentó de que el éxito revolucionario se lograría a través del levantamiento armado secundado por una huelga general de todo el pueblo.

### **Gladys Marel García-Pérez**

Enrique a su llegada a la provincia y de acuerdo con el plan trazado por la dirección nacional, comenzó a crear las condiciones propicias para desarrollar el clima revolucionario. El jefe nacional de Acción, comandante René Ramos Latour, fue el encargado de impartir las orientaciones y explicar la concepción de la huelga a él y al coordinador provincial Ricardo González Tejo, quienes a su vez las transmitieron a los coordinadores y jefes de Acción de las regiones, en una reunión donde orientaron las líneas civiles y militares que se pondrían en práctica.

Una de las actividades fundamentales durante los preparativos de la huelga del 9 de abril, fue la organización de los focos de alzados en las diferentes regiones matanceras, que se integraron con los combatientes de Acción y Sabotaje “quemados”, los que de manera lógica y natural tuvieron como única alternativa trasladarse a las zonas rurales, donde pasaron a la vida clandestina antes de organizarse como grupos de alzados, puesto que el MR-26-7 no tenía recursos para armarlos y trasladarlos hacia la Sierra Maestra, ocultarlos en las ciudades o enviarlos al exilio.

Enrique aceleró las operaciones en los primeros meses de 1958 fortaleciendo las milicias, orientando la creación de patrullas armadas que operarían en carreteras y reforzando los grupos de alzados. El plan trazado a los coordinadores y a los jefes de Acción regionales, contempló el reajuste de los grupos ya existentes y la creación de nuevos focos guerrilleros. En la región de Cárdenas, estos fueron organizados en la loma El Phinney, el valle de Guamacaro y la sierra de Bibanasí, en Martí; en la región de Colón, en la finca de Joseíto Díaz, próxima a la ciénaga de Zapata, Bolondrón; en la región de Jovellanos, se alzaron los combatientes de Jagüey Grande y Agramonte en la finca Chiva Muerta, y los del municipio y barrios de Jovellanos lo hicieron al principio en la finca La Fermina, después se trasladaron a Chiva Muerta. Los alzados de Ceiba Mocha de la región de Matanzas y los de Madruga, en Habana-Campo, operaron juntos en las lomas El Grillo y Camarones, en las Alturas Habana-Matanzas, mientras que los de la brigada de los Picapostes se alzaron en La Paciencia, en las proximidades del río San Juan. En el límite de Matanzas con Las Villas se movía un grupo entre Corralillo, Motembo y Los Arabos, en la región de Colón.

[...]

Bajo su jefatura, Enrique Hart organizó un comando militar provincial que operaría desde la capital matancera en los días previos y durante la huelga. Estaba integrado por Ignacio Fernández, dirigente del MR-26-7 en Jovellanos; Alejandro Sánchez Cervantes, de la capitanía de la Milicia de Ifraín

Alfonso, Cheché, en La Habana, trasladado a Matanzas; Oscar Gutiérrez y Dagoberto Díaz, ambos de la jefatura regional de Cárdenas.

Este comando había comenzado sus operaciones durante la primera semana de abril, de acuerdo con el plan nacional de atacar el transporte y detener el tráfico por carretera. Entre otras acciones, realizaron emboscadas, asaltos e incendios de ómnibus en la Carretera Central. El asalto al pueblo San Miguel de los Baños, el 5 de abril, fue una de sus primeras acciones significativas. Los rebeldes, utilizando brazaletes del M-26-7, ocuparon varias edificaciones y, después de mantenerse durante algunas horas en el lugar, se retiraron hacia la cercana loma El Jacán en las alturas de Limonar, y más tarde hacia el valle de Guamacaro, donde tenían organizadas varias células campesinas de apoyo a los grupos de alzados.

Enrique Hart se reunió con la coordinadora Alicia Pérez Bello y el jefe de Acción Arturo Lantigua en el municipio de Ceiba Mocha, quienes prepararon el levantamiento en el área al sur de Ceiba Mocha y Cabezas, próxima al límite con La Habana, en San Fabián y lomas El Grillo y Camarones en las elevaciones de Madruga y Matanzas. Ambos líderes municipales desempeñaron un papel significativo en la unidad operacional en los límites de La Habana y Matanzas, y con los grupos de Madruga.

En la región político-militar de las jurisdicciones de Matanzas y Habana-Campo se mantuvieron los dos

grupos guerrilleros [...] que continuaron operando en zonas urbanas y rurales durante todo el período, al principio, en brigadas de Acción y Sabotaje y, después, como grupo de alzados. Cumplieron siempre la misión de crear el clima revolucionario al mantener interrumpidos el servicio eléctrico y las comunicaciones telefónicas y telegráficas, actividad que incrementaron durante los primeros meses de 1958 y con mayor intensidad en los días previos a la huelga, especialmente en la medianoche del 8 de abril, cuando al cortar las líneas que atravesaban las fincas La Paz, Las Cuevas y San Juan y las que alimentaban La Rayonera Cubana, provocaron apagones en la ciudad de Matanzas, Jovellanos, Coliseo, Colón y Cárdenas. Esta fue la señal de aviso acordada para anunciar que había llegado la hora cero. Al cortar el fluido eléctrico, las comunicaciones telefónicas y telegráficas e interrumpir el tráfico en los tramos de Cidra-Matanzas y algunos de la Carretera Central, se debía iniciar el desencadenamiento de las acciones en toda la provincia. Para estas operaciones el grupo solo portaba pistolas y fusiles Remington.

[...]

[...] a través de Troadio Díaz Sánchez, enlace en el municipio Pedro Betancourt, el 26 de marzo se levantaron en armas diecisiete hombres y una mujer —Leonor Arestuche, conocida por Sobrina—. En una cueva próxima a la ciénaga de Zapata establecieron el campamento. [Raúl Trujillo] Chichi y Sobrina ya habían hecho contacto varias veces con

los enlaces de Güira de Macurije, y en el primer momento se dirigieron a la finca El Siervo, del campesino José Díaz Ramos, Joseíto, segundo al mando de la guerrilla, cuya familia sirvió de enlace a los diferentes grupos que se integraron al foco de alzados.

El 1º de abril por la noche [...] Joseíto, ante la perspectiva de un cerco, dividió la tropa en tres grupos y salió con dos guerrilleros hacia uno de los bohíos de la familia. Minutos después, los combatientes acampados en la cueva escucharon un grito de mujer y los disparos que se cruzaron los insurrectos con la tropa del Ejército. José Díaz, padre, y su hijo Nicolás habían sido sorprendidos jugando dominó y escuchando *Radio Rebelde* en el bohío de la familia, mientras parte del grupo guerrillero encabezado por su hijo Joseíto fue sorprendido al entrar en el bohío de Nicolás. Fue entonces que se produjo el primer enfrentamiento entre el grupo guerrillero de Las Piedras y el Ejército, donde cayó herido el combatiente Gustavo González, mientras el jefe del grupo le gritaba al Ejército, que los conminaba a entregarse, que ellos no se rendirían. El resto del grupo de alzados desde la cueva, había escuchado los disparos y se agazapó en el lugar de los hechos, próximo al bohío de Nicolás donde estaban los tres guerrilleros librando la escaramuza. Fue entonces que, al oír la respuesta de Joseíto gritando que no se rendía, los guerrilleros iniciaron el fuego cerrado contra la Guardia Rural.

En la oscuridad de la noche, Gustavo González, herido y acorralado, no tuvo escapatoria y fue hecho

prisionero junto a José y Nicolás. La guerrilla hizo retroceder a las tropas de la capitanía de Unión de Reyes; pero resultó a su vez dispersa entre la maleza, desde donde escucharon las voces de los jefes militares del Ejército y el ruido de los yipis en retirada cuando se llevaban a los prisioneros. Era la madrugada del 3 de abril.

Horas después, el capitán Castillo Fornaris, con las tropas de Unión de Reyes y Bolondrón, condujo de nuevo a los prisioneros, ya torturados, de regreso a Las Piedras en el empeño por localizar el campamento rebelde, pero no lo consiguió. El anciano iba amarrado y escoltado por la Guardia Rural, junto a su hijo Nicolás y al guerrillero González. Desde la maleza, la esposa de Nicolás fue testigo de los hechos, y huyó horrorizada ante las torturas infligidas a los tres hombres. Colgaron al anciano de uno de los árboles, sin llegar a provocarle la muerte; luego lo colocaron sobre una de las camas del bohío, lo torturaron de nuevo, y asesinaron con ráfagas de ametralladora a Nicolás y a Gustavo; después quemaron la vivienda y una escuela cercana.

Enrique Hart viajó a la región de Jovellanos para establecer contacto con Erelío Peña, jefe de Acción y Sabotaje y del grupo rebelde de la localidad. El propósito fue reforzar el plan elaborado para esa región por el coordinador provincial, Ricardo González Tejo, con vistas al levantamiento rebelde. Erelío integró en las milicias urbanas y rurales de los barrios de Jovellanos a los combatientes seleccionados, varios de cuyos grupos se alzarían en la

finca La Fermina, en tanto los grupos procedentes de las milicias de Agramonte y Jagüey se alzarían en la finca Chiva Muerta, para después reunirse todos en esta última. Ajustaron también que el día antes del llamamiento a la huelga debían atacar las posiciones del gobierno. Pero los planes salieron mal.<sup>43</sup>

El relato anterior es solo una muestra de la brutal represión de los aparatos represivos batistianos que se habían incrementado durante los días en víspera de la huelga.

### **Ricardo González Tejo**

Enrique realizó toda esa labor de organización en la provincia y personalmente participó también en algunas acciones, aquellas que él entendía que eran las más riesgosas. Allí estaba cuando, a través de la acción de nuestras milicias, se logró paralizar el tráfico en la Carretera Central en el tramo comprendido entre Matanzas y Mocha, y fue necesario, por aquel régimen despótico, hacer caravanas en horas de la noche, convoyadas por yipis del Ejército, para poder transitar por ese tramo que presenta lomas.

En este período Enrique no descansaba, constantemente estaba organizando acciones, entregando materiales, chequeando el trabajo, en fin, en un constante batallar.

<sup>43</sup> Gladys Marel García-Pérez: *Insurrección y revolución (1952-1959)*, Colección CLIO, Ediciones Unión, La Habana, 2006, pp. 162-165 y 168-169.

Indudablemente, la provincia de Matanzas sentía su presencia a través de su trabajo y de lo que realizaba ese frente de Acción y Sabotaje que mantenía en jaque a los cuerpos represivos de la tiranía.<sup>44</sup>

## **Gladys Marel García-Pérez**

Enrique nos pidió a Amador del Valle, jefe de Acción de la región, y a mí que le enviáramos a uno de los mejores hombres a operar directamente con él. Oscar Gutiérrez Barceló, el Zorro, fue el escogido. Junto con el Zorro también se envió a Dagoberto Díaz, Daguito, del grupo de acción de la rayonera de Cárdenas.<sup>45</sup>

## **Oscar Gutiérrez Barceló, *el Zorro***

A finales de ese mes [marzo] recibí la orientación del jefe de Acción de confeccionar treinta bombas con niples de 3 por 10 pulgadas, con tapas enroscadas por ambas cabezas. Una de ellas tendría orificio de 6 mm para ubicar un cordón (mecha), en uno de cuyos extremos se dispondría una cápsula detonadora de fuego.

Solicité a Carlos Manuel la participación en esta importante tarea de Dagoberto Díaz, Daguito, quien, al igual que yo, tenía experiencia en la preparación de artefactos explosivos. La fábrica de bombas se

<sup>44</sup> En Raúl Sarmiento Carreras y Caridad Díaz Suárez: Ob. cit.

<sup>45</sup> Gladys Marel García-Pérez: *Crónicas Guerrilleras*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, p. 21

montó en una fundición abandonada en Callejón de Cañazo, entre Fundición y Línea, Playa, Matanzas. Aquí estuvimos tres días encerrados durmiendo sobre sacos de yute tendidos sobre el suelo y la alimentación consistía en galletas con mortadella, leche condensada y jugos enlatados.

Durante los días de encierro —la nave estaba cerrada con candado desde el exterior— nadie nos visitó. Al finalizar el tercer día llegó un carro, el chofer nos comunicó que venía de parte de Carlos Manuel. Cargamos el vehículo con los artefactos y los materiales sobrantes. Fuimos a una casa cercana donde se encontraba el jefe; después a otra donde Carlos Manuel se bajó y nos dejó esperando. Pasados veinte minutos, el chofer se bajó del vehículo, alegó que lo iba a buscar. Tras otros quince minutos decidí tratar de encontrar al jefe de Acción y al chofer. En eso llegó Carlos Manuel, pero sin saber del otro compañero. Diez minutos más tarde, el jefe decidió irnos del lugar. Aquí surgió un grave problema.

Teníamos que tomar el auto con la carga explosiva y trasladarnos a una casa distante. Pero ninguno de los tres era chofer. Yo alegué que sabía manejar algo. Carlos Manuel tomó la decisión. “Tú mismo arranca y dale”. Así me convertí en chofer, dentro de una ciudad y con una carga peligrosa encima.

Llegamos a aquella casa donde estaban Malanga; Ciria; Ignacio Fernández, el Barbero; y Gilberto Gutiérrez, el Jimagua. Allí se encontraban para ejecutar una acción importante, a la que nos uníamos nosotros.

Llegada la noche, Carlos Manuel dio la orden de partir a cumplir la operación. Se iba a ajusticiar a un esbirro de los cuerpos represivos, en la Carretera Central, en la entrada a Matanzas desde Mocha. Él identificaría el automóvil y nosotros, a una voz de mando suya, dispararíamos.

A las ocho y treinta de la noche, de ese día, salimos hacia la Carretera Central. Al llegar al lugar conocido por Los Molinos nos bajamos, excepto el chofer, el Barbero, quien recibió la orden de ubicar el carro en dirección a la ciudad, a unos trescientos metros de la emboscada, donde estábamos el resto.

El lugar elegido era favorable: la carretera contaba con una sola vía —la otra estaba en reparación—, en una curva, sobre una elevación, rodeados de árboles, lo que posibilitaba protegerse si algo fallaba.

A los veinte minutos de espera, se vio aparecer subiendo la elevación y saliendo de la curva un vehículo con una lucecita que imitaba la bandera del 4 de Septiembre, era la identificación del transporte del esbirro. Avanzaba. Se acercaba a nosotros. Carlos Manuel dio la orden a Daguito de atravesar la barrera que decía “Peligro, una sola vía”, sobre la carrilera buena. Se suponía que el vehículo pararía, pero lo que hizo fue acelerar y tirarse contra la barrera. En la oscuridad se oyó la voz del jefe: “¡Fuego! ¡Fuego!” Todos tiramos. El auto se fue contra un árbol y se incendió. En el momento que se ejecutaba la acción de ajusticiamiento apareció un ómnibus Estrella del Sur. Malanga salió de la emboscada, hizo señales a la guagua de que parara y no llegara al lugar donde

ardía el automóvil. El chofer del ómnibus siguió avanzando y se dio la orden de tirarles a las gomas para obligarlo a parar. Apareció otro vehículo, también se hicieron disparos para evitar que llegara al escenario de los hechos.

El lugar se había convertido en un campo de batalla con un vehículo en llamas, otros atravesados sobre la carretera y personas que gritaban y corrían. Carlos Manuel dio la orden de partir sin poder verificar la muerte del esbirro. Después se supo que hubo un militar muerto y otro herido, pero no el esbirro condenado por la organización insurreccional.<sup>46</sup>

## Importancia de la huelga general revolucionaria

Desde febrero de 1958, el movimiento clandestino trabajaba en la organización de la huelga general revolucionaria; se alentaba el levantamiento en armas de grupos de combatientes para estar en mejores posibilidades de apoyar la paralización de las actividades productivas en las ciudades.

El 12 de marzo, la dirección nacional del Movimiento 26 de Julio había emitido y hecho público el “Manifiesto al Pueblo de Cuba”. Era la convocatoria para la acción, suscrita en la Sierra Maestra por el Comandante en Jefe Fidel Castro y por el miembro de la dirección nacional del Movimiento Faustino Pérez Hernández. Marcelo Fernández Font, Zoilo, lo llevó a Santiago de Cuba mientras Faustino lo hacía llegar a La Habana.

<sup>46</sup> En Félix Ponce Valdés: Testimonio histórico citado.

Originalmente el manifiesto constaba de 21 puntos,<sup>47</sup> pero la dirección del Movimiento en La Habana le incorporó uno más, el sexto en el documento que, por haberse tratado en la reunión de la Sierra Maestra, se entendió que había sido olvidado; se refería a la ratificación del magistrado Manuel Urrutia Lleó como presidente de la República cuando se produjera el derrocamiento de Fulgencio Batista. Recientes declaraciones de Fidel habían dado pie a una interpretación equívoca, y se consideró necesario esclarecer ese aspecto. Simultáneamente, una aclaración del Comandante en Jefe que se dio a conocer de inmediato, corroboraba lo expuesto en el texto del punto 6, del manifiesto impreso en La Habana.

Se consideraba en el primer punto que “por el resquebrajamiento visible de la dictadura, la maduración de la conciencia nacional y la participación beligerante de los sectores sociales, políticos, culturales y religiosos del país, la lucha contra Batista había entrado en su etapa final”.

En el segundo se afirmaba: “que la estrategia del golpe decisivo se basaba en la huelga general revolucionaria, secundada por la acción armada”. En este sentido, Fidel y la dirección del Movimiento cambiaban el orden estratégico de los factores previstos antes del inicio de la guerra, que era “insurrección armada, secundada por una huelga general revolucionaria”.

El punto 10 establecía: “la acción armada estará a cargo de las fuerzas rebeldes, las milicias del Movimiento 26 de Julio y de todas las organizaciones revolucionarias

<sup>47</sup> Comisión de Historia del Movimiento Revolucionario 26 de Julio en La Habana: *La huelga del 9 de abril de 1958 en La Habana*, libro en elaboración. Documento final. Archivo de la Comisión.

que secunden el Movimiento”. O sea, que los elementos dinámicos que podían producir una insurrección armada (el Ejército Rebelde, las milicias del 26 y las de todas las organizaciones revolucionarias) quedaban ahora en función de secundar la huelga.

La alerta a la ciudadanía contra cualquier orden falsa estaba recogida en el cuarto punto. “Los contactos y las comunicaciones —se expresaba concretamente— deben precisarse y asegurarse”.

Y, en el quinto, se anunciaba: “la huelga general y la lucha armada proseguirán resueltamente si una junta militar intentase apoderarse del poder”.

Mediante los puntos séptimo, octavo y noveno, el Movimiento 26 de Julio se abrogaba la organización y dirección de la huelga:

Sector Obrero: “estaría a cargo el Frente Obrero Nacional que, a su vez, asumiría la representación del proletariado ante el gobierno provisional revolucionario”.

Sectores profesionales, comerciales e industriales: “estaría a cargo el Movimiento de Resistencia Cívica”.

Sector de los estudiantes: “estaría a cargo el Frente Estudiantil Nacional”.

En el manifiesto se establecía que a partir del día 1º de abril quedaba prohibido el tránsito en la provincia de Oriente y el pago de los impuestos al Estado; que a partir del día 5 el país se consideraría en guerra total contra la tiranía, y desde esa misma fecha la permanencia en cargos del Gobierno, en las fuerzas armadas y en el poder judicial equivaldría a traición a la patria. Estas fechas precisas, determinadas en el documento, llevaron a muchos cuadros y militantes a considerar que el 1º de abril era el día del inicio de la huelga.

El recurso de la huelga general revolucionaria había estado en el centro del proyecto revolucionario de Fidel, aun antes de la integración del Movimiento Revolucionario 26 de Julio. Formaba parte de sus planes desde los días del asalto al cuartel Moncada; y a partir de su salida del reclusorio de Isla de Pinos, se integró explícitamente a su estrategia para el derrocamiento de la tiranía y la toma del poder.<sup>48</sup>

Dentro de sus objetivos estratégicos para el reinicio de la guerra, este aspecto está claramente expresado por él en sus escritos de la época: “Insurrección armada, secundada por una huelga general revolucionaria y un sabotaje completo de todos los medios de comunicación del país en el momento de la acción”, definió en carta del 17 de septiembre de 1955 al Frente Cívico de Mujeres Martianas.<sup>49</sup>

La concepción acerca del papel de cada uno de esos dos factores, insurrección y huelga, había sido definida por Fidel en un trabajo publicado en *Bohemia* el 10 de noviembre de 1955, en el que ripostaba la acusación que se le hacía en el sentido de que copiaba los fracasados métodos de los años treinta:

El episodio del Hotel Nacional, donde se refugió la oligarquía militar responsabilizada con el machadato —decía Fidel—, no puede compararse ni moral ni históricamente con el ataque al cuartel Moncada; ni tampoco el combate de Atarés que fue el choque de

<sup>48</sup> Mario Mencía: “La huelga del 9 de abril de 1958”, en *Memorias de la Revolución I*, Imagen Contemporánea, La Habana, 2008, p. 278.

<sup>49</sup> En Carmen Castro Porta: *La lección del Maestro*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990, pp. 91-96.

los movimientos surgidos de la revolución antimachadista. La huelga de marzo (de 1935) fracasó porque no fue unida a una insurrección armada como era lo correcto.<sup>50</sup>

La insurrección armada y la huelga general revolucionaria aparecen vinculadas de manera indisoluble en el proyecto de Fidel, y desde los momentos iniciales del Movimiento 26 de Julio está nítidamente expuesto el orden de esos factores: insurrección armada primero, huelga general después.

Pasados dos meses de su llegada en el *Granma*, el 20 de febrero de 1957, Fidel esclarece el orden en el que ubicaba la huelga general. En un manifiesto de doce páginas, su primer documento programático de la Sierra Maestra, se lee en el punto seis: la huelga general revolucionaria como punto culminante y final de la lucha.

De ahí que, en medio de la serie de acontecimientos que estaban estremeciendo al país, a principios de 1958, la decisión de desatar la huelga general revolucionaria pasó a ocupar un primer plano. Se estimaba entonces tan favorable el clima de efervescencia política, tan evidentemente débil al régimen y tan suficientemente fuerte el Movimiento, que la dirigencia del 26 de Julio creyó que por fin había llegado el momento en el que podría derroscarse a la tiranía mediante la huelga general.<sup>51</sup>

<sup>50</sup> Fidel Castro Ruz: Revista *Bohemia*, La Habana, 10 de noviembre de 1955.

<sup>51</sup> Mario Mencía: *Memorias de la Revolución I*, ed. cit., p. 287.

**PLAN DE ORGANIZACION Y DESARROLLO DE LA  
HUELGA GENERAL REVOLUCIONARIA.**

**NOTA:** Este plan solo debe ser conocido en su integridad por los miembros del Comité Nacional de Huelga y los Responsables de Organización de los Comités Provinciales de Huelga. Estos últimos darán a conocer a los Responsables Provinciales y Municipales aquellos aspectos del Plan que consideren necesarios.

Copia numerada 44 3

El movimiento huelgístico estará dirigido y orientado por el Comité Nacional de Huelga, que radicará en la Habana. Este Comité ha sido designado por la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio, y lo integran 5 personas: 1 Responsable de Acción, 1 Responsable de Propaganda, 1 Responsable Obrero, 1 Responsable de Resistencia y 1 Responsable de Organización. La dirección de la huelga, también será compartida por el Comandante en Jefe de las Milicias del 26 de Julio, que tendrá su sede en Santiago de Cuba, y el Comandante en Jefe de nuestro Ejército Revolucionario, Fidel Castro.

En cada una de las 6 provincias, se constituirán Comités Provinciales, integrados en igual forma: 1 Responsable de Acción, que lo será el del 26; 1 Responsable de Propaganda, que lo será el del 26; un Responsable Obrero que lo será el del FOC; un Responsable de Resistencia, que lo será el del MEC; y 1 Responsable de Organización que lo será el Coordinador Provincial del 26.

En igual forma se integraran los Comités Municipales de Huelga, en todos los términos de la República.

A continuación ofrecemos el Plan a desarrollar, por Secciones.

**ACCIONES**

-De inmediato, en estos días precedentes a la Huelga, debe realizarse el mayor número posible de ajusticiamientos de figuras sindicales marxistas y figuras políticas batistianas (ministros, senadores, representantes, alcaldes, aspirantes a cargos electorales, etc.).

-Mantener a toda costa la huelga en los centros de enseñanza. Anunciar que la Revolución prohíbe la concurrencia a los planteles, y que los padres que envíen a sus hijos a las escuelas, serán responsables de lo que pueda ocurrirles.

-Durante el transcurso de la Huelga, la orientación general del trabajo de acción, es no presentar batalla frontal al Ejército o la Policía. Se realizaran acciones comandos o de franco-tirador, así como luchas de guerrillas, con objeto de producir desconcierto e impedir que se concentren fuerzas represivas hacia puntos determinados.

-En cada ciudad deben habilitarse varias casas que sirvan de cuarteles generales para los compañeros de los Milicias. Estas casas funcionaran como centros de operaciones. Los milicianos, a pie o en vehículo, realizaran las acciones que se les encomienden, retirándose luego a estas casas.

-Se tendrán varias casas-botiquines, para prestar primeros auxilios a los heridos. En cada una de ellas debe situarse un médico con el material necesario.

El documento consta de dos cuartillas. Ver en archivos Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

Según Félix Ponce Valdés, en la ciudad de Matanzas, cumpliendo lo dispuesto en el plan general de la huelga redactado por Marcelo Fernández Font, Zoilo, se dispuso el funcionamiento de dos comités de huelga: uno radicaba en las oficinas del Acueducto, en Naranjal, encabezado por el Maestro; Carlos Manuel; Joaquín Torres, Quino; y Chilica; y el segundo se estableció en Santa Isabel 210-E, Alturas de Simpson, residencia del testimoniante. Se trataba de una previsión necesaria, ya que podía ocurrir que un local fuera descubierto, y presos o muertos sus dirigentes, pero no descabezada la dirección de la huelga al asumir el segundo comité el mando de las acciones.

El 6 de abril la dirección nacional envió a Matanzas el disco que convocaba a la huelga, grabado con la voz de Wilfredo Rodríguez, distinguido combatiente del Movimiento 26 de Julio y locutor de radio, similar al que se oiría el 9 de abril a las once de la mañana por distintas emisoras del país.

La comunicación y algunas armas cortas fueron entregados en Matanzas a Enrique Hart y los portadores fueron Manuel Suzarte, financiero nacional del Movimiento; Esperanza Sanjurjo y María del Carmen Valle. La entrega se hizo contactando primeramente a la Dra. Hortensia Alonso Rodríguez, propietaria de la farmacia situada en Santa Rita y San Isidro, Versalles, frente al hospital provincial de Matanzas, la que también era militante del Movimiento.

Con su acostumbrado estilo, Enrique decidió que él y Rodolfo de las Casas, Casita, se encargarían de tomar la emisora *Radio Tiempo* y transmitir la grabación en la que se convocaba a la huelga. Favoreció esta acción el hecho de que el locutor de la emisora fuera Florentino Zamora Sosa, militante del MR-26-7; este se puso en contacto con

el jefe de Acción del Movimiento y lo instruyó en la colocación del disco. De esta forma la alocución salió al aire.

Se previó que no lo hiciera Zamora para no “quemarlo”. Debía pensarse también en la posibilidad del fracaso y la continuación de la lucha.

Según testimonio sobre los hechos, Félix Ponce ha contado:

Dos días antes del llamado a la huelga, el 7 de abril, Zamora estaba de guardia profesional en la emisora, hizo subir a un amigo de su natal provincia de Las Villas, le enseñó la emisora y, como cosa curiosa, a operar grabadoras y micrófonos que era parte de su trabajo cotidiano. Ese amigo era Carlos Manuel, a quien le entregó la llave de la puerta de la calle que él tenía asignada para entrar al centro de trabajo.

Habían sido creadas las condiciones organizativas posibles para materializar la huelga. La noche del 8 de abril, el Movimiento estaba en guardia y los comandos armados habían sido “acuartelados”.<sup>52</sup>

<sup>52</sup> Félix Ponce Valdés: Testimonio histórico citado.



# 05

---

## Siempre tensas las cuerdas de la acción

Apenas faltaban segundos para que los manecillas del reloj marcaran las once de la mañana del día 9 de abril, cuando Carlos Manuel y Casita, quien manejaba un Chevrolet del año 51, parquearon frente al No. 14 de la calle Jovellanos, en la capital provincial. Por la puerta de acceso a la escalera que conducía a los estudios de la popular emisora matancera, sin necesidad de usar la llave, subieron los dos compañeros.

Todo sucedió muy rápido, cuenta Evaldo Milián García, locutor de *Radio Tiempo*, que él estaba sentado en el vestíbulo de la emisora, leyendo, mientras esperaba el horario del noticiero; Jorge Figueroa Díaz, el periodista, redactaba en el local contiguo, en el buró donde habitualmente se ubicaba el censor oficial, teniente Corona —que ese día no se encontraba—, y en la cabina de transmisión, se hallaba de operador Gavi González, cuando sintió de pronto un tropelaje y escalera arriba asomaron, empuñando sendas pistolas, dos jóvenes que se dirigieron al local del censor, para neutralizarlo, al parecer, pero no estaba.

## Evaldo Milián García

Entonces nos conminaron a acostarnos en el piso, lo hicimos, primero Figueroa y yo; después Gavi, tras ser sacado de la cabina. Casita nos dijo que no nos moviéramos, que cooperáramos con la patria, mientras con la pistola permanecía vigilante.

### Llamada a la huelga

Enrique entró a la cabina e, inmediatamente, sentimos la alocución que exhortaba a la huelga. Terminado el disco, salieron con la misma rapidez con que entraron. Al irse, Casita nos repitió: “Cooperen, cooperen con la patria, muchachos”.

A las once en punto salió al aire el siguiente mensaje:

¡Atención cubanos! ¡Atención cubanos! ¡Es el 26 de Julio llamando a la Huelga General Revolucionaria! ¡Hoy es el Día de la Libertad! ¡El día de la huelga general revolucionaria! ¡Adelante, cubanos! Desde este momento comienza en Cuba la lucha final que solo terminará con el derrocamiento de la dictadura.

¡Obreros!... ¡Estudiantes!... ¡Profesionales!... Patronos!, a la huelga general desde este momento.

¡Soldados!... ¡Policías!... ¡Marinos!... ¡a luchar junto al pueblo! ¡A conquistar su libertad!

¡Pueblo, a la calle, lanza cocteles<sup>53</sup>, obstruye el tránsito, celebra mítines relámpagos!; ¡A la huelga general desde este momento! ¡Seis años de lucha culminan ya en victoria!

¡A la calle, pueblo de Cuba, a conquistar la libertad!

Terminada la trasmisión el comando abandonó el lugar sin inconveniente de ninguna clase. Había llegado la hora cero, el momento de cerrar los centros de trabajo e iniciar la huelga general hasta tanto el tirano Batista abandonara el poder y este fuera ocupado por las fuerzas revolucionarias.

Grupos de alzados salieron a la Carretera Central desde distintos puntos en que operaban. Tirotearon el transporte, quemaron rastras, regaron alcayatas, todo con el propósito de paralizar este importante medio económico que, a su vez, era empleado para el movimiento de tropas del Gobierno de unos lugares a otros. Entre Matanzas y La Habana se interrumpió la Carretera Central. En otros lugares de la provincia, los grupos alzados realizaron acciones similares para impedir la circulación del transporte por carreteras y vías férreas, también se produjo el corte de postes del tendido eléctrico y telefónico con el propósito de parar el proceso productivo de las fábricas y otros centros e imposibilitar las comunicaciones.

<sup>53</sup> Se refiere a botellas llenas de gasolina con aproximadamente, entre 5 y 10 cm de aceite automotriz, con estopa que encendía y lanzaba. Eran conocidos como cocteles Molotov.

En estas acciones se destacó el grupo de los hermanos Gil Perdomo, el cual se alzó para apoyar la huelga en los alrededores de Matanzas, exactamente en la finca La Paciencia, entre el Río San Juan y la carretera a Cidra. Portaban algunas armas cortas y escopetas y recibían suministros e información a través del batey El Bolo. Estos combatientes habían recibido orientación de Carlos Manuel de interrumpir el fluido eléctrico y telefónico en varios puntos alrededor de la ciudad y después parar el tránsito automotriz en la carretera Matanzas-Cidra.

En la madrugada del día 8, tres grupos simultáneamente iniciaron el serruchado de postes en las líneas de 33 000 y 66 000 voltios y en la telefónica. A las once de la mañana del día 9, picaron los tensores y se produjo la estrepitosa caída de postes y líneas, con los consiguientes cortocircuitos.

Se dirigieron a la carretera para continuar sus misiones; pero desde el atalaya lomoso donde se encontraban, observaron que el tráfico no se había detenido en la ciudad por lo que decidieron esperar. El fracaso de la huelga les hizo volver a su refugio del monte.<sup>54</sup>

## La huelga en la ciudad de Matanzas

Los comandos de Acción y Sabotaje en las ciudades produjeron diversos hechos para apoyar la huelga.

<sup>54</sup> Félix Ponce Valdés: Testimonio histórico citado.

En Matanzas se interrumpió el suministro eléctrico a distintos puntos, especialmente a la Zona Industrial, al producir cortocircuitos, tanto al lanzar cadenas a las líneas de transmisión como al derribar postes, por medio del corte o explosiones de bombas en su base.

Este mismo procedimiento fue empleado para volar conductores de agua y obligar a parar a los centros de trabajo que necesitaban del líquido para su producción, como era el caso de la rayonera. Sobre el comercio se produjeron también sabotajes, especialmente sobre aquellos que pertenecían a conocidos batistianos y enemigos de la Revolución. Se distribuyó fósforo vivo y otros materiales inflamables con el fin de provocar pequeños incendios y obligar a los dueños a cerrar.

Pero, a la vez que estos hechos insurrectos comenzaron a producirse, las fuerzas de la tiranía se lanzaron a la calle. Tanquetas con ametralladoras 30 o 50 emplazadas, yipis cargados de militares que portaban ametralladoras; perseguidoras repletas de policías fuertemente armados y hasta la guardia rural a caballo, todos en zafarrancho de combate, amenazando con palabras y atropellando con hechos, tomando las calles comerciales de la ciudad, se dirigieron a los centros de producción más importantes. El terror comenzó a enseñorearse sobre las ciudades.

Estos momentos los presenciamos en la calle Independencia, arteria principal del comercio en la ca-

pital provincial, donde nos correspondía coadyuvar al cierre de los establecimientos. Quisimos practicar con el ejemplo: tan pronto escuchamos el llamado por *Radio Tiempo*, bajamos las puertas del comercio que poseíamos —Club 66, una cafetería-bar—, salimos para la calle y comenzamos, junto con otros compañeros, a desarrollar una consecuen- te agitación a favor del cierre; pero eran contados los comerciantes receptivos. Salvo la Sección X, la peluquería Carmen, la sastrería Ferreiro, la tienda La Reina, peletería Miami, las oficinas de Correos donde el Movimiento era fuerte, el Ten Cent, donde funcionaba una célula clandestina, y algunos que tal vez escapen a la memoria y a la información de aquellos momentos, otros comercios de los cen- tenares que había en la calle Independencia —no de las calles alledañas— mostraron poca receptivi- dad ante el llamado a la huelga.

Generalmente los propietarios eran indiferentes a la política, como solían identificar su actitud, aun- que en esta ocasión la indiferencia era más grave, porque lo fue también con los crímenes del batista- to. Muchos sentían en sus bolsillos el descenso de la actividad comercial, tanto por el deterioro de la eco- nomía como por la situación de violencia que aleja- ba a los clientes; pero pocos estuvieron dispuestos a correr los riesgos de la huelga. Hubo actitudes de rechazo abierto al acto revolucionario. Recordamos la postura reaccionaria de los propietarios de Casas y Hermanos que no solo se negaron rotundamente a cerrar, sino llegaron a decir que los tendrían que

cerrar por la fuerza. Los propietarios de La Sortija asumieron una postura similar, aunque menos tozuda.

Así comenzó a desarrollarse la huelga en el comercio, en espera de los hechos armados que insuflarían el aliento necesario para compulsar el cierre; pero, en vez de comandos armados del 26 de Julio, lo que desembocó en la calle Independencia fue la soldadecza apertrechada y envalentonada, vociferando improperios y empujando con sus armas a los que estaban en la calle para que atendieran su trabajo. ¡Era aplastante la correlación de fuerzas! Los que decidimos tomar la iniciativa, dimos un paso atrás, en espera del instante oportuno que debía llegar. Comenzó el compás de espera. ¿Qué situación práctica se presentaba para cerrar los centros de trabajo? La “hora cero” había llegado en un momento en que todos los centros estaban funcionando; luego, había que encarar la decisión de cerrarlos e irse los trabajadores para sus casas a cumplir, los menos, alguna tarea previamente asignada por la Revolución.

Las milicias del 26 de Julio no disponían de armas suficientes, para compulsar el cierre de aquellos que se iban a negar a hacerlo o respaldar la incipiente decisión huelguística. Decimos incipiente, porque eran pocos los lugares donde la organización previa a la huelga tenía una fuerza tal como para provocar el cierre. Sí existía un estado de repudio a la tiranía y de identificación con la insurrección favorable a la huelga; pero faltaba el respaldo armado

que diera fuerzas a la disposición, y faltaba la conciencia colectiva de ir a la huelga.

Aunque se había hecho un trabajo de proselitismo y organización previo al 9 de abril, este no había alcanzado aún un valor de conciencia colectiva como para esperar que, llegado el día heroico, los trabajadores fueran a sentir la fuerza y seguridad suficientes como para arrostrar los riesgos del hecho insurreccional. Esta carencia pudo ser suplida por la fortaleza y eficacia del dispositivo armado del Movimiento, pero ya hemos comentado la insuficiencia que lo limitaba.

En este inmediato compás de espera del pueblo, tras escuchar el llamado radial o enterarse por otras vías, se produjo el despliegue militar en zafarrancho de combate, visiblemente poderoso y seguramente decidido al atropello, la detención y el crimen, actitudes que en seis años de dictadura bien habían mostrado al pueblo.

A esta hora decisiva, en Matanzas acaecía una balacera en la esquina del Instituto de Segunda Enseñanza que costó la vida a Polito, Ripoll y Ruffín.

Estos tres valerosos militantes del MR-26-7 habían realizado acciones de sabotaje en la Zona Industrial por orden de Carlos Manuel. Cumplida la misión se dirigieron al centro de la ciudad a seguir apoyando la huelga, pero fueron detectados por una perseguidora. El auto en que viajaban era de José F. Pérez Vidal, Polito, quien lo manejaba; lo acompañaba Juan Ripoll García y Julio Ruffín Hoyos, los tres armados

con revólveres calibre 32. Cuando fueron detectados en Contreras (Byrne), ya habían dejado a otros tres integrantes del comando en puntos diferentes, incluido Noel, Eliseo Camaño. Se inició la cacería por la perseguidora repleta de esbirros que portaban ametralladoras y tras ocho cuadras de persecución, al llegar a Dos de Mayo, Polito realizó un giro del timón, subió a la acera del instituto, y se reventó una goma del carro. Obligados a bajarse, se dispusieron a enfrentar a los esbirros. En combate abismalmente desigual, los jóvenes fueron acribillados a balazos.

El parte oficial —existía censura de prensa— del jueves 10 de abril publicado en *El Imparcial* de Matanzas, mezclaba lo ocurrido en *Radio Tiempo* con este hecho:

Al mediodía de ayer, tres individuos armados penetraron en la estación de *Radio Tiempo* de Matanzas encañonando con sus armas a los empleados Evaldo Milián García, Luis González Hurtado de Mendoza y Jorge Figueroa Díaz, obligándolos a tirarse en el suelo y colocaron un disco que portaban los tres individuos y en el cual se invitaba al pueblo a la huelga. Al tener conocimiento el jefe de la Policía de esta ciudad, coronel Juan Salas Cañizares, se personó en dicha emisora acompañado del cabo Francisco Montero y los vigilantes Lucilo Benítez Alpízar, Julián C. Rodríguez Barber y Jacinto Hernández Tabares, ocupando el disco y saliendo en

persecución de los autores alcanzándolos en Byrne y Dos de Mayo, los que al notar la presencia de los agentes de la autoridad abrieron fuego contra la fuerza pública, repeliendo esta la agresión y entablándose un tiroteo. Al finalizar la balacera yacían los tres individuos muertos, pudiendo ser identificados dos de ellos como José A. Pérez Vidal, de 33 años, vecino de Salamanca 49; Juan Ripoll García, de 34 años, vecino de San Juan de Dios 99, Pueblo Nuevo; y otro individuo desconocido —Julio Ruffín Hoyos— ocupándoseles tres revólveres calibre 38 y parque disparado y sin disparar. La Fuerza Pública resultó ilesa.

Como se puede apreciar hay varias mentiras en la información, fueron distintos los comandos que actuaron en *Radio Tiempo* y los que cumplieron la misión de sabotear el suministro eléctrico y de agua a la Zona Industrial.

Como para no sentirse tan disminuidos en su prepotencia militar, dijeron que los revolucionarios, portando revólveres 38 “abrieron fuego”, “entablándose un tiroteo” y que “al finalizar la balacera yacían muertos los tres individuos”, mientras la fuerza pública —debieron haber dicho los esbirros— resultó ilesa. Lo cierto es que ellos iniciaron el tiroteo con ametralladoras, mientras los revolucionarios se defendieron con revólveres calibre 32. Tal fue el ensañamiento, que sus cuerpos fueron cosidos a plomo y murieron instantáneamente, sin que fuera necesario el auxilio médico para ninguno de ellos.

Polito, conocido por el Gordo debido a su complexión física, era natural de Cidra, chofer de los ómnibus urbanos y activo militante del 26 de Julio, valiente combatiente del Movimiento que su propio auto, con desprendimiento absoluto, puso al servicio de la causa. En los trabajos preparatorios de la huelga, su condición de delegado de la Empresa de Ómnibus favoreció su participación activa y fue nombrado responsable de Propaganda del Frente Obrero Nacional.

Tal vez el mayor homenaje a su inmolación fue escuchar aquel mismo día en boca de Noel, con voz entrecortada que llegaba al sollozo, decir: “Nos han matado al Gordo”. ¡Que aquel cujeado y fuerte luchador clandestino estuviera afectado de tal forma decía mucho de Polito!

Ripoll, con solo cuarto grado de escolaridad tuvo que abandonar la escuela para deambular de trabajo en trabajo, hasta que se hizo obrero fijo de la destilería Bellamar, en la ciudad yumurina. Participó en acciones de sabotaje dentro del Movimiento. A finales de 1957 estuvo preso y fue torturado durante diecisiete días, al cabo de los cuales lo dejaron en libertad con la condición de que abandonara el país. Lejos de hacerlo, se incorporó a los preparativos de la huelga y participó hasta el final.

Ruffin tenía al morir veinticinco años, era de origen campesino, de Arcos de Canasí. Con cuarto grado de primaria inició su vida laboral como trabajador gastronómico. Su estancia en el popular Méjico Bar, de la Plaza del Mercado en Matanzas, le permitió tener

muchas amistades. En el Movimiento trabajó bajo la jefatura de Acción y Sabotaje de Armando Huau, luego con Enrique Hart. Un día izó en lo alto de la plaza una bandera del 26 de Julio y se supo quién la puso. Mantuvo contactos con los Gil, alzados en los alrededores de la ciudad.

En los preparativos del 9 de abril permaneció activo hasta el día en que entregó la vida en cumplimiento de sus misiones.

Los hechos del instituto llegaron a los hogares y centros de trabajo casi con la misma celeridad que el sonido de los disparos, y produjeron un extendido dolor e indignación, por tratarse de queridos hombres humildes y honestos de Matanzas.

El panorama de aquel mediodía del 9 de abril no fue favorable: la jauría batistiana se adueñó de la calle, los comandos del 26 de Julio se hallaban impotentes para enfrentársele, los relatos de la cacería de los tres queridos jóvenes trabajadores eran espeluznantes; la huelga carecía de suficiente organización, había sido convocada clandestinamente y el apoyo armado era más un deseo que una realidad.

Los trabajadores comenzaron a ausentarse, secciones de fábricas y comercios detuvieron sus labores y algunos centros llegaron a cerrarse, pero rápidamente se vio que era un empeño estéril, las acciones no podrían prosperar. El compás de espera había llegado a su final. La huelga no pudo consolidarse.

Pasadas las horas del mediodía, la derrota, la frustración y la impotencia nublaron el entendimiento

de los combatientes clandestinos. A ello se unió el dolor profundo por los compañeros asesinados. ¡Era difícil adaptarse a la idea de que no veríamos más los rostros bondadosos y la actitud humilde y revolucionaria de Polito, Ruffín y Ripoll! Producía rabia saber que los esbirros se pavoneaban por las calles, alardeaban de su prepotencia y llegaban al crimen terrible para ahogar la voluntad libertadora del pueblo.

“¡Hay que hacer algo!” —era la convicción de los militantes— “¿Qué?” “¿Cómo?”<sup>55</sup>

### **Adalberto Padrón, el Niño**

Después de la toma de *Radio Tiempo* nos encontramos en Santa Teresa No. 48. En eso llegó Elpidio Abrahantes consternado, muy alterado por la forma en que habían matado a Polito, Ruffín y Ripoll. Él planteó salir para la calle y matar a algunos esbirros, cobrar aquel crimen, hacer algo. Yo me solidaricé con él. Entonces Enrique, mostrando la serenidad y ecuanimidad que lo caracterizaban, también impactado por lo sucedido —se le apreciaba en su rostro, caminaba de aquí para allá—, le dijo a Abrahantes que eso era una locura: “Cómo enfrentarnos a Salas Cañizares y sus esbirros, armados con ametralladoras, dueños de la situación, con unos cuantos revólveres y pistolas. No vamos a hacer nada. Eso es una locura que va a perjudicar el trabajo futuro. Lo que corresponde es pensar cómo

<sup>55</sup> Félix Ponce Valdés: Testimonio histórico citado.

superar esta derrota”. Sereno, mesurado, midiendo las palabras que decía, razonando con calma, convenció a los que estábamos allí de que aquello hubiera sido un suicidio inútil.

¡Había fracasado la huelga!

¿Qué interpretación hacer de la derrota?<sup>56</sup>

En el primer tomo de *Memorias de la Revolución*, aparece la intervención del periodista e investigador y miembro de la Resistencia Cívica, Mario Mencía Cobas en el Club Martiano Faustino Pérez, en la que, refiriéndose a la huelga del 9 de abril entre otros asuntos, señala:

[...] el 9 de abril se hicieron coincidir un sinnúmero de paros obreros, patronales y profesionales, acciones armadas y sabotajes de diversos carácter y dimensión en gran parte del país. Su resultado en combatientes caídos en acción, apresados, torturados, asesinados, dispersos y exiliados, desarticuló sensiblemente el movimiento clandestino.

Hasta donde he podido llegar en los cómputos, ochentaitrés revolucionarios perdieron la vida en las ciudades: una en Mariel, Pinar del Río; tres en Matanzas; cuatro en Ciego de Ávila, provincia de Camagüey; catorce en Oriente (16,8%), todas en Santiago de Cuba; veintisiete en Las Villas (32,5%) catorce en Sagua la Grande, siete en Santa Clara, tres en Ranchuelo y tres en Santo Domingo; y treintaicuatro

<sup>56</sup> Níco Padrón en “Presencia insurrecta de Enrique Hart en Matanzas”, ob. cit.

en La Habana, el 41,0% (veintitrés en la capital, incluido Marianao, siete en el Cotorro y cuatro en Güines).

Otras versiones hacen ascender las pérdidas de vidas de los revolucionarios desde noventa y tres hasta más de cien, pero ninguna ha podido sustanciarse —hasta donde conozco— con los nombres de quienes cayeron dónde sucedió y cuándo ocurrió.<sup>57</sup>

Es probable que la cifra ascienda a ciento treinta y dos, según los cálculos hechos por la Comisión de Historia del Movimiento 26 de Julio en La Habana. Como ejemplo, en Matanzas fueron siete los muertos, considerando los tres caídos el 9 de abril y el asesinato de los Díaz y el de Gustavo González días antes, durante la preparación de la huelga, además del asesinato del miembro del Comité Regional de Huelga de Cárdenas, Esteban Hernández, hecho prisionero el 11 de abril y asesinado en la capitania de Cárdenas.

### **Sobre el fracaso de la huelga**

Para Eugenio Cabrera Sánchez, quien el 9 de abril desempeñaba el cargo de coordinador Obrero en la región de Colón y posteriormente fue promovido a la provincia con igual función:

La huelga no fue correctamente concebida, la organizó el 26 de Julio clandestinamente, sin darle participación a otras fuerzas, lo cual hizo que al momento de desatarse no contara con el apoyo de la gran masa

<sup>57</sup> Mario Mencía en *Memorias de la Revolución I*, ed. cit., p. 271.

obrero. Esto lo comprendimos bien, después, en ese momento no teníamos esa comprensión.<sup>58</sup>

Para Octavio Louit Cabrera, miembro del Frente Obrero Nacional y coordinador provincial de la Sección Obrera del MR-26-7 en La Habana:

Los obreros querían su huelga y ese día se quedaron impotentes, indignados, apesadumbrados. Pero a partir de aquí comprendimos los errores tácticos, la descoordinación, el aviso tardío y sorpresivo para el inicio del paro y el habernos confiado más en las acciones armadas que en la huelga misma.

Aprendimos con la huelga del 9 de abril que en lo adelante había que profundizar en la organización de las masas y en el trabajo unitario con otras organizaciones para alcanzar la victoria definitiva.<sup>59</sup>

Con fecha 21 de abril de 1958, se emitió la Circular de Organización del Movimiento 26 de Julio, CO-3, dirigida a los coordinadores provinciales y a los jefes nacionales de secciones, firmada por Zoilo, coordinador nacional del Movimiento. En algunas de sus partes señalaba:

Compañeros:

Redactamos esta circular, después de las jornadas de lucha de los días 9, 10, y 11 de abril. El 26 de Julio trató de culminar el proceso revolucionario, convocando a un movimiento de huelga general que no

<sup>58</sup> En "Presencia insurrecta de Enrique Hart en Matanzas", ob. cit.

<sup>59</sup> Archivo del autor.

tuvo éxito, por varias razones. Entre ellas señalamos las siguientes:

- a) Falta de organización interior de los cuadros del Movimiento, especialmente Obreros, Acción y Resistencia.
- b) Escasez del material bélico necesario para los trabajos de acción. Esto dificultó el cumplimiento [cabal] por parte de las milicias del plan trazado.
- c) La forma sorpresiva en que se decidió convocar la huelga, a través de un llamado radial, que en muchos casos imposibilitó dar la orden necesaria a los sectores obreros.
- d) Existencia de una mentalidad errónea, en el sentido de que el papel de los obreros se circunscribía a recogerse en sus casas, sin participar activamente en el movimiento de huelga.
- e) Dificultad en la comunicación radial que suponíamos que mantuviera en contacto a las provincias con el Comité Nacional de Huelga.

Todo esto no demuestra que la estrategia de huelga general sea incorrecta. Solo prueba que esta fue convocada sin contar con suficientes recursos y organización. Todos nos dejamos entusiasmar por el ambiente popular, olvidando la importancia de factores objetivos imprescindibles.<sup>60</sup>

<sup>60</sup> Manuel Graña Eiriz: *9 de abril de 1958. Huelga General Revolucionaria*, Editora Política, La Habana, 2011, p. 138. Tomado del archivo personal de Marcelo Fernández Font. Folios MF-98 al 103.

Armando Hart Dávalos razonó:

Para situar el 9 de abril en su justo lugar resulta imprescindible subrayar con nitidez la existencia de dos concepciones estratégicas:

Una en la Sierra y la otra en el llano, en cierta forma diferenciadas, aunque en esencia forman parte de un mismo proyecto revolucionario.<sup>61</sup>

Faustino Pérez Hernández dijo:

Me parece que las polémicas sobre el foco guerrillero o la insurrección urbana fueron superadas por la experiencia histórica y resueltas por la conjugación dialéctica de ambas, tanto en el caso cubano como posteriormente en otros casos.

Hemos introducido este elemento en el análisis, porque es parte inseparable del fracaso del 9 de abril, con lo cual no queremos aminorar el error cometido.

Ello no excluye que nuestra apreciación e información sobre las condiciones alcanzadas por el Movimiento en las ciudades adoleciera de cierto grado de espejismo o de exagerado optimismo subjetivo, y que eso influyera en alguna medida en la toma de decisión sobre el llamamiento a la lucha final y a la huelga. Pero considero que ese no fue el error básico ni fundamental en que incurrimos, sino que los

<sup>61</sup> Discurso de Armando Hart Dávalos en el 40 aniversario del 9 de abril de 1958. Archivo del autor.

errores fundamentales fueron otros, relacionados con la forma, el momento y los mecanismos inadecuados con que convocamos y tratamos de conducir la huelga.

Creo —enfatisa Faustino Pérez— que fue el revés más duro y costoso de todo el proceso, y en el que los miembros de la dirección del Movimiento en el llano tuvimos el mayor grado de responsabilidad.<sup>62</sup>

## Reunión en el Alto de Mompié

Ante el fracaso de la huelga, el Comandante en Jefe convocó a una reunión en la Sierra Maestra; tuvo lugar en un pequeño bohío en el Alto de Mompié; duró todo el día 3 de mayo de 1958 y la madrugada del día 4. Se analizaron las razones del fracaso y se tomaron acuerdos trascendentales sobre la unidad y reestructuración de la dirección nacional del Movimiento. Este momento se recoge en la historia como la reunión de Alto de Mompié.

En el primer tomo del libro *Memorias de la Revolución*, Enzo Infante Urivazo, combatiente de Santiago de Cuba y hasta ese momento responsable nacional de Propaganda del M-26-7, uno de los doce participantes en la reunión, diría:

Algunos días después del fallido intento de huelga, Faustino Pérez y Marcelo Fernández habían acordado en La Habana que este último acudiera a la Sierra Maestra y expusiera a Fidel Castro el proceso,

<sup>62</sup> Manuel Graña Eiriz: *9 de abril de 1958 Huelga General Revolucionaria*, ed. cit.

sus resultados y la valoración que del fracaso hacían los compañeros de la dirección nacional.

[...]

En el encuentro participaron doce personas: Fidel Castro Ruz, líder del Movimiento 26 de Julio, Comandante en Jefe del Ejército Revolucionario [...] los también miembros de la dirección nacional del Movimiento: Haydée Santamaría Cuadrado, Carín, [...] Faustino Pérez Hernández, Ariel, [...] coordinador del Movimiento en la provincia de La Habana; René Ramos Latour, Daniel, [...] responsable nacional de Acción y comandante jefe de las Milicias del Movimiento en el llano; Celia Sánchez Manduley, Aly, [...] responsable de Abastecimiento y delegada de esta ante la dirección nacional del llano; Vilma Espín Guillois, Débora, [...] coordinadora del Movimiento en la provincia de Oriente; Marcelo Fernández Font, Zoilo, coordinador nacional del Movimiento; David Salvador Manso, Mario, responsable nacional Obrero y Enzo Infante Urivazo, Bruno, [...] responsable nacional de Propaganda. Además los no miembros de la dirección nacional del Movimiento: Ernesto Guevara de la Serna, Che,<sup>63</sup> [...] comandante jefe de la Columna 4 del Ejército Revolucionario; Antonio Torres Chedebau, Ángel, [...] miembro de la dirección

<sup>63</sup> Citado por Fidel a la reunión de Mompié a solicitud de Faustino Pérez Hernández y René Ramos Latour. “Che: Aquí está toda la dirección en casa de los Mompié, Faustino y Daniel tienen mucho interés en que tú vengas. Tal vez sería conveniente...”

nacional Obrera del Movimiento, y Luis M. Buch Rodríguez, Mejias, [...] responsable de Relaciones Públicas del Movimiento en La Habana.

[...]

El más importante acuerdo consistió en la reestructuración de la dirección nacional. En lo adelante, un ejecutivo, desde la sede de la Columna Uno, en la Sierra Maestra, asumiría toda la dirección política y militar de la Revolución, a cuyo frente se encontraría Fidel Castro Ruz, designado secretario general del Movimiento y Comandante en Jefe de todas las fuerzas, incluidas las milicias.

El ejecutivo de la dirección nacional lo integrarían el Comandante en Jefe [...] Faustino Pérez [...] René Ramos Latour [...] David Salvador [...] los tres últimos separados de sus cargos anteriores y Carlos Franqui, Castel; Faustino y Daniel se reincorporarían al Ejército Rebelde con grado de comandante [...]

[...]

La dirección bélica de las milicias en las ciudades y de las fuerzas rebeldes en los campos, quedaría unificada bajo el mando del “Estado Mayor del Ejército Revolucionario” que tendría como Comandante en Jefe a Fidel Castro y radicaría en la Sierra Maestra, desde donde trazaría los planes de acción que se desarrollarían en los campos y ciudades, para realizar un trabajo más homogéneo y eficaz. En consecuencia, los aparatos de dirección

provinciales, municipales y locales del Movimiento, se subordinarían a los jefes militares rebeldes en las zonas y frentes donde estos operasen.

Para dirigir específicamente la acción de milicias, el Estado Mayor delegaría [la jefatura] en un comandante del Ejército Revolucionario que ostentaría el cargo de delegado nacional de Acción y que radicaría en La Habana.

Para este cargo sería designado posteriormente el Comandante Delio Gómez Ochoa (Marcos).

[...]

Asimismo, *Radio Rebelde* constituiría el órgano de información principal del Movimiento [...] serviría no solo para divulgar las acciones militares, orientar a los militantes y al pueblo, sino también como medio de comunicaciones militares y con el exterior. Para hacerse cargo de estas tareas, Fidel orientó que se mandara a buscar a Carlos Franqui Mesa [...]

[...]

Otro cambio importante fue el cambio del nombre del Ejército Revolucionario del Movimiento 26 de Julio, por el de Ejército Rebelde [...]

[...]

Haydée Santamaría Cuadrado, responsable nacional de Finanzas, fue designada para hacerse cargo de esta actividad en el exilio, como delegada espe-

cial del ejecutivo de la dirección nacional, para residir en Miami [...]»<sup>64</sup>

El 9 de mayo de 1958 se emitió como documento oficial sobre los acuerdos de dicha reunión, la Circular de Organización del Movimiento 26 de Julio, CO-4, también dirigida a los coordinadores provinciales y delegados nacionales de secciones. En su primera parte precisa:

Compañeros:

En nuestra última circular de organización de fecha 21 de abril, comunicamos que había sido convocada la dirección nacional para una importante reunión en la Sierra Maestra. La reunión tuvo efecto los días 3 y 4 de mayo, tratándose importantes asuntos que pasamos a considerar.

Análisis del proceso de huelga

Ha sido un rudo golpe para el movimiento revolucionario el revés sufrido en el movimiento huelguístico iniciado el día 9 de abril: El manifiesto de los 21 puntos del 12 de marzo había concentrado la atención pública, nacional e internacional, sobre la huelga general que se avecinaba, y su fracaso ha mellado indudablemente nuestro prestigio y simpatías.

<sup>64</sup> Enzo Infante Urivazo en *Memorias de la Revolución I*, Ob. cit., pp. 330; 333-334; 337-338; 340. Conferencia de Enzo Infante organizada por el Club Martiano Faustino Pérez, en el teatro Sanguily de la Universidad de La Habana, el 16 de septiembre de 2005.

Las causas de dicho revés las apuntamos en la circular anterior, criterio compartido por los compañeros en la reunión de la dirección nacional: falta de organización de nuestros cuadros, forma sorpresiva en que se convocó a la huelga, escasez de material bélico imprescindible, mentalidad errónea de conceder un papel pasivo a los obreros en la huelga y dificultad en las comunicaciones.

Para nosotros ha sido una lección costosa, pero altamente provechosa, la abortada huelga. Como verdaderos revolucionarios hemos sometido a un proceso de autocrítica, y ello nos fortifica en los lineamientos doctrinales y en la labor de organización.

La huelga general se mantiene como la estrategia final correcta. Pero de inmediato vamos al incremento de la acción armada que nos permitirá levantar la moral revolucionaria y extender el control sobre mayores áreas. Ya gran parte de la provincia de Oriente está bajo nuestro dominio. La acción revolucionaria en aumento irá acorralando al régimen y provocará las condiciones necesarias para un movimiento huelguístico futuro que quizás se produzca espontáneamente sin necesidad de una convocatoria específica. Los meses venideros nos permitirán definir y perfilar las tácticas más idóneas.<sup>65</sup>

<sup>65</sup> Manuel Graña Eiriz: *9 de abril de 1958. Huelga General Revolucionaria*, ob. cit., p. 151. Tomado del archivo personal de Marcelo Fernández Font. Clasificación MF-111.

El ejecutivo de la dirección nacional con sede en la Sierra Maestra, lo integraron:<sup>66</sup>

Fidel Castro Ruz

Ariel (Faustino Pérez Hernández)

Daniel (René Ramos Latour)

Mario (David Salvador Manso)

Castell (Carlos Franqui Mesa)

La delegación de la D.N. con sede en Santiago de Cuba, la integraron:

El delegado nacional de Coordinación:

Zoilo (Marcelo Fernández Font)

El delegado nacional de Acción:

comandante Ochoa (Delio Gómez Ochoa)

El delegado nacional de Finanzas:

Martín (Manuel Suzarte Paz)

El delegado nacional de Obreros:

Ángel (Antonio Torres Chedebau)

El delegado nacional de Propaganda:

Fernando (Arnol Rodríguez Camps)

Además el secretario general nacional del Movimiento de Resistencia Cívica estará en estrecho

<sup>66</sup> En el documento original aparecen los nombres de guerra, a los que el autor agregó entre paréntesis los nombres y apellidos verdaderos.

contacto con la delegación, y en especial con el delegado nacional de Coordinación.

Las direcciones provinciales y municipales, quedarán integradas como hasta el presente: un coordinador, un responsable de Acción, un responsable de Finanzas, un responsable Obrero, un responsable de Propaganda. Además, el secretario general provincial o municipal del Movimiento de Resistencia Cívica estará en estrecho contacto con las direcciones y en especial con los coordinadores.

El compañero Bruno, que venía desempeñando la responsabilidad nacional de Propaganda, ha sido designado nuevo coordinador provincial de La Habana. Y el compañero Fernando, que venía desempeñando la responsabilidad provincial de Propaganda de La Habana, ha sido designado nuevo responsable nacional de Sección.

Otros aspectos que aparecen en la CO-4 son: Funcionamiento del Frente Obrero Nacional; política a seguir con las demás organizaciones; dirección de actividades bélicas; perspectivas inmediatas y estrategia futura. La circular la firma Zoilo, delegado nacional de Coordinación.

Sobre la reunión de los días 3 y 4 de mayo, en el Alto de Mompié, el comandante Ernesto Guevara escribió posteriormente:

La reunión fue tensa, dado que había que juzgar la actuación de los compañeros del llano, que hasta

ese momento, en la práctica, habían conducido los asuntos del 26 de Julio. En esa reunión se tomaron decisiones en las que primó la autoridad moral de Fidel, su indiscutible prestigio y el convencimiento de la mayoría de los revolucionarios allí presentes de los errores de apreciación cometidos. La dirección del llano había despreciado la fuerza del enemigo y aumentado subjetivamente las propias, esto sin contar los métodos usados para desencadenarla.<sup>67</sup>

<sup>67</sup> Ernesto Guevara de la Serna: “Una reunión decisiva”, en *Pasaje de la guerra revolucionaria*, Ocean Press y Ocean Sur, 2006, p. 264.



# 06

---

## La tierra, abonada por sangre noble, se alza

El Maestro, Enrique, Chilica y otros miembros de la dirección provincial se reunieron la misma noche del 9 de abril. De aquel encuentro Chilica rememora momentos importantes: analizaron el revés y decidieron declarar la provincia en estado de guerra civil. Organizaron una nueva estructura, cuya actividad fundamental sería el fortalecimiento guerrillero en el territorio y, sobre todo, las acciones encaminadas a impedir drásticamente el tránsito por tierra desde La Habana hacia las provincias orientales como apoyo al Ejército Rebelde.

El valor de esta decisión estaba más bien dirigido a no dar cabida al derrotismo, a superar el fracaso y reorganizar las fuerzas para continuar la lucha, porque las posibilidades militares de la organización eran muy limitadas —en todo caso peores, tras las pérdidas ocurridas ese día— para proclamar un estado de guerra civil e interrumpir el tránsito vehicular por las vías de la provincia. Pudieran interpretarse estas declaraciones como manifestaciones del espejismo que hacía ver posibilidades amplias donde había pocas, que llevaron al fracaso de ese día; pero ellos las interpretaron como acciones encaminadas a no permitir

que dentro de las células de la organización prendiera el derrotismo o la incertidumbre ante los días por venir. Enfatizaron defender a toda costa el reducto militar de la Sierra, tarea nunca subestimada por la provincia, pero que, con el fracaso de la huelga, tomó un valor táctico definitivo. A la vez decidieron fortalecer los grupos guerrilleros rurales como táctica correcta para el enfrentamiento exitoso con la dictadura.

### **Caridad Díaz Suárez**

Si se comparan estas decisiones iniciales de la dirección del Movimiento en el llano con las tomadas en la reunión nacional efectuada en la Sierra vemos una gran coincidencia, lo que demuestra que la lección de abril fue suficientemente rica como para acercar posiciones tácticas divergentes y enfilarse el trabajo futuro hacia el fortalecimiento militar apropiado para enfrentar con éxito al aparato represivo del régimen tiránico.

A esta tarea se entregó en cuerpo y mente Enrique Hart como jefe de las Milicias Armadas del 26 de Julio. Él estaba consciente del efecto negativo de aquel revés en el pueblo e, incluso, dentro de las filas clandestinas.

Esa valoración llevó a la dirección del Movimiento a iniciar rápidas acciones que hicieran saber al pueblo que el movimiento insurreccional vivía y desarrollaba nuevas energías.

La dirección provincial tomó otras decisiones prácticas como fue volcar el mayor esfuerzo insurrecc-

cional en la organización y fortalecimiento de grupos de alzados y enfatizar las acciones clandestinas sobre las ciudades de Matanzas y Cárdenas, donde se había alcanzado una mayor madurez de lucha. El Maestro se ocuparía de fortalecer el movimiento guerrillero en distintos puntos de la provincia, Enrique se quedaría al frente de Acción y Sabotaje en la capital yumurina, mientras Noel lo haría en la Ciudad Bandera. Chilica, quedaba responsabilizada con el aseguramiento de los distintos frentes. Quino fue enviado a Las Villas. Noel no llegó a ir a Cárdenas, porque la dirección del Frente Obrero Nacional decidió enviarlo a Pinar del Río como responsable provincial del Frente Obrero Nacional. Allí fue capturado por los cuerpos represivos y desaparecido su cadáver.<sup>68</sup>

La jefatura de Acción y Sabotaje de Matanzas en manos de Carlos Manuel se dio a la tarea de conseguir armas, provocar acciones, crear focos guerrilleros.

Si hasta ese momento su actuación de combatiente clandestino se había caracterizado por el dinamismo y el valor, sin que faltaran la serenidad e inteligencia, a partir de este revés y su decisión de trastrocarlo en victoria, lo llevaron a desplegar un inusitado dinamismo y un valor temerario.

Un grupo se alzó en abril, en San Miguel, resultó muy importante porque se convirtió en el núcleo

<sup>68</sup> Noel había sido designado en Pinar del Río en sustitución de Julián Alemán, matancero que, al ser capturado, fue enviado a Matanzas donde lo asesinaron.

principal de las guerrillas de la provincia. Inclusive, con posterioridad a los sucesos de Villa Gloria, este grupo llevó el nombre de Enrique Hart como legítimos herederos de quien había sido el estratega de su ubicación y formación y jefe militar de las Milicias Armadas.

Los antecedentes de esta guerrilla se encuentran en el asalto a San Miguel de los Baños llevado a cabo, el 5 de abril de 1958.

El grupo fue integrado originalmente, además de por el Zorro, su jefe, por Alejandro Sánchez, Malanga; Gilberto Gutiérrez, Jimagua; y Miguel Sánchez, el Mecánico. Malanga y Jimagua murieron en plena lucha.

Después de los hechos del 9 de abril, este grupo se fortaleció con otros integrantes. En los meses finales de la guerra radicó en este lugar el capitán Juan Ramón López Fleitas, designado por el comandante Diego, quien se convirtió en jefe del Destacamento Enrique Hart, al cual se subordinaron todos los grupos que operaban en la provincia.<sup>69</sup>

## Villa Gloria, la casa de La Cumbre

El combatiente Iraldo Rodríguez Galván, del Movimiento 26 de Julio en Matanzas, brindó testimonio sobre el traslado de Enrique y su familia para una nueva casa en

<sup>69</sup> En realidad Juan Ramón López fue designado por el comandante Víctor Paneque, Diego, jefe del Movimiento en las provincias occidentales. Caridad Díaz Suárez y Raúl Sarmiento Carreras: Ob. cit.

el barrio de Versalles, por razones de seguridad luego de los hechos ocurridos durante el día de la huelga.

Después de los trágicos acontecimientos en Contreras y Dos de Mayo, donde encontraron la muerte Polito, Ruffín y Ripoll, se decidió por razones de precaución, dejar la casa del reparto San Rafael y alquilar la casa Villa Gloria en el reparto La Cumbre, barrio de Versalles.

Esa vivienda estaba detrás de la iglesia y en los alrededores residían muchos militares, pues antes había estado allí el regimiento.

Para hacer habitable la casa, tuvimos que comprar muebles y conectar la electricidad. Enrique nos encomendó a Juan Alberto Morales Bayona, Kent, y a mí para hacer el contrato de la luz. Cuando me dirigí a la taquilla de la Compañía de Electricidad, me encontré a una persona que me conocía. Al ver ver el nombre de Carlos Manuel Gómez Mena en la planilla me dijo: “No, Iraldo, tienes que ponerla a tu nombre, ¿cómo tú vas a poner el nombre de otro y firmar tú?” Kent rápidamente habló con uno de los Pineda, un trabajador del lugar; este habló algo con el empleado, y me recibió la planilla. Pagué los cuatro pesos e hicieron las conexiones correspondientes.

De inmediato se llevó para Villa Gloria una serie de materiales y equipos para sabotaje que estaban dispersos por casas particulares.

Recuerdo que trasladé seis niples de cuatro pulgadas, estaban guardados desde hacía cuatro o cinco

meses. Uno de esos los recogí del Sindicato Eléctrico en la calle Río, ya que se había puesto y no había explotado. También trasladé una lata de minio en polvo, que es explosivo, una lata de clorato, ácido sulfúrico, estopa y una caja con varios fulminantes de distintos calibres.

Todo se fue colocando en la cocina-comedor, en una mesita empotrada en la pared. Había además gran cantidad de balas para ametralladora Thompson, dos cajas de cerveza, cuyo objeto ya eran cocteles Molotov, y más cosas que otros compañeros movieron para ese lugar.<sup>70</sup>

Enrique tenía la intención de crear un grupo guerrillero en una zona boscosa entre el suroeste del valle de Yumurí y la Carretera Central, sitio estratégico cerca de la ciudad de Matanzas, donde pudieran buscar refugio los revolucionarios perseguidos. Adicionalmente, este lugar tenía la ventaja de que los guerrilleros podrían operar alrededor de las dos vías fundamentales de comunicación entre La Habana y las provincias del centro y oriente del país, es decir, la Carretera Central y Vía Blanca.

### **Félix Ponce Valdés**

Tras año y medio de lucha clandestina activa fueron muchos los locales quemados. Después del revés de abril, con la decisión de intensificar las acciones, fue necesario contar con un refugio seguro para proteger por un período determinado a combatien-

<sup>70</sup> Raúl Sarmiento Carreras y Caridad Díaz Suárez: Ob. cit.

tes o, al menos, a aquellos que no podían permanecer en la ciudad. Además, el foco guerrillero en las proximidades de la capital podía actuar sobre ella o sobre las vías que la comunicaban con La Habana y otras provincias, así como sobre la red de energía eléctrica y comunicaciones. También propiciaría el entrenamiento en el manejo de armas a los combatientes clandestinos.

La fracasada huelga, con su secuela de crímenes, torturas y presos, y el natural envalentonamiento de los esbirros con su oportunista decisión de liquidar la insurrección, reclamaban respuestas más efectivas. Surgió así la idea de Enrique de establecer un grupo guerrillero en el lado suroeste del valle de Yumurí. A solo unos diez kilómetros de la ciudad, con acceso a Vía Blanca, la Carretera Central y la vía férrea nacional, en una zona por la que atravesaba la red eléctrica de occidente.

Vía Blanca era usada por los personeros del batistato, incluyendo a su jefe durante sus asiduos viajes de placer a Varadero.

La Carretera Central era la arteria económica fundamental del país, también tenía mucho valor la vía férrea que se extendía casi paralelamente. Por estas vías el Ejército trasladaba, cada vez con más frecuencia, masivos contingentes de tropas frescas y parque militar a Oriente, donde el Ejército Rebelde y sus victoriosos combates quitaban el sueño a la dictadura.

El 19 de abril, se organizó una excursión campista. Integraban el grupo Carlos Manuel, Félix Ponce,

Martín Díaz, las hermanas Edenia y Adelina Valdés y Miguel Pérez. Con ropas sencillas, zapatos de trabajo y cámaras fotográficas enfatizaban su condición de campistas domingueros.

Carlos Manuel se hacía acompañar de su inseparable grueso libro donde ocultaba la pistola Browning. En las páginas había calado la silueta del arma y en ese molde aguardaba presta a rechazar cualquier agresión.

Solamente yo conocía la identificación real de Carlos Manuel, el resto sabía de los propósitos guerrilleros; pero no sospechaban que tras aquel seudónimo se ocultaba Enrique Hart.

Durante muchos días también conocí de un “Carlos Manuel” que estaba al frente de Acción y Sabotaje. Lo trasladábamos en auto, nos veíamos en reuniones, obedecíamos sus orientaciones y órdenes, sin conocer ni interesarnos por su identificación real.

Nos impresionaba aquel compañero con rostro de adolescente, serio, profundo, que dominaba su responsabilidad.

Compartió en ocasiones nuestro hogar junto a su esposa e hijos, lo hacía humildemente, se mostraba amable y agradecido, siempre respetuoso.

A veces pensábamos “a qué cosas tan duras lleva este odioso régimen”. Enrique era un joven, con su esposa y dos niños pequeños, alejado de su hogar, viviendo donde fuera acogido en el anonimato y

con el riesgo permanente de ser reconocido y preso. En ocasiones se hablaba con alguien de confianza para esconder en su casa, una sola noche, a un clandestino y acudía a disímiles pretextos para decir que no.

¡Qué distinta sería la vida para ese matrimonio, de modales educados, con dos hermosos niños, si pudieran dedicarse al trabajo y a disfrutar la alegría de los pequeños que, ajenos a la situación, querían jugar, pasear, vivir...

Teníamos que imponernos para eliminar las sombras, no había alternativa para que dramas como aquel no fueran dolorosas realidades. De algo estábamos seguros; era necesario liquidar la odiosa dictadura.

Así conocí a Carlos Manuel.

Un día frente a él, me dieron a conocer su verdadero nombre. Al parecer había suficiente confianza en mí. Era importante que tomara precauciones especiales con aquel dirigente clandestino que hacía poco tiempo se desempeñaba en Matanzas.

Uno de esos actos fue organizar la guerrilla en las elevaciones que rodeaban la ciudad. Todo debía hacerse sin despertar sospechas, ni de autoridades ni de campesinos de la zona. Los combatientes se harían sentir con sus acciones, una vez que estudiaran los movimientos antes de cada situación.

En un automóvil de mi propiedad, el grupo campista fue hasta un caserío aledaño a la Central, unos

kilómetros más allá de la finca La Julia, en la carretera de Matanzas a Mocha. Allí parqueamos para no despertar sospechas, saludamos a los vecinos y tras informarles de la excursión, les pedimos que nos cuidaran el carro.

Se inició la caminata a pie hasta La Julia, propiedad de Pacheco Pérez, padre de Miguel, uno de nuestros compañeros. Entre la vía asfaltada y el montecillo, dentro del cual se expandía la finca, se interponía un sabanazo cercado que servía de potrero vacuno y caballar. Tras el extremo del pastizal y ya iniciado el montecillo había un riachuelo fangoso, porque agua no corría en abril; parecía la frontera entre lo cultivado y lo salvaje. De este lado estaba La Julia. Era una pequeña y pobremente explotada porción de tierra, su mayor área cubierta de maniguas y montes, enclavada en la parte semiplana de la sierra.

Después de las presentaciones iniciales, impusimos a Pacheco de nuestra vocación de campistas, el deseo de adentrarnos en los montes, subir lomas y tirar fotografías. Le pedimos que nos facilitara algunos machetes para abrirnos paso entre la tupida vegetación. La compañía de uno de sus hijos facilitaba el entendimiento.

El campesino generosamente nos facilitó dos machetes y algunos pares de zapatos “vaquetas” o semibotas “para que los hombres puedan adentrarse por esos riscos y maniguazas”, dijo. Miguel tomó la escopeta de caza, “por si nos topamos con un perro jíbaro”.

Iniciamos el recorrido que abarcó áreas hacia el sur, más allá de los límites de la finca, en busca de la Central, y hacia el noroeste, sin aspiraciones de llegar a Vía Blanca, bastante alejada. Hacia el norte, después de bordear el margen lomoso, se extendía el valle de Yumurí. En algunos lugares el monte era tupido, el área estaba bien camuflada por la vegetación, excepto los espacios cultivados con frutos menores, pequeños saos perdidos en la rusticidad del paisaje.

Tras unas horas de caminar en dirección sur, sentimos el ruido de los vehículos que pasaban por la Central. Hubo que recurrir al machete en ocasiones para abrir trochas de acceso por entre el ramaje tupido o la bejuquera parásita, sin que faltaran los escollos de la zarza.

Imborrable aún se mantiene en la memoria el cañón seco de un antiguo río que servía de lecho fértil a un bosque tupido de erguidos exponentes.

Las orientaciones de Carlos Manuel consistían en estudiar las condiciones del área, las posibilidades de ocultar a un grupo guerrillero, las facilidades de moverse en distintas direcciones y, especialmente, las fuentes de agua para calmar la sed de los hombres alzados. Se pensaba en el asiento inicial de la guerrilla.

A él se le veía alegre, dispuesto, curioso. Un poco lo asociamos con Martí luego del desembarco en 1895 por Playitas, en Oriente. A esta imagen contribuían expresiones martianas como “escalar montañas

hermana hombres”, que él pronunciaba con frecuencia. Ni muestra de cansancio, ni gesto de aburrimiento, ni deseos de concluir. Así anduvimos hasta adentrada la tarde. Las guayabas criollas y el agua de pozo con que nos surtimos inicialmente complacieron nuestros estómagos.

Ante aquel escenario abierto, techado de verde, donde se sabía que las condiciones del combate o la retirada las fijaba el alzado, muy distinto debía sentirse el avezado guerrillero urbano asfixiado por las paredes y el ulular de las perseguidoras, en un terreno donde el enemigo imponía su fuerza.

Al regresar a la casa campesina hablamos con Pacheco del agradable viaje. Enrique inquirió sobre algunos detalles que le interesaban para completar la información de la zona: las vías por las cuales llegar, los vecinos que habitaban la zona, las cosechas, distancia entre un lugar y otro, dónde había más monte, si escaseaba el agua.

Por la cortesía de la familia deleitamos unas masas de puerco con galletas y de postre guayaba en barra. El ambiente familiar propició hacer funcionar la cámara fotográfica. Enrique, sin hacerlo visible, rehúía de las fotos. Al fin, las compañeras insistieron y accedió, luego de decir entre nosotros: “Tal vez sean las últimas fotos que me tire”.

No creo que fue una casual premonición. Estoy convencido de que las tareas a las que se enfrentaba con el afán de levantar al Movimiento del golpe, desarrollar acciones que les dijeran al pueblo que

el “26” estaba vivo y pujante, y a los esbirros, que dejaran de festejar la derrota de la huelga, le hacían contemplar con claridad los riesgos de la muerte.

Cuando dijo: “Tal vez sean las últimas fotos que me tire”, quiso decir que la lucha era a muerte y que él estaba dispuesto a dar su vida por convertir el revés de abril en victoria de la insurrección.

De las fotos con el colectivo, se extendió a escenas a caballo portando machete, “como los mambises” diría él, y con la escopeta de caza. A ello se vio obligado por insistencia de los campesinos

Así concluyó aquel día de campismo.

Conocimos su favorable opinión del lugar para alzar el grupo guerrillero, decisión que debía cumplirse en los próximos días, cuando se acopiara un grupo de armas y se decidieran los combatientes iniciales, así como se establecieran los nexos de contactos entre la ciudad y el reducto.

La familia Pacheco-Pérez no lo supo, pero en su finca se fundaría la guerrilla, allí daría sus primeras señales de vida; aunque, como era lógico, tendría que moverse en varias direcciones y pernoctar en diferentes lugares. El campesino tampoco lo supo; pero estábamos seguros de que lo habría aceptado, porque algunos de sus hijos ya eran militantes y colaboradores del Movimiento Revolucionario 26 de Julio.<sup>71</sup>

<sup>71</sup> Félix Ponce Valdés: Testimonio histórico citado.

Oscar Fernández Barceló, el Zorro, al que también llamaban Cabo, recuerda su encuentro con Enrique el día 20 de abril:

Era domingo. A las tres de la tarde, Enrique se apareció en La Yerbera en Cárdenas, acompañado de Carmen Marel y Amador del Valle, el Gallego, jefe de Acción regional.

Yo me encontraba experimentando unas cápsulas incendiarias a base de yodo en piedra y polvo de aluminio que, mezclado y con la humedad del medio ambiente, las activaba inflamándose; las cebaba con pólvora molida para que fuera más violenta la combustión.

A él le gustó la idea y dijo que había que ponerla en práctica para utilizarla en los sabotajes.

Ese día, me pidió cuentas por no haber ajusticiado al sargento García, de la Guardia Rural del puesto de Coliseo (el Gallego), ajusticiado después del triunfo de la Revolución. Me preguntó qué había pasado en San Miguel, donde al fracasar el atentado al sargento, emprendí una acción por la libre y ocupé el poblado con el ánimo de atraer la atención de los hombres del Ejército.

Cuando le expliqué, me dijo: “Está bien, Cabo, no hay problemas, me habían informado otras cosas, pero ya veo que no es así”.

Él era muy exigente, muy planificado y siempre controlaba el cumplimiento de las tareas, y precisa-

mente por su exigencia y hacer las cosas con seriedad, a mí me daba pena regresar y decirle que no se había realizado el hecho, por eso emprendí la otra acción donde ocupamos un fusil y un revólver 38, quemamos la valla donde se efectuaba un baile y arengamos a la gente explicándole que éramos del 26 de Julio y el objetivo de nuestra acción.<sup>72</sup>

## Tragedia en Villa Gloria

El mes de abril parecía aciago. Siempre hubo combatientes que no se dejaron llevar por los reveses y convertían estos en motivos de nuevas ideas. Enrique en Matanzas fue uno de ellos. Con ese ímpetu se trasladó de Cárdenas, a la capital provincial. Leonor Arestuche, Sobrina, distinguida combatiente del Movimiento en Matanzas, compartió con Enrique la mañana del 21 de abril. De ese día rememora:

Yo me encontraba en Cárdenas, acababa de regresar de la ciénaga de Zapata, donde había estado trabajando con un grupo de treintaicinco compañeros, cuyo objetivo era realizar sabotajes a las industrias norteamericanas, sobre todo, a los centrales azucareros, y tumbar los tendidos eléctricos, entre otras acciones. Al frente estaba Raúl Trujillo, Chichi.

Enrique me vino a buscar con Noel, a la casa del compañero Oliva, ya fallecido; ellos querían que yo viera cómo trabajaba una bomba que habían

<sup>72</sup> Testimonio de Oscar Fernández Barceló. Archivo del autor.

ideado: un pomo de boca ancha que contenía gasolina al cual se le introducía una cápsula de gelatina.

Me llevaron para Matanzas y allá me encontré con la compañera Caridad Díaz Suárez, conocida allí como Nenita o Chilica. Me puse a conversar con ella acerca del grupo de guerrilleros que operaba en la ciénaga de Zapata, y cómo me demoraba, Enrique se fue; me dijo que me mandaría a buscar más tarde para que fuera a la casa que tenían en La Cumbre.

Así fue, vino Bayona con otro compañero que veía por primera vez, y debido a que nuestra conversación no había terminado aún, le dije que viniera por mí más tarde.

Exactamente a las doce del día sonó una explosión.

En ese momento estábamos en la casa de la compañera Fita, hermana de Concha García, las dos trabajaron mucho con el Movimiento. Al poco rato se apareció Concha con la noticia de que la explosión había sido en La Cumbre, en la casa de Enrique.<sup>73</sup>

Iraldo Rodríguez Galbán, miembro del MR-26-7 en Matanzas, fue el encargado de adquirir ese día algunos productos y herramientas para desarmar explosivos que, por alguna razón, no habían explotado, también debía buscar otros para activarlos nuevamente.

Ese día Kent me entregó una lista de cosas que debíamos recoger en distintos establecimientos, salimos en el Chevrolet; primero fuimos a la ferretería

<sup>73</sup> Raúl Sarmiento Carreras y Caridad Díaz Suárez: Ob. cit.

de Víctor Aguirre Gaviria, donde me entregaron alicates de corte, *tape* y destornilladores; después fuimos a la tienda Kent donde trabajaba Bayona, por eso le decíamos Kent; ahí compramos un juego de sala para amueblar la casa; continuamos a la ferretería de Laureano Álvarez y compramos dos llaves inglesas de extensión, número 36, conocidas por Stitson, y una mordaza para tuberías. Comprado lo que buscábamos, fuimos para Villa Gloria.

Kent me había dicho que por el mediodía, alrededor de las doce y treinta fuera a Villa Gloria para trasladar a la mujer de Enrique a Cárdenas, a casa de Patrocinio en La Yerbera. Entonces me llevó a mi casa para que me cambiara de ropa, pues yo trabajaba de estibador en el puerto. Esto era alrededor de las diez y treinta de la mañana. Me bañé, me cambié de ropa y sobre las doce fui para Villa Gloria.

Cuando estaba casi llegando, sentí una explosión que parecía que se había caído todo el reparto aquel; avancé, ya frente a la casa oí otras explosiones y vi que por la puerta de la sala salía un humo blanco y del centro de esa polvareda, Mercedes a toda carrera con el niño.<sup>74</sup> Me paré, pensé ir a la máquina a recoger una pistola 38 que siempre teníamos debajo del asiento del chofer, pero afluía mucha gente a la casa, ya no podía irme, entonces corrí a la inversa.

Caridad Díaz Suárez, Chilica, afirma en su testimonio cómo trataron de disuadir a Enrique de no desactivar los

<sup>74</sup> El hijo mayor de Enrique se encontraba en casa de la abuela materna en La Habana.

explosivos que habían recuperado por el peligro que ello entrañaba.

Llegó el momento en que se hizo imprescindible trasladar a Enrique para Matanzas, ya que el resto de la dirección de la provincia había logrado ubicarse allí. Permaneció unos días en casa de unos combatientes, y después se pudo alquilar una casa que ofrecía cierta seguridad, ya que se encontraba en un lugar bastante aislado en el reparto La Cumbre, la Villa Gloria. Allí viviría Enrique con su esposa e hijos, y estaría también el centro de operaciones de acción y sabotaje y el almacén de armas y materiales para explosivos.

En el closet de una habitación, se fue depositando dinamita, clorato, minio en polvo, ácido sulfúrico, gran cantidad de cajas de balas para ametralladora, algunas armas. Todo lo que se iba consiguiendo.

Como miembro de la dirección provincial del Movimiento, Enrique tenía que ver también con la guerrilla que se gestaba. Hacía tres días había hecho una visita de exploración a la zona boscosa entre el suroeste del valle de Yumurí y la Carretera Central, donde se pensaba ubicar a los combatientes.

En Villa Gloria se estaba imprimiendo en mimeógrafo el periódico *Sierra Maestra*. Para allí se llevaron unas bombas tipo “pata de elefante” que se había decidido no utilizar, y estaban preparadas desde hacía meses. Enrique dijo que había que extraerles su contenido: dinamita y metralla, para utilizarlo en otra forma.

Sobre las diez de la mañana, Enrique me visitó; después de que hablamos de algunas cuestiones, yo me referí con mucha preocupación a un trabajo que él estaba realizando con unos niples, que por ser demasiado grandes no nos había sido posible colocarlos en ningún lugar sin que le hiciéramos daño a alguna persona.

Él trataba de desarmar los niples, quitarles la rosca para sacarles la dinamita y utilizarla en acciones que se gestaban y eran necesarias.

Ya había trabajado anteriormente, muchas veces, con explosivos. Sabía exactamente igual que yo el alto riesgo que corría tratando de desarmar los artefactos.

Le insistí reiteradamente que era preferible utilizar aquello en cualquier cosa e, incluso, botarlos, que correr el riesgo. La compañera Leonor Arestuche, que estaba presente en ese momento, mostró igual preocupación.

Enriquito me insistió en que tendría cuidado. Salió de mi casa y antes de la hora, sentí la explosión. “¡Enrique!”, fue lo único que acudió a mi mente.

A pesar de que se le pidió con insistencia que no desactivara aquellas bombas, que era preferible perder todos los materiales que había antes de arriesgar la vida y, a pesar de que él afirmó seriamente que no lo haría, pudo más su temeridad, su audacia, que el sabio consejo.

A través de estos años, he pensado mucho en el accidente de Enrique. Mi espíritu solo se liberó un poco cuando Armando Hart expresó que él una vez hablando con Faustino, le había dicho: “A Enrique lo mató su exceso de dinamismo”.

[...]

Cuando Enrique llegó a Villa Gloria, cerca del mediodía, acompañado por Juan Alberto Morales Bayona y por Carlos García Gil, Yayo, le pidió a su esposa que fuera para el portal con el niño y entró con Kent a la habitación en la que estaban los explosivos. Yayo salió a cumplir otra tarea.

Apenas habían pasado unos minutos, se oyó la explosión. La mujer, horrorizada, gritaba con el hijo en brazos desde la sala. En cuestión de segundos, Yayo, que ya se encontraba en la calle, regresó para socorrer a sus compañeros. Él sabía perfectamente lo que había allá dentro. Cuando entró, se oyó otra explosión, cuya fuerza empujó a la mujer y al niño más lejos. Después, la pequeña habitación se convirtió en un infierno. Todo fue explotando. Yayo murió con sus hermanos de lucha en generoso holocausto a la solidaridad humana.

Nada ni nadie hubiera podido convencer a Enrique de que desistiera de la idea de recuperar la dinamita. Como luchador clandestino manipulaba explosivos, tenía que tutearse con ellos, porque una de las tareas fundamentales del Movimiento era sabotear la economía, realizar actividades que obligaran a la tiranía a mantener, en cada localidad del

país, parte de sus tropas, para evitar la movilización del Ejército hacia donde se encontraban las fuerzas guerrilleras.<sup>75</sup>

Otras informaciones del trágico suceso las ofrece el militante del MR-26-7 en Matanzas Adalberto Padrón López, quien actuó muchas veces como chofer de Enrique:

Aproximadamente a las doce y veinte del mediodía, llegó a mi casa Mercy, la esposa de Enriquito con su hijo. La llevó hasta allí un compañero que vivía cerca del lugar del accidente; ella le dijo a Colina, mi esposa, que Enrique había muerto en la explosión de la casa de La Cumbre, que no podía estar vivo.

Colina me mandó a buscar con Nilo, su hermano. Cuando llegué Mercedes lloraba desesperada y me pidió que la llevara para la casa de la familia de Enrique en La Habana.

Salimos con destino a la capital, Mercy con su hijo; mi esposa y nuestro hijo y Ulpiano Rodríguez con su esposa.

Una vez en La Habana, Ulpiano me pidió que lo dejara frente a la embajada de Venezuela. Se fue del país; él le había prestado a Enriquito su carné de la Logia para que se identificara. Dicho documento apareció en la camisa de Enrique colgada en la sala. Por eso la policía pensó que uno de los muertos era Ulpiano.

<sup>75</sup> Raúl Sarmiento Carreras y Caridad Díaz Suárez: Ob. cit.

Según Mercy, ellos llegaron a Villa Gloria, entraron a la habitación él y Bayona para desactivar las bombas; Yayo se quedó afuera vigilando y ella permaneció en la sala con el niño.

Cuando ocurrió la primera explosión, Mercy corrió hacia la puerta de la habitación del accidente, cerrada desde que entraron y arrancada por la expansión. Empezó a gritar por Enrique; entonces llegó Yayo, la echó a un lado y entró corriendo a la habitación para auxiliar a sus compañeros. Sucedieron la segunda y tercera explosiones, que lo mataron a él también.

Mercy con su hijo en la carretera, fue recogida por un compañero que la trasladó hasta mi casa en Santa Teresa y Salamanca.<sup>76</sup>

## Identificación del cadáver

Al irrumpir los esbirros batistianos en la casa de Villa Gloria, minutos después de oírse las explosiones fueron identificados los cadáveres de Yayo y Kent, no sucedió tan fácil con el de Enrique, que utilizaba el seudónimo de Carlos Manuel y portaba documentos con otra identidad.

Según testimonio de Félix Ponce Valdés, en el lugar se presentaron el comandante Cecilio L. Fernández Suero, jefe del Escuadrón 41 de la Guardia Rural; teniente coronel Juan Salas Cañizares, jefe de la Policía Nacional en el municipio de Matanzas; teniente José M. Pazos, los cabos Rafael Miranda Blanco y Agustín Suárez Pérez y

<sup>76</sup> Testimonio del combatiente Adalberto Padrón López. Archivo del autor.

los vigilantes Anacleto Suárez Morejón e Ignacio Pérez Martínez, quienes en su actuación consignaron los detalles que siguen y que elevó al Tribunal de Urgencia el comandante del Escuadron 41.

Una vez extinguido el incendio por personal del Cuerpo de Bomberos [...] procedí en unión de los mencionados a practicar un minucioso registro [...] pudiendo comprobar que se trataba de un lugar donde se confeccionaban bombas, cocteles Molotov y se almacenaba gran cantidad de parque, estopas [...] pudiendo observar que en dicho lugar se encontraban tres individuos al parecer muertos, por lo que se requirieron los servicios del médico forense Dr. Alfredo Triolet Figueroa, el Sr. Juez de Instrucción Dr. Manuel Vérez Pérez, acompañado del primer Secretario Dr. Piro Mendoza, los que procedieron a reconocer los cadáveres, pudiendo identificarse dos de ellos como Carlos García Gil, de 21 años, soltero, con instrucción, hijo de José y Josefa, jornalero, vecino de Esperanza entre Navia y Riechi, Versalles; Juan Alberto Morales Bayona, hijo de Lázaro y Ana Lugarda, de Matanzas, de 20 años, con instrucción, técnico de radio, vecino de Villa Miramar, Martí, La Cumbre y otro ciudadano de la raza blanca de regular estatura, como de unos 20 años, no identificado hasta el presente.

Al referirse a los objetos encontrados constataron:

[...] un recibo de la Asociación de Propietarios de Matanzas a nombre de Carlos Manuel Gómez por la

cantidad de \$45.00 por el alquiler de la casa descrita [...], un recibo de la Compañía Cubana de Electricidad a nombre de Carlos Manuel Méndez, apreciando la firma del citado; un recibo de la mueblería REX a nombre del tal Carlos Manuel donde describía la venta de distintos muebles, todo con un valor de \$103.00, recibo firmado por un tal Ávila; un carné de la Gran Logia de Cuba, expedido a favor de Ulpiano de los A. Rodríguez Hernández, como miembro de la Logia Aurelio Almeida de Cidra, con una fotografía del interesado [...]; un contrato de arrendamiento a nombre de Carlos Manuel Gómez [...]

Estos documentos los llevaron a erróneas conclusiones. Podía ser el tal Carlos Manuel, pero nadie lo conocía y podía ser un nombre falso; podía ser el tal Ávila, cuyo nombre no estaba legible, lo cual aumentaba sus sospechas, pero tampoco se podía confirmar.

Decidieron identificarlo como Ulpiano.

Adalberto Padrón López, quien trasladó a la esposa de Enrique hacia La Habana, narró que al llegar a la calle 25 en el Vedado, donde vivían los padres de Enrique, Mercedes, entre llantos y mucho nerviosismo les contó lo ocurrido. ¡Fue muy doloroso aquello! Y agrega:

El viejo Hart me preguntó:

—¿Tú estás seguro de que Enrique está muerto?

—Por lo que me cuenta Mercy allí no puede haber quedado nadie vivo —le digo—. Yo conocía que en ese lugar se guardaban armas y explosivos.

Hart, que entonces era magistrado en La Habana, llamó al fiscal de Matanzas, con quien tenía amistad. Este hizo algunas averiguaciones y le contestó.

—Entre los muertos no hay ningún Hart.

Yo le digo:

—No, pregúntele por Ulpiano, él andaba con un carné a nombre de Ulpiano.

Entonces el fiscal le confirma que sí, que entre los muertos, aparece esa persona.

—Llévame para Matanzas —me pidió el viejo Hart.

—Yo lo llevo, pero no le diga a nadie cómo usted se enteró ni con quién viajó.

Trasladé a Hart y a su hijo Gustavo; los dejé frente a la casa del fiscal.

Después se conoció que Enrique Hart (padre), en compañía del fiscal, se presentó ante las autoridades batistianas y en el cementerio adonde lo habían trasladado, reconoció el cadáver de su hijo, el cual reclamó para darle sepultura en La Habana.

Las autoridades batistianas habían planteado que en el lugar de los hechos se había ocupado una ametralladora Thompson calibre 45, un fusil M-1 con tres magacines semidestruidos por el fuego; una escopeta Winchester cal. 16 y otra de la misma marca cal. 22; una escopeta cal. 30; una escopeta de 2 cañones cal. 20 (especial de caza); dos magacines de pistola cal. 45; una pistola cal. 32; un

revólver cañón largo cal. 44 (especial de tiro); niples de distintas medidas hasta el total de 24; 26 tapas de niples, un saco de yute que contenía 35 libras de alcayatas convenientemente preparadas; un saco de yute con dos libras de estopa (describe varias herramientas); una máquina de escribir nueva, marca Royal; un paquete de gallardetes donde se observa claramente el número 26; otro paquete que contenía cápsulas, casquillos y proyectiles de distintos calibres, los cuales habían hecho explosión por la acción del fuego; un par de espejuelos de armadura de carey con su forro de piel carmelita [...]; varias proclamas de tipo subversivo; una hoja de papel manuscrito con indicaciones y tipos de trabajo de carácter subversivo [...]; un retrato del líder azucarero Jesús Menéndez [...] Así mismo se ocupó un documento en el que aparecían nombres de personas comprometidas con el Movimiento 26 de Julio para realizar actos de sabotaje, terrorismo y atentados personales, como parte del plan trazado por elementos fidelistas, comunistas.<sup>77</sup>

Por supuesto, en la versión dada sobre los elementos encontrados en el lugar de los hechos incluyeron falsas pruebas como la relación de personas comprometidas con el Movimiento. En realidad Enrique Hart era rigurosamente celoso en el cumplimiento de las reglas de la lucha clandestina: ni escribía, ni llamaba por teléfono y no se limitaba a cumplir esa conducta, sino que exigía que actuaran así sus compañeros y subordinados.

<sup>77</sup> Testimonio del combatiente Félix Ponce Valdés. Archivo del autor.

# Murió Enrique Hart Dávalos en la Explosión de Matanzas

Ocupan cerca de mil cocteles "Molotov" en La Habana.- Frustra el Ejército ataques a una Planta en Bayamo y a la Presa de Charco Negro, en Santiago de Cuba, con cuatro bajas insurgentes. Partes Oficiales.

HABANA.—Interino el Estado Mayor del Ejército que en una casa de la calle Yara en el Distrito Centro en Matanzas, se produjo una fuerte explosión seguida de débilas y más débiles. Al amanecer ya fue en silencio y los heridos.—añade el Parte.—heridos encontrados desde el amanecer y más quemaduras. Se cadáveres de Carlos García Gil, Juan A. González

Bayamo; y Enrique Hart Dávalos, hijo del ex Magistrado de la Audiencia de La Habana, doctor Heil y hermano del doctor Armando Hart Dávalos que se halla preso en la cárcel de Baniato en San Yago de Cuba.

Dice el Parte que junto a los cadáveres de García Gil, González Bayamo y Hart Dávalos, fueron encontrados en (Para a la Pág. ÚLTIMA)

EL COMERCIO

## MURIO ENRIQUE HART DAVALOS

(Vista de la Pág. PRIMERA)

plis de todos tamaño apara  
tes al parecer para convertir  
sus bombas, alzarlas como  
"voladoras" cañón 40, rifles,  
plátanos y otros armis. Dice  
también el parte que se produ  
jo por la explosión, e libeñ  
Desde los cadáveres se supo  
que en dicha residencia se  
efectuaban reuniones ilícitas.  
También se dice que a causa  
de pugnas internas entre gru  
pos, resultaron muertos Hart-  
Gil y González.

También dice el Parte que

en el curso de las investiga  
ciones sobre la explosión, se  
reconoció que en la residencia  
se celebraban reuniones para  
preparar sabotajes y que en  
uno entre los revolucionarios  
se han desentendi pagano lo  
trono, alguien preparó un ar  
bitrario discurrir para que  
explorara el conocimiento su  
tura que resultaron muertos  
en la casa.

### DETENCIONES EN MATANZAS

La Policía de Matanzas, lo  
terroñ sobre la detención de  
varios individuos que se de  
daban a sustraer automóvil

los y otros vehículos que han  
go vendida por medio de una  
Sociedad Anónima denominada  
de Distribuidora e Importadora  
de Auto Mijares. Se nom  
bran los delincuentes: Carlos  
Hernández, verino de Cayo  
Jil; Manuel y Juan Vega  
Montañudo de Florida, Ca  
Magley; Omar Hernández  
González de Casaca; Ramón  
García Sepúlveda, Rafael  
Soto Sánchez de La Habana  
y Braulio Contreras de Ma  
rzoña.

A partir de aquel instante se desató una violenta represión contra todos aquellos que, según los cuerpos represivos, tenían posiciones antigubernamentales.

En opinión de Gladys Marel García-Pérez, debido a la represión desatada en Matanzas, el aparato revolucionario quedó seriamente afectado en sus estructuras de mando. El enemigo capturó o asesinó a algunos de los líderes clandestinos y en consecuencia la dirección nacional trasladó una parte del aparato clandestino de Matanzas a otras provincias.

En aquellos días tristes de abril de 1958, Armando Hart, aún en la cárcel de Boniato en Santiago de Cuba, escribió a su familia una carta transida de dolor y pasión revolucionaria, en la que describe la personalidad de su hermano:

Queridos Todos:

[...] Si con toda la experiencia acumulada en sociología e historia no logramos movilizar a cada cubano hacia la acción definitiva contra la tiranía, o si luego de su derrocamiento no podemos mantenerlos en movimiento hacia la emancipación de todas sus trabas, si tales cosas no podemos hacerlas, entonces no habremos vengado a Enrique. Si no adecuamos fórmulas de reformas políticas, sociales y económicas capaces de asegurar el movimiento continuo del cubano hacia la libertad, entonces no habremos vengado a Enrique [...]

[...] Cuando los hombres encuentran el modo de hacerse eficaces, se hacen incansables. Él lo encontró y halló así su glorioso e inmenso destino.

[...] Para mí todo se inunda de Enrique. El mundo se me presenta grave. Lo que ayer era deber con Cuba y mi conciencia, anhelo de mi temperamento y amor a una gloria que solo da el servicio a la causa humana, hoy es todo eso, pero algo más profundo también. Es deber para con él.

[...]

[...] Lo decente y lo moral es raíz fuerte y poderosa de lo revolucionario. Así fue él. Y la base de la moral está en la verdad. Era su pasión. En la correcta interpretación de la verdad y en el mecanismo funcional de la misma es donde el pensamiento surgido de esa raíz moral toma autonomía y carácter intelectual e independiente [...]

[...]

[...] Hoy, [...] no hablo del Enrique que me hace llorar, sino del que me hace indignar por las injusticias del destino.

[...]

Ninguno de nosotros, hay que decirlo con orgullo, hemos sido pseudo-vida. A los ejemplos recibidos de Mama y Papo; al sacrificio verdadero de Papo (porque su carrera era su sacerdocio), vino ahora el sacrificio mayor, el imposible de igualar de Enrique. Hemos confirmado una vez más en nuestras conciencias el postulado de honestidad y carácter, que desde que tenemos uso de razón estamos respirando en el ambiente familiar. Eso es lo que verdaderamente ha encolerizado a los cobardes y

mediocres que no conocen el valor de la virtud y la grandeza del carácter. ¡Los pobres!<sup>78</sup>

Sobre la muerte de Enrique, el Comandante en Jefe Fidel Castro escribió desde la Sierra Maestra, en carta a Faustino Pérez el 25 de abril de 1958:

[...] Duros sacrificios tenemos por delante. Nuevos y sensibles claros se harán en las filas de los mejores compañeros; golpes muy rudos nos esperan en cada valor y cada afecto que se lleve la muerte: Ciro Frías y Enrique Hart fueron los últimos en la heroica y larga lista. Pero así serán más grandes también los frutos que la patria reciba de una revolución abonada con tanta sangre generosa y más grande la gloria de los que se han sacrificado.<sup>79</sup>

Meses más tarde desde la Sierra Maestra, Faustino Pérez, con fecha 3 de octubre de 1958, en carta a Armando Hart, preso en el Presidio Modelo en Isla de Pinos, le expresa:

[...] No quedaba ilesa mi sensibilidad ante la caída de tantos esforzados combatientes promesas en crecimiento que se pierden para la obra de creación futura y realidades necesitadas de la lucha presente [...] en muy pocos días perdimos a Fontán, Elciros Pérez, Mingolo, Sergio, Marcelo, Pepe Prieto, Alemancito, Lucero y para colmar la copa, tu herma-

<sup>78</sup> Armando Hart Dávalos: *Aldabonazo...*, ed. cit., pp. 188-196

<sup>79</sup> Archivo personal de Faustino Pérez Hernández.

no, nuestro hermano Enrique, a quien como tú has dicho lo mató su dinamismo. Ese ser lleno de vitalidad inquieta y desbordante llevaba siempre tensa la cuerda de la acción. En su órbita no podía haber vida estática sin estar muerto, era como el “Agua Fuerte”; para probar el “oro puro” y desechar el falso. La Revolución sentirá siempre su ausencia, y nosotros junto al dolor de no tenerle, el acicate de su ejemplo y de su fibra [...]”<sup>80</sup>

<sup>80</sup> *Ibíd.*



# 07

---

## Ante el acicate de su ejemplo y de su fibra

Después de la muerte de Enrique, el Movimiento Revolucionario 26 de Julio en la provincia de Matanzas recibió duros embates. Algunos de sus dirigentes fueron asesinados o presos o trasladados a otras provincias.

A finales de agosto de 1958, el coordinador nacional del Movimiento 26 de Julio, Marcelo Fernández Font,<sup>81</sup> convocó a una reunión en un apartamento en la calle 70 entre 9 y 11 en el reparto La Sierra, entonces Marianao; participé junto a Francisco Chavarry, quien habitaba el inmueble. Marcelo nos planteó que el Movimiento necesitaba reestructurar la dirección provincial de Matanzas, por tal razón se decidió integrar a ella a un grupo de compañeros de otras provincias. Pidió nuestra incorporación y, por supuesto, aceptamos de inmediato.

Posteriormente se me informó que debía trasladarme a Estados Unidos con el objetivo de conseguir armas para fortalecer los grupos alzados en Matanzas. Ya

<sup>81</sup> Marcelo Fernández Font pasó a ser miembro del Ejecutivo Nacional por Circular de Organización # 8 del 27 de diciembre de 1958, mantenía la responsabilidad de coordinador nacional desde el Territorio Libre.

sabíamos la principal misión: apoyar el tránsito de la columna invasora.

Después de varias gestiones logré salir de Cuba el 1º de octubre de 1958 en el ferry que hacía la travesía entre La Habana y Cayo Hueso. Hube de enfrentar dificultades, porque yo me encontraba en libertad condicional y como no acudí a los juicios que fui citado, me habían declarado en “rebeldía”.

En el libro *La clandestinidad en Matanzas*, Manuel Yepe Menéndez brindó su testimonio sobre esta etapa de lucha clandestina.

Como coordinador provincial se designó a Francisco Chavarry Aduriz, Silvio, natural de Cienfuegos pero radicado en La Habana hacía varios años. Sobre mí recayó la responsabilidad del frente de Propaganda, así como la de vicecoordinador provincial, es decir, el sustituto de Chavarry en caso de ausencia suya. Verena Pino Machado, combatiente del Movimiento en Santa Clara, asumió la responsabilidad de las Finanzas y Felipe Quintana Ramos de Pinar del Río, recién salido de la cárcel, sería el jefe de Acción.

Formaba parte también de la dirección provincial Héctor Rodríguez Llompart, combatiente del MR-26-7 en la capital, a quien se le asignaron tareas de coordinación de envío de armas desde el exterior hasta tanto su estado de salud, quebrantado por las torturas que había sufrido en la prisión a manos de los sicarios del coronel Esteban Ventura Novo, le permitieran incorporarse a las tareas de dirección en la provincia.

Una vez constituida la dirección provincial y a partir de propuestas del nuevo coordinador, se incorporarían a ella el matancero Ibrahín Hernández Cruz, Cusito, en calidad de responsable de Abastecimiento, y Eugenio Cabrera, también de la provincia, quien se desempeñaba como dirigente de la Sección Obrera y del Frente Obrero Nacional en la región de Colón, ahora asumiría la responsabilidad de la Sección Obrera provincial.<sup>82</sup>

Posteriormente, se incorporaron los compañeros Joaquín Benavides como responsable Estudiantil y Onaney Muñiz, procedente de la provincia de La Habana, para el trabajo municipal.

Rememora Felipe Oscar Quintana, Frank, quien sustituyó a Enrique Hart como jefe de Acción:

En los últimos días de agosto o principios de septiembre de 1958, efectuamos la primera reunión de la nueva dirección en la provincia de Matanzas. El primer momento fue en la casa de Juana Quintana, Mamá Juana, en Varadero, y posteriormente nos trasladamos para otra casa a orillas del mar en la parte norte por la calle 27, aproximadamente. En esa reunión, además de los miembros de la dirección provincial, estuvieron: Orestes Simón Casas, Edén; Victoria Abreu García, Vivian; Teresa González Tejo, Teté; y Conrado del Puerto, entre otros compañeros.

<sup>82</sup> En *La clandestinidad en Matanzas*, de Félix Ponce Valdés, Unidad de Propaganda, Matanzas, 2003, p. 372.

Se establecieron los contactos para cada frente y el plan de trabajo. Cada compañero comenzó a operar independientemente.<sup>83</sup>

## Destacamento Enrique Hart Dávalos

Tan pronto arribó la nueva dirección, el jefe de Acción, Felipe Oscar Quintana, Frank, se dedicó a visitar y organizar los grupos de alzados de la provincia. En relación con ellos, testimonió:

La organización elemental de esos destacamentos y otros grupos se consolidó rápido por el potencial humano y la existencia de muchos compañeros clandestinos o dispersos, por lo que antes de tres meses ya operaban tres guerrillas en la provincia y una conjunta con La Habana; se habían armado fundamentalmente recuperando escopetas, fusiles, revólveres y otras armas por distintos medios.<sup>84</sup>

El 22 de octubre de 1958, en carta suscrita por el Comandante en Jefe y el comandante Delio Gómez Ochoa, dirigida al compañero Víctor Paneque, responsable del Movimiento en las provincias occidentales, le informaban:

Le estamos escribiendo al delegado de Suministros Bélicos en el exilio, para que organice los envíos de

<sup>83</sup> Felipe Oscar Quintana: "Apuntes preliminares para la historia del Movimiento 26 de Julio en Matanzas", (folleto), 2008, p. 2. Archivo del autor.

<sup>84</sup> *Ibidem*.

armas y parque a los distintos frentes que se abrirán en esas provincias occidentales.<sup>85</sup>

## **Felipe Oscar Quintana Ramos**

A mediados de noviembre de 1958 llegó a la provincia Juan Ramón López Fleites, enviado por el comandante Víctor Paneque, Diego, responsable del Movimiento Revolucionario 26-7 en las provincias occidentales con el objetivo de entrenar y organizar a los distintos destacamentos, lo cual era factible por la experiencia que había acumulado el compañero durante la clandestinidad y en el Primer y Segundo Frentes. La tarea más importante de esta guerrilla consistía en garantizar el paso por la provincia de la columna invasora No. 2, dirigida por el comandante Camilo Cienfuegos, en su marcha hacia Pinar del Río.

Juan Ramón debía estar un mes aproximadamente en cada destacamento, lo foguearía y entrenaría, esa era la estrategia acordada con anterioridad. Comenzaría por el valle de Guamacaro y después pasaría sucesivamente a los demás. Asumió el mando del Destacamento Enrique Hart de la zona de Guamacaro el 23 de noviembre de 1958 y de inmediato inició su misión.

Las Milicias Urbanas habían alcanzado cierta organización y desarrollaban distintas actividades.

<sup>85</sup> Manuel Graña Eiriz: libro en ejecución. Fotocopia de la carta original en su archivo personal.

En la ciudad de Matanzas, se nombró jefe a Henry Valentín, un combatiente de Santiago de Cuba que estaba clandestino en la ciudad.

En Cárdenas actuaban Ledys Capote y otros clandestinos que alternaban la guerrilla con acciones urbanas.

En Jovellanos participaban los hermanos Fragueta, Los Ganoso y otros compañeros.

En Agramonte, Mario Pérez Oliva alternaba acciones urbanas y rurales.

En Manguito, Rogelio Sánchez mantenía la actividad.

En Martí, Joseíto Molina combinaba la jefatura de acción con los contactos guerrilleros.

En Pedro Betancourt, Omar Trujillo mantenía las actividades.

En el sur de la provincia, los contactos se hacían fundamentalmente por Cusito, que se movía en un pequeño panel distribuyendo cigarros y transportando medios para la lucha.<sup>86</sup>

Los últimos empeños de Enrique se vieron coronados por el éxito al organizarse en la provincia de Matanzas el destacamento que llevó con orgullo su nombre y dirigió Oscar Gutiérrez Barceló.

Por la Orden 47 del jefe del Segundo Frente Oriental Frank País, comandante Raúl Castro Ruz, se creó el 15 de octubre de 1958 la Columna No. 16 Enrique Hart Dávalos,

<sup>86</sup> Felipe Oscar Quintana Ramos: Folleto citado, pp. 6-7.

al mando del comandante Carlos Julio Iglesias Fonseca, Nicaragua.

En el Reclusorio Nacional para Hombres de Isla de Pinos se fundó la Academia Ideológica Enrique Hart Dávalos, con ella quedó separada la formación política de los presos del Movimiento, de la Academia Abel Santamaría, la cual se dedicaría desde ese momento, solo al aspecto docente, incluida la alfabetización de cualquier preso político, de cualquier organización, que no supiera leer ni escribir.

El 24 de diciembre de 1958, desde la prisión en Isla de Pinos, Armando Hart escribió a su amigo y compañero Faustino Pérez sobre sus sentimientos más íntimos: "... de mi familia ya sabrás que toda ella está fuera de circulación. La revolución la ha arrastrado en la vorágine que no porque sea justo y correcto desde un punto de vista histórico, deja de ser cruel y de causarme daño desde un punto de vista personal".<sup>87</sup>

Razones le sobraban para permitirse expresar dichos sentimientos: se encontraba preso desde hacía un año; Enrique había muerto; Haydée designada por la dirección nacional, trabajaba en Estados Unidos; su padre separado de la magistratura, vejado y perseguido al igual que su madre, exiliados en Miami junto con su hermano menor Jorge; su hermana Marina y su esposo Rafael Dujarrís Puyés en Puerto Rico y su hermana Martha y el esposo Fermín Portilla integraban la Columna No. 10 en la Sierra Maestra. Martha llegaría a ser ascendida en las FAR al grado de coronel, el 15 de septiembre de 1985.

El 25 de diciembre fue detenida Verena Pino Machado, integrante de la dirección provincial y financiera del

<sup>87</sup> Armando Hart Dávalos: *Aldabonazo...*, ed. cit., pp. 186-187.

Movimiento. Posteriormente fue enviada al Regimiento Plácido y por decisión de su jefe, el brigadier Carlos Cantillo González, hermano del general Eulogio Cantillo,<sup>88</sup> trasladada al Buró de Investigaciones en La Habana a disposición de su jefe el coronel Orlando Piedra Negueruela, acá fue vejada y torturada. Por suerte, pocos días después triunfó la Revolución y pudo ver la luz de la libertad.

### **Manuel Yepe, Diego o Roque**

A mediados de noviembre de 1958, se me encargó la tarea de viajar a Miami, para coordinar la transportación hacia Cuba y hasta la provincia de varios cargamentos de armas. Para esta misión llevé conmigo tres mil dólares recaudados mediante la venta de bonos del Movimiento en Matanzas. Allá se los entregué al compañero Héctor Rodríguez Llompart.

A Miami viajé con mi esposa, la combatiente Magaly Oliveros, Liana, se encontraba también mi hermano Roberto Yepe [...]

Como resultado de todos estos esfuerzos y de la seriedad y eficiencia de la dirección del Movimiento 26 de Julio en el exilio representada por Haydée y Llanusa, logramos introducir en la provincia en dos automóviles un importante cargamento de armas.

Esos dos vehículos que ocultaban en las carrocerías las armas, fueron preparados por Fernando Hernández y Juan Martín Oropesa, esposo de Aida

<sup>88</sup> El general Eulogio Cantillo González asumió la jefatura del Ejército al huir Batista a República Dominicana el 1º de enero de 1959.

Santamaría, que habían hecho de estos trabajos una especialidad.

[...]

A finales de diciembre de 1958 se integraron a la dirección provincial los compañeros Héctor Rodríguez Llompart y Roberto Yepe. Ellos habían dejado preparadas las condiciones para el envío de un cargamento mayor que el anterior —no menos de un centenar de fusiles— que debía salir a principios de 1959 en dos camiones tipo panel, lo que no se llegó a materializar dado el triunfo de la Revolución.<sup>89</sup>

El arsenal que se le entregó al Destacamento Enrique Hart, según testimonio de Ibrahín Hernández Cruz, Cusito, jefe de Abastecimiento en la provincia de Matanzas, lo componían fundamentalmente fusiles M-1, pistolas 45, cargadores, balas y una determinada cantidad de gelatina explosiva.

### **Fernando Hernández Valdés**

Recuerdo que a finales del año 1958, Haydée Santamaría me encomendó la preparación de dos envíos de armas a Cuba a través de un sistema de automóviles, esta vez fueron dos: un Cadillac y un Pontiac, se enviaron por el ferry Cayo Hueso-La Habana. Los dos carros reforzarían un frente que existía en Matanzas.

<sup>89</sup> En *La clandestinidad en Matanzas*, ed. cit., pp. 377-379. Testimonio de Manuel Yepe.

En el Pontiac recuerdo que viajaron cuatro fusiles, un número indeterminado de pistolas y cargadores y cajas de balas.

En el Cadillac, que era del año 59, de dos puertas, por lo menos vinieron nueve M-1, dos tubos de gelatina explosiva, pistolas 45 (armas pequeñas), parque, piezas de repuesto y cargadores.

Estas armas se enviaban para el frente de Matanzas. Así lo habían conversado el compañero Rodríguez Llompart y Haydée, por decisión de la dirección del Movimiento.

Posterior a esta misión me encargaron el envío de cien fusiles que había adquirido Héctor Rodríguez Llompart. Fueron colocados en dos camiones tipo panel, con su parque correspondiente estuvieron preparados a finales de 1958, pero no se lograron embarcar.<sup>90</sup>

Con el dinero recibido realmente se adquirieron 75 fusiles, 15 pistolas calibre 45, 450 libras de gelanite (gelatina explosiva) y por otras vías, se consiguieron parque de proyectiles calibre 30,06, calibre 45 para las pistolas y proyectiles para fusiles M-1. Todo el arsenal fue entregado a la dirección del Movimiento 26 de Julio en el exilio antes de mi regreso a Cuba con Roberto Yepe, para reintegrarnos a la dirección provincial del M-26-7. Roberto había llegado días antes para ayudarnos en la coordinación de los últimos envíos.

<sup>90</sup> Testimonio inédito de Fernando Hernández Valdés, 10 de noviembre de 1981. Archivo del autor.

Por instrucciones de la compañera Haydée Santamaría se incrementó el armamento destinado a Matanzas, ejemplo de ello fueron los dos paneles, pues para dicho envío la dirección del MR-26-7 en el exterior, adquirió los dos vehículos y consignó veinticinco fusiles adicionales y diez mil tiros 30,06.

El Pontiac había sido entregado a Haydée por la familia Del Valle, este automóvil fue requisado por la dictadura en una operación en la que pudo escapar Felipe Quintana, quien lo utilizaba. El Cadillac fue conseguido por Haydée en préstamo de su propietario Guillermo Salazar, a quien se le devolvió después del triunfo de la Revolución.

Todo este armamento estaba destinado a la columna en formación Enrique Hart que, junto a la Columna Ángel Ameijeiras, que operaba en las cercanías de Madruga al mando del capitán José Garcerán de Valls, constituiría el Frente Habana-Matanzas. Ya esta columna había recibido, por órdenes de Haydée Santamaría, dos cargamentos de armas: uno entró por Varadero y el otro por Puerto Escondido. Cuando Pepe Garcerán cayó en el intento de volar el puente de San Agustín, en Ceiba Mocha, fue sustituido por el capitán Víctor Sorí.

### **Felipe Oscar Quintana Ramos**

Con el grado de organización alcanzado, recibí la orden de entrevistarme con el comandante Camilo Cienfuegos, que ya se encontraba con su columna invasora en la zona de Yaguajay; debía informarle la situación en el territorio con el fin de que lo tuviera en cuenta en su paso hacia occidente. Con esos fines

y en compañía de Francisco Chavarry y Bertica Pino Machado, nos trasladamos a Santa Clara y Fomento.

[...]

La reunión con Camilo, después de la presentación e intercambio con otros invasores, se efectuó en su campamento del monte El Alicante, sentados en dos hamacas. Con la presencia de Víctor Paneque y Sergio del Valle, procedí a informar los pormenores de la provincia de Matanzas, la ubicación, magnitud y armamento de los guerrilleros.<sup>91</sup>

### **Manuel Yepe, Diego o Roque**

En la mañana del 1º de enero llegaron el coordinador Francisco Chavarry, Silvio; Héctor Rodríguez Llompart y Roberto Yepe.

Silvio había regresado el 31 de diciembre a La Habana de la reunión en la Sierra Maestra. Llompart y Roberto Yepe habían llegado el 30 de diciembre procedentes de Cayo Hueso en Aerovías Q.<sup>92</sup> Todos se habían reunido en La Habana [en el edificio FOCSA], en horas de la madrugada con el comandante Víctor Paneque, en su condición de jefe de Acción del Movimiento en occidente.

Frank y yo informamos a Silvio de la situación en la provincia y él nos transmitió las instrucciones de

<sup>91</sup> Felipe Oscar Quintana Ramos: Folleto citado, pp. 7 -8.

<sup>92</sup> Línea aérea que volaba entre Cayo Hueso y La Habana; los aterrizajes se hacían en un aeropuerto contiguo al Campamento Militar de Columbia.

la dirección nacional, cuya síntesis era la estrategia de “Todo el poder para el 26 y Urrutia presidente”.<sup>93</sup>

Alrededor de las diez de la mañana del día 1º de enero de 1959, acompañados por Martín Villaverde, obispo de la provincia, entraron al Regimiento Plácido, Francisco Chavarry, Manuel Yepe, Pedrito Ferreiro y Felipe O. Quintana, para sostener una entrevista con el brigadier Carlos Cantillo, jefe del regimiento, y el resto de la oficialidad, incluyendo al jefe de la Policía Juan Salas Cañizares.

Al término de ese día, las fuerzas insurgentes habían tomado los cuarteles de San Miguel de los Baños, Coliseo, Cárdenas, Varadero, Martí, San Pedro de Mayabón, Los Arabos, Colón, Perico, Jovellanos, San José de los Ramos, Ceiba Mocha, Manguito, Pedro Betancourt, Calimete, Agramonte y la ciudad de Matanzas, incluyendo el Ayuntamiento y Gobierno Provincial, la jefatura de la Policía y la cárcel provincial, por las milicias y la dirección del MR-26-7. Solamente presentaban resistencia los masferreristas y otros soldados y policías que habían cometido crímenes. En el regimiento se mantenían concentradas las fuerzas batistianas.

Los medios de comunicación en la capital provincial y en los municipios estaban en manos de los combatientes del Movimiento 26 de Julio.

Al mediodía del día 2 de enero, hizo presencia en el Regimiento No. 4 Plácido, el comandante Camilo Cienfuegos Gorriarán, lo acompañaban los capitanes William Gálvez Rodríguez y Víctor Bordón Machado, entre otros columnistas.

<sup>93</sup> En *La Clandestinidad en Matanzas*, ed. cit., p. 383.

En ese momento algunos miembros de la dirección del Movimiento tratábamos con el brigadier Carlos Cantillo y el coronel Tomás Cabañas Batista, este último enviado por el coronel Ramón Barquín desde La Habana, para la entrega del regimiento.

Inolvidable será la entrada a aquella habitación de Camilo Cienfuegos con su sombrero alón y la ametralladora Thompson empuñada sobre su hombro derecho. Los oficiales del Ejército en posición de atención saludaron militarmente. En medio de la tensión y el silencio reinantes, con voz firme y clara, dijo: “Soy el comandante Camilo Cienfuegos, exijo la rendición incondicional del regimiento, deben formar a la tropa en el polígono y entregar todas sus armas. Los oficiales no acusados de crímenes pueden mantener sus armas cortas”.

Aquellas palabras y la imagen del héroe se han hecho imborrables en mi memoria. Ha sido el momento más emocionante de mi vida: la Revolución por la que luchamos y por la que muchos compañeros, incluido Enrique perdieron sus vidas, había triunfado.

Al atardecer Camilo entraría en el Campamento Militar de Columbia y el 8 de enero, el Comandante en Jefe Fidel Castro, desde esa ciudad militar en la capital habanera se dirigió al pueblo de Cuba.

Se transformaba en realidad el apasionado propósito que Pepe Díaz le oyó a Enrique en marzo de 1957 mientras transitaba por frente al Campamento Militar de Columbia:

¡Que ironía...!, ¡las instalaciones, los soldados, los recursos militares que debieran defender la patria, convertidos en el sostén de la tiranía! Mira cuántas armas emplazadas contra el pueblo.

No me traigas más por aquí, no resisto esta sensación de impotencia de saber cómo podrá hacerse. La insurrección debe perdurar todo el tiempo que sea necesario, hasta organizar un ejército revolucionario capaz de sustituir esa imagen.<sup>94</sup>

El 2 de enero de 1959, junto a Camilo, también entró Enrique, triunfante, en la instalación militar; se hacían realidad las razones por las cuales ofrendó su vida. No demoró el día en que su hermano Armando, como ministro de Educación del Gobierno Revolucionario, recibiera aquel centro de poderío militar de la dictadura convertido en Ciudad Escolar Libertad.

Tampoco demoró el día en que el Consejo de Estado de la República de Cuba estableciera como Día del Trabajador de la Administración Pública, el 4 de julio, fecha en que nació este mártir inolvidable de la Patria, y que, a propuesta del sindicato de esta institución, se otorgue la Distinción Enrique Hart Dávalos a aquellos trabajadores que merecen tal honra.

<sup>94</sup> Testimonio de José Díaz Rodríguez. Archivo del autor.



---

## Anexos



Notas de prensa del 28 de febrero de 1957

### Denuncian Arresto De Enrique A. Hart

Visitó la redacción de EL MUNDO, la esposa del señor Enrique Armando Hart, señora Mercedes Gómez Vilar, para informar que agentes del Servicio de Inteligencia Militar se presentaron en su domicilio y arrestaron a su cónyuge.

Agregó la referida señora que Hart se encuentra incomunicado y que pese a los esfuerzos realizados no ha logrado que las autoridades militares hayan permitido ser al detenido.



## Acusa el SIM a 17 detenidos de formar el grupo de los que colocaban petardos en La Habana

También afirman que tenían planes para realizar atentados contra varias personas y autoridades. Aparece en las actuaciones la declaración de un testigo que dice que ese grupo fue el que colocó la bomba en el charet "Tropicana"

11 DE FEBRERO DE 1960



### DETENIDOS

Grupo de detenidos en las Oficinas del Servicio de Inteligencia Militar, acusados de ser los integrantes del grupo que fabricaba y colocaba petardos y bombas en La Habana.

### INFORME

del SIM a Vigencia sobre los actos de terrorismo en La Habana

Este informe de un grupo de...  
...del SIM a Vigencia...



13 junio/59

Querido Delio:

El fundador, el Ramon Lopez, creo que ya en ese momento tenia  
alguna experiencia en la labor social, que dirige el comandante Castro, pero  
definitivamente no se encuentra bien de salud y habiéndose manipulado  
sua decora de biologa en el extranjero, donde podria ser mas útil, a  
los que accedieron a trabajar teniendo en cuenta una organizacion y  
conocimiento del lugar. Deseo que en esta segunda etapa  
tenga el fundador bien, sin embargo creo que puede ser útil.

Desde luego es el mejor que puede que puede encontrarse en este, en  
base de lo que hemos perdido hasta por ahí en otro tipo de cosas.

Si perdiera, incluso, algunas letras conteniendo algo de la labor social,  
¿seria desafortunado, o sea, perderia algo? + Como antes el 1958  
como material de trabajo equivalente a todo lo que se hizo por allí. ¿Cada  
vez se van haciendo relaciones importantes a la segunda o tercera semana  
antes del comienzo, de la primera, cosa en verdad, que me hace pensar que  
a con esto podemos hacer lo mismo.

Quiero antes de todo, como sea, tener a este nivel de trabajo  
to una parte más efectiva para que la haya el punto de trabajo  
de la vida como presentación del mismo.

Quiero, en unión de los demás compañeros, un punto de trabajo  
de la vida humana del punto de trabajo.

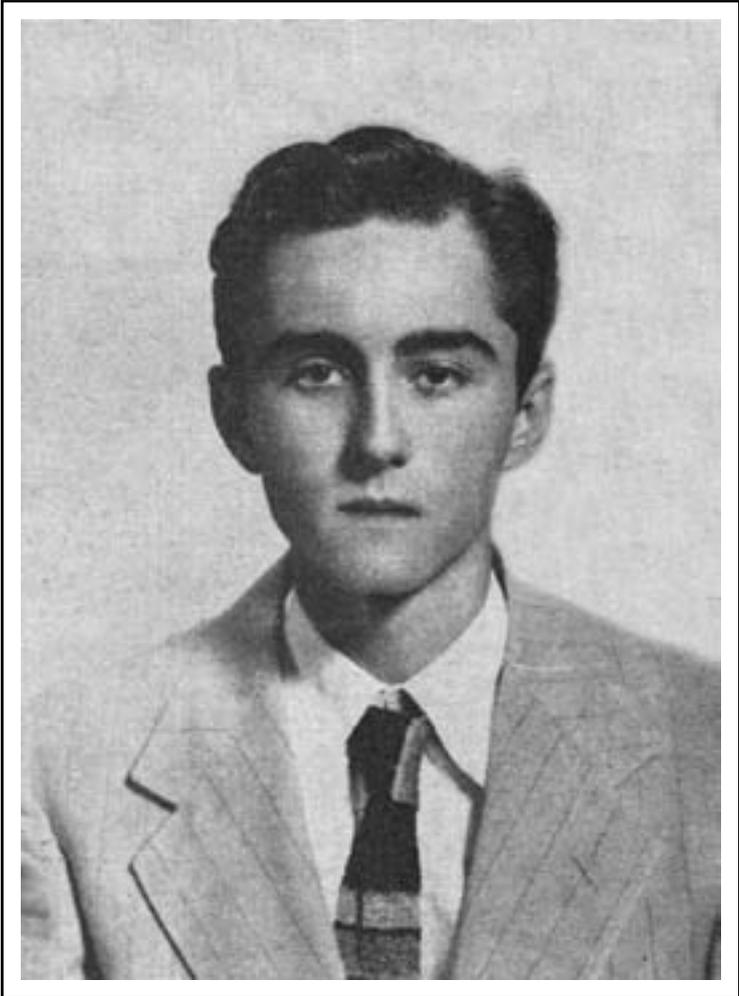
Ramón López

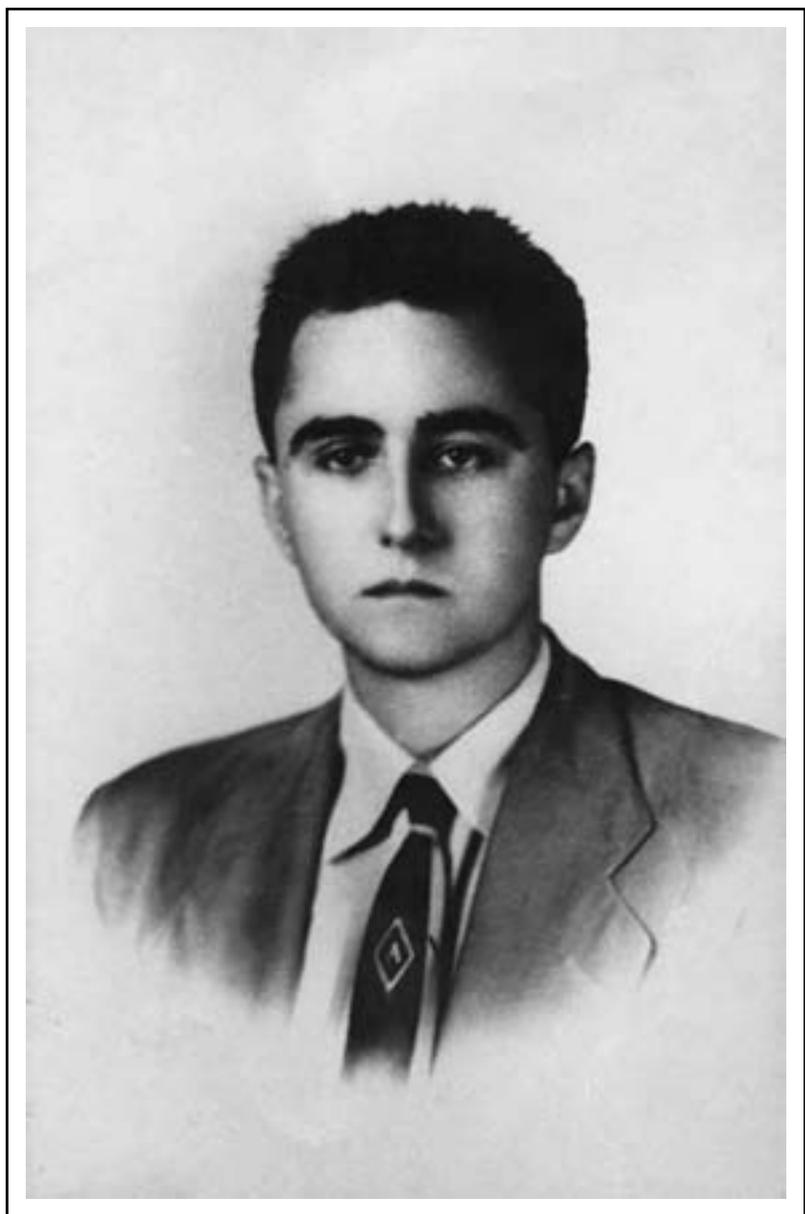
Carta del Cmdte. Raúl Castro, jefe del Segundo Frente Frank País, a Delio Gómez Ochoa, delegado nacional de Acción, a través de la cual presenta a Ramón López Fleites, posteriormente designado con el grado de capitán en la provincia de Matanzas. En los primeros días de 1959 perdió la vida en un accidente automovilístico.



.....

# Testimonio gráfico







Familia formada en los valores de la virtud, ética y pasión, entre otros valiosos postulados que hacen de sus hijos, hombres de bien. Sentados, de izquierda a derecha, Martha, Enrique Hart Ramírez, Jorge, Marina Dávalos Torices y Marina; detrás, Alberto, Gustavo, Armando y Enrique.





Feliz, contrae sus nupcias con Mercedes Gómez Vilá, el 2 de febrero de 1956. Fruto de esta unión son sus hijos: Enrique y Carlos Manuel.



Con su primogénito Enrique.



Detenidos (octubre de 1954) por la ocupación de explosivos y propaganda revolucionaria en el laboratorio donde trabajaba Faustino Pérez Hernández —Salud No. 222 esquina a Lealtad—. Arriba, los hermanos Alonso y Mario Hidalgo Barrios, Faustino y Armando Hart; debajo, Eloy Abay, Enrique y José Prieto Rodríguez.



Audiencia de La Habana, durante el juicio por lo acontecido en Salud No. 222. A la derecha Enrique.



Efusivo abrazo de Faustino Pérez Hernández, a su padre, José Pérez Leal, tras su liberación como resultado de la amnistía, 9 de mayo de 1955. Felices también, entre otros compañeros, los hermanos Hart: a la izquierda Armando, su abogado defensor, y detrás, a la derecha, Enrique.



Momento en que abandona la Sala de Justicia del Tribunal de Urgencia de la capital, después de haber negado su participación en la huelga del sector bancario en septiembre de 1955.



Custodiado, abandona el Tribunal de Urgencia, después de uno de los tantos juicios a que fue sometido por acciones revolucionarias.



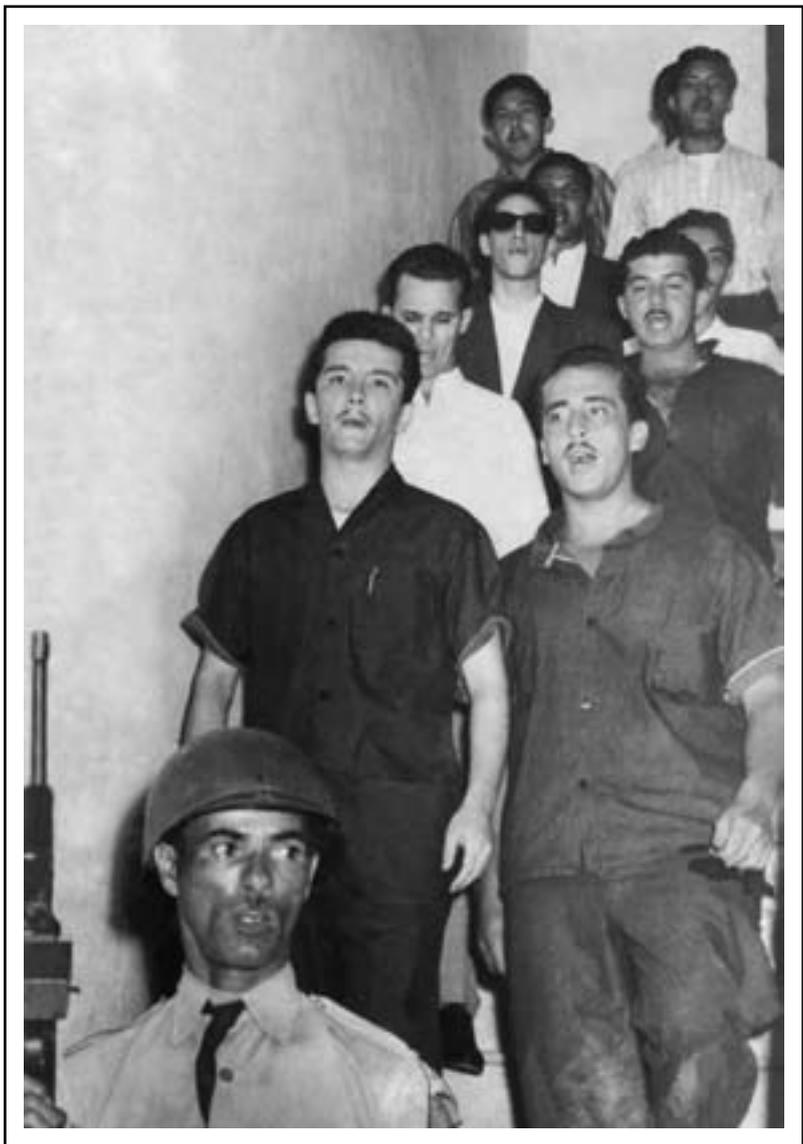
En la cervecería Modelo del Cotorro, donde el 2 de diciembre de 1956 sus trabajadores paralizaron por varias horas sus labores, incitados por José Díaz Rodríguez (a la izquierda), posteriormente, compañero inseparable de Enrique, quien ante la idea del sabotaje, expresó: “La cervecería es una caja de resonancia, lo que allí suceda tendrá como divulgación la gran propaganda de Hatuey”. A su lado, Arnol Rodríguez Camps, destacado combatiente que luego de la reunión en Alto de Mompíé asumió el frente nacional de Propaganda del MR-26-7.



Detenidos en el apartamento de Quinta y A, en el Vedado —una de las casas de seguridad del Movimiento—, por la ocupación de artefactos explosivos.



Grupo de revolucionarios detenidos por la incautación de dinamita en la fábrica de cemento del Mariel el 23 de julio de 1957 y las armas en la finca de Calabazar, en días posteriores. Arriba y al centro, Enrique. A la izquierda, las armas y carga explosiva ocupadas.



Acusados de fabricar bombas, abandonan el local de la Audiencia de La Habana (Tribunal de Urgencia) entonando las notas del himno nacional. Armando Hart, el primero a la izquierda; detrás, Faustino Pérez Hernández.



En el Buró de Investigaciones para ser fichados, Marcelo Fernández Font, Pedro Celestino Aguilera, Argelio Hernández, Carlos Bermúdez, Federico Fernández de la Cueva, Ramón Sánchez-Parodis Montoto y el autor. Debajo, en la 5ª Estación de Policía, el grupo que había sido detenido en la casa de Faustino Pérez Hernández, jefe del Movimiento en La Habana. A la derecha el asesino Esteban Ventura Novo, jefe de dicha estación. Octubre de 1957.





Entre el grupo acusado de colocar petardos en La Habana, luego de los sucesos de Quinta y A, Enrique, con las manos al frente y mirada desafiante. En el extremo izquierdo, el connotado asesino, segundo jefe del Servicio de Inteligencia Militar, Irenaldo García Báez. Foto tomada los primeros días de marzo.



Satisfechos, el Dr. Alfredo Yabur Maluf y Faustino Pérez Hernández saludan al combatiente Humberto Torres, Fonseca, en la Audiencia de La Habana.



Enrique (subiendo al ómnibus), Faustino, Armando y Mario Hidalgo Barrios cuando son conducidos de la Audiencia de La Habana al Castillo del Príncipe.



Por entre el ramaje, la bejuquera y los escollos de la zarza, Enrique, Martín Díaz y Félix Ponce, declarados campistas, estudian la posibilidad de ubicar un foco guerrillero en las proximidades de la finca La Julia. Miguel Pérez —aunque no aparece en la foto— formó parte del grupo.



Acompañados de las hermanas Edenia y Adelina Valdés, y una cámara fotográfica, con la que Enrique tomó esta foto, evitaban cualquier sospecha.



Convencido por los presentes, también posó sobre el caballo del campesino Pacheco Pérez, el padre de Miguel. En ese momento se le escuchó decir: "Tal vez sean las últimas fotos que me tire". 19 de abril de 1958.



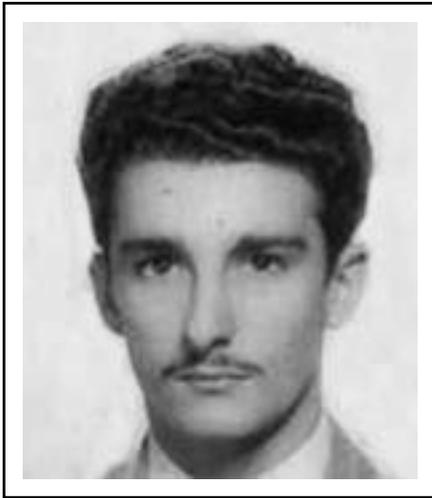
Verena Pino Machado, responsable de Finanzas del Movimiento Revolucionario 26 de Julio, en Matanzas, y Victoria Abreu García, distinguida combatiente.



A consecuencia de la explosión de la dinamita concentrada en Villa Gloria, yacen los restos de Enrique y sus compañeros Juan Alberto Morales Bayona, Kent, y Carlos García Gil, Yayo. 21 de abril de 1958.



Ante los Tribunales de Justicia de Matanzas, Caridad Díaz Suárez, acusada de ostentar la jefatura del Movimiento 26 de Julio en la provincia. Detenida el 29 de junio de 1958, trasladada a la cárcel de mujeres de Guanajay y rescatada el 22 de diciembre por un comando armado del Movimiento, dirigido por Luis Martínez Bello y Manuel Suzarte. En la foto aparecen, además, su mamá, María Luisa Suárez Bermúdez; Rvdo. padre Lorenzo, de la iglesia de Pueblo Nuevo; y el capitán jefe del Escuadrón 41, Castillo Fornaris.



Felipe Oscar Quintana, Frank, jefe de Acción del Movimiento quien, a partir de la llegada de la nueva dirección provincial, se dedicó fundamentalmente a visitar y organizar los grupos de alzados.



Con gorra, el capitán Juan Ramón López Fleites, encargado desde el mes de noviembre de entrenar y organizar los distintos destacamentos de la provincia dada su experiencia combativa en los Frentes Primero y Segundo; a su lado, Oscar Gutiérrez Barceló, el Zorro, jefe del Destacamento Enrique Hart Dávalos. Las compañeras actuaban como correos.



Combatientes del Destacamento Enrique Hart Dávalos estudian la zona sobre la que deben operar. Con brazalete del 26, Oscar Gutiérrez Barceló; de pie, señalando un punto en el mapa, López Fleites.



Con el capitán Juan López y Verena Pino Machado, responsable de Finanzas, los esposos Manuel Yepe, vicecoordinador, y Magalys Oliveros.



Entre combatientes del Destacamento Enrique Hart Dávalos, capitán López Fleites con camisa blanca.



Grupo guerrillero René Fraga del Destacamento Enrique Hart Dávalos, al norte de Matanzas, donde operaba la agrupación.



Destacamento que operaba al sur de Matanzas. Sostienen la bandera del Movimiento, al centro, Raúl Trujillo, Chichi, jefe del grupo, y Leonor Arestuche Anieva, Sobrina. En el extremo izquierdo con fusil, Joseíto Díaz (mártir).



Capitán José Garcerán de Valls, jefe de la Columna Ángel Ameijeiras, que operaba en la zona limítrofe de La Habana con Matanzas. Murió mientras intentaba volar el puente de San Agustín, en Ceiba Mocha.



Capitán Juan Ramón López Fleites y Oscar Gutiérrez Barceló saludan al pueblo de Matanzas en señal de victoria.



Enero de 1959. Con chaqueta blanca Francisco Chavarry Aduriz, Silvio, coordinador del Movimiento en Matanzas. Al fondo, sin gorra, el comandante William Gálvez Rodríguez, a quien Camilo Cienfuegos designó jefe del Regimiento Plácido, en Matanzas.



Primero de Enero. Parque de la Libertad en Matanzas. Entre el grupo de combatientes respirando aires de triunfo, con saco blanco y espejuelos, el autor.



Junto al pueblo, disfruta la victoria alcanzada, hacía ya dos años, Gladys Marel García-Pérez, quien fuera coordinadora del Movimiento Revolucionario 26 de Julio en Cárdenas.

---

## Bibliografía

- CARRERAS VARONA ELOÍSA Y ARMANDO HART DÁVALOS: *Por Esto*, Casa Editora Abril, La Habana, 2013.
- CASTRO PORTA, CARMEN: *La lección del Maestro*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2010.
- COLECTIVO DE AUTORES: *Semillas de fuego*, tomos 1 y 2, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.
- DÍAZ RODRÍGUEZ, JOSÉ: “Testimonio sobre la Causa 217 de 1957”, Inédito.
- GARCÍA- PÉREZ, GLADYS MAREL: *Crónicas guerrilleras de occidente*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005.
- \_\_\_\_\_ : *Insurrección y Revolución (1952-1959)*, Ediciones Unión, La Habana, 2006.
- GRAÑA EIRIZ, MANUEL: *Clandestinos en prisión*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008.
- HART DÁVALOS, ARMANDO: *Aldabonazo. En la clandestinidad revolucionaria cubana 1952-1958*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 2006.
- \_\_\_\_\_ : *Perfiles*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 2002.

HART DÁVALOS, ARMANDO y ELOÍSA CARRERAS VARONA: *Crónicas. Por esto II*, Casa Editora Abril, La Habana, 2014.

OLTUSKI OSACKI, ENRIQUE; HÉCTOR RODRÍGUEZ LLOMPART Y EDUARDO TORRES-CUEVA: *Memorias de la Revolución*, tomo 1, Imagen Contemporánea, La Habana, 2008.

PONCE VALDÉS, FÉLIX: *La clandestinidad en Matanzas. Selección de testimonios*, Imprenta de la Unidad de Propaganda, Matanzas, 2003.

\_\_\_\_\_ : "Testimonio histórico. Presencia insurrecta de Enrique Hart en Matanzas", Impreso en mimeógrafo, s/e, Matanzas, 1989.

PORTILLA HART, DANIEL: "Enrique Hart Dávalos. Biografía", folleto mimeografiado, La Habana, s/a.

QUINTANA RAMOS, FELIPE OSCAR: "Apuntes preliminares para la historia del Movimiento Revolucionario 26 de Julio en Matanzas", folleto mimeografiado, Matanzas, 2008.

SARMIENTO CARRERAS, RAÚL Y CARIDAD DÍAZ SUÁREZ: "Enrique Hart Dávalos. Uno de los más humanos ejemplos que tiene nuestra juventud", folleto mimeografiado, s/e, Santa Clara, 1980.

---

# Índice

<i>Prólogo</i>	9
<i>Nota introductoria</i>	13
La verdad era su pasión	17
Movimiento Nacional Revolucionario	25
Faustino Pérez Hernández	28
Huelga general bancaria	29
Incorporación al M-26-7	34
Arribo de ochenta y dos expedicionarios	37
Vitalidad inquieta y desbordante	45
Apartamento de Quinta y A, “la trampita”	46
Fuentes de recursos	48
Conocido por el Curita	50
Colaboradores “ilógicos”	53
Un burgués desconfiado	54
Campamento Militar de Columbia	55
Las armas del reparto Mulgoba	55
La profecía	59
En su órbita... nada estático ni muerto	71
Reacción ante el revés	71
Incidente esperanzador	72

La joyería de Neptuno	74
En el Castillo del Príncipe	81
Coordinador Habana-Campo	84
Huelga de hambre	88
Faustino Pérez Hernández	97
Sabía de la utilidad del sacrificio	99
Jefe de Acción y Sabotaje en Matanzas	101
Importancia de la huelga general revolucionaria	116
Siempre tensas las cuerdas de la acción	125
Llamada a la huelga	126
La huelga en la ciudad de Matanzas	128
Reunión en el Alto de Mompié	143
La tierra, abonada por sangre noble, se alza	153
Villa Gloria, la casa de La Cumbre	156
Tragedia en Villa Gloria	167
Identificación del cadáver	174
Ante el acicate de su ejemplo y de su fibra	185
Destacamento Enrique Hart Dávalos	188
<i>Anexos</i>	201
<i>Testimonio gráfico</i>	207
<i>Bibliografía</i>	235



*... que esta Oficina de Asuntos Históricos  
sea siempre un monumento vivo  
a la obra fecunda y la imperecedera  
memoria de Celia.*

*Sidibart*

**Estimado lector:**

La Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado fue creada por Celia Sánchez Manduley el 4 de mayo de 1964, como culminación institucional a la labor que inició durante la Guerra de Liberación Nacional para el rescate y conservación del patrimonio documental de la Revolución Cubana.

Nuestro archivo atesora gran cantidad de originales: fotos, documentos, grabaciones, objetos —fundamentalmente del período 1952-1959—, los manuscritos de José Martí, su iconografía y la más numerosa colección de las ediciones príncipes de su obra. Asimismo conserva un extenso volumen de prensa clandestina y de diversas publicaciones de la etapa citada.

La institución desarrolla investigaciones científicas sobre la lucha revolucionaria. Además, brinda servicios especializados de biblioteca y hemeroteca, consulta en diferentes soportes, referencias, asesoramiento sobre temas históricos, información a distancia, venta de libros, así como visitas para apreciar las pinturas murales del artista danés Asger Jorn.

A nombre del sello editorial **Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado** publica libros y folletos sobre la lucha revolucionaria con una amplísima producción del pensamiento político del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, y títulos a partir de investigaciones propias y de otros autores. Cuenta, igualmente, con la emisión electrónica mensual del *Boletín Revolución* y la revista impresa *Cinco Palmas*, de frecuencia anual.

Nuestro colectivo acoge con interés sus criterios y sugerencias, y agradece las donaciones de documentos y objetos relacionadas con el fondo patrimonial que conservamos.

La Editorial

## Últimas publicaciones

- *Reflexiones. Fidel Castro Ruz.* Fidel Castro Ruz, 2007, 2008
- *La victoria estratégica. Por todos los caminos de la Sierra.* Fidel Castro Ruz, 2010
- *La contraofensiva estratégica. De la Sierra Maestra a Santiago de Cuba.* Fidel Castro Ruz, 2010
- *Diario de la guerra 1.* Pedro Álvarez Tabío, 2010
- *Diario de la guerra 2.* Heberto Norman Acosta y Pedro Álvarez Tabío, 2010
- *Fidel y la religión.* Frei Betto, Colección ALBA Bicentenario, 2010
- *Misioneros del ALBA.* Pedro de la Hoz y Alberto Núñez, 2010
- *Celia: alas y raíces.* Nelsy Babel Gutiérrez y María del Carmen Remigio (compiladoras), 2011
- *De mi alma un instante. Poemas y dibujos de Frank País.* Armando Gómez Carballo e Ileana Guzmán Cruz (compiladores), 2011
- *Lucharemos hasta el final. Cronología 1955.* Rolando Dávila Rodríguez, 2011
- *Fidel Castro ante los desastres naturales. Pensamiento y acción.* Luis Enrique Ramos Guadalupe, 2011
- *El retorno anunciado.* Heberto Norman Acosta, 2011
- *La lección del Maestro.* Carmen Castro Porta, 2011
- *Mártires del Granma.* Juan José Soto Valdespino, 2012
- *De cara al sol y en lo alto del Turquino.* Carlos M. Marchante Castellanos, 2012
- *Collar de piedras.* Tomás Cárdenas García y Naida Orozco Sánchez, 2012
- *Lucharemos hasta el final. Cronología 1956.* Rolando Dávila Rodríguez, 2012
- *El Moncada, la respuesta necesaria. Versión ampliada y modificada.* Mario Mencía Cobas (Premio Nacional de Historia 2011), 2013
- *Quinteto Rebelde.* Norberto Escalona Rodríguez, 2013
- *Guisa: estrategia y coraje.* Juan José Soto Valdespino, 2013
- *Lucharemos hasta el final. Cronología 1957.* Rolando Dávila Rodríguez, 2013
- *Revista Cinco Palmas,* 2014-2015
- *Camilo eternamente presente.* Edimirta Ortega Guzmán (compiladora), 2014
- *Diario de la guerra 3.* Heberto Norman Acosta, 2015
- *Lucharemos hasta el final. Cronología 1958.* Rolando Dávila Rodríguez, 2015
- *Santiago siempre Santiago.* Hugo Rueda Jomarrón, 2015